El Camino del Sol

Jorge Carrera Andrade

Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión" Presidente:
Raúl Pérez Torres

Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura
Director: Iván Égüez

"El camino del Sol", I
Jorge Carrera Andrade
Colección "Luna Tierna"
Primera edición: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1959 La presente edición:

lee@cce.org.ec Teléfono 593 2 2222876 ISBN-9978-92-189-3

Editor: Alfonso Monsalve Ramírez
Corrección de textos: Paulina Rodríguez R.
Ilustración: "Grito de los Excluidos" (fragmento), Pavel Égüez

Impreso en Cargraphics S.A.

El Camino del Sol

Jorge Carrera Andrade

colección
luna tierna

Campaña Eugenio Espejo
por el libro y la lectura

índice

El Camino del Sol, entre la historia y el mito

La primera edición de ***El Camino del Sol*** (el fabuloso Reino de Quito) vio la luz en 1959, cuando su autor, Jorge Carrera Andrade (1902-1978), había publicado, por los mismos días, la versión final de ***Hombre Planetario.*** El aparecimiento coincidente de los dos libros, de poesía y prosa, es una señal de otra doble coordenada característica en la obra de este escritor: la visión universal y la visión local. Una y otra se mueven, se penetran y relacionan, como el líquido de los vasos comunicantes, en la vasta producción intelectual y estética de Carrera Andrade.

En ***Hombre Planetario,*** el hombre de todas las latitudes, de Tokio y Europa, del Congo, de la Polinesia y de América, el hombre de todas las razas y de todos los oficios, el "tripulante de todas las ventanas" traza su versión del mundo contemporáneo, se acerca como a una fuente cegadora de luz a las preocupaciones universales del tiempo, la eternidad, la muerte y la soledad humana, y no renuncia a la esperanza ni a la utopía de un mundo diferente, en donde "los hombres cantarán en los caminos/ libres ya de la muerte solapada".

Sin embargo, cuando el autor gestaba aquellos poemas de asedio a la realidad contemporánea, viajaba al mismo tiempo hacia el pasado por medio de la lectura de los cronistas de Indias e historiadores para recrear, en ***El Camino del Sol,*** una versión de la historia del Ecuador, desde la llegada de sus primeros pobladores, hace miles de años, hasta la conquista española.

El lugar de origen, su propia tierra y lo contemporáneo, fueron siempre espacio y tiempo de permanente retorno o, mejor, las ventanas madres por donde Jorge Carrera Andrade contempló el mundo e intentó su indagación y registro.

Precedida de una breve introducción en la que el autor da cuenta de la antigüedad de la civilización del Ecuador y el origen de su primeros pobladores, ***El Camino del Sol*** se divide en tres partes: en la primera, relata el arribo a la tierra equinoccial de hombres y mujeres en grandes balsas arrastradas por las corrientes marítimas, quizás desde la Polinesia, y el establecimiento ulterior de la población de Cara o Caráquez y, más adelante, su expansión por la vasta geografía hacia el sur litoral, primero, y después el ascenso por los Andes y la relación con los pueblos de la sierra, con los cuales formarían, a mediados del siglo XV, el Reino Confederado de Quito.

Toda esta primera parte es un minucioso recorrido por el espacio regional y el desarrollo de los pueblos de la costa, sierra y amazonia, sus avances en el dominio de ella, y una pintura de conjunto de los señoríos étnicos desde los misteriosos orígenes hasta antes de la invasión inca.

La segunda parte comprende el relato del avance inca, los enfrentamientos y resistencia de estos pueblos y la consolidación de la conquista, que convierte a Huayna Cápac en gran constructor de Quito; la tercera, narra la reunificación imperial bajo el mando de Atahualpa y la pronta división y caída del imperio por la presencia del conquistador español.

La sintaxis del relato se sostiene, en primer lugar, en el registro de los mitos. Uno de ellos es, en la primera parte, el del hijo de Quitumbe, Guayanay, arrebatado por un cóndor cuando

iba primero a ser sacrificado por su madre que, desesperada por la larga ausencia del marido, decide quitarse la vida. Como una función canónica dentro del relato maravilloso, sigue a la situación inicial el motivo del alejamiento del héroe del lugar de la transgresión que, en este caso, había sido evitada por el auxiliar mágico, el cóndor: Guayanay es llevado hacia una isla desierta, en donde vive con las tortugas y aves marinas; se narra después el encuentro con la princesa Ciguar, la prueba que supera al liberase de la cárcel en donde estaba recluido, la huida con la princesa y el retorno al antiguo hogar del joven. Allí la pareja vive una felicidad edénica y engendra a uno de los antecesores de Manco Cápac, fundador de la dinastía de los incas.

Otro elemento de la sintaxis narrativa, además de la textura mítica y fabulosa, es de signo opuesto: el descubrimiento de las fuentes históricas, lo cual suele operar no sólo como aval del contenido verdadero del relato sino como un recurso de distanciamiento. El lector rompe el cordón umbilical con el encanto del relato mítico o del relato puro, por obra de la referencia al cronista o historiador de los cuales provienen uno y otro. Por ejemplo, en la segunda parte, cuando el autor narra el viaje marítimo de Túpac Yupanqui rumbo hacia lo desconocido y llega a Ninachumbi o la faja resplandeciente, el narrador intermediario la describe poéticamente así: "Era una isla poblada de grandes tortugas. Tenía la forma de una corona y en su centro un volcán estaba en erupción...". En este punto cierra el deslumbramiento puramente narrativo y desplaza el discurso al plano del comentario, por el que conjetura a qué lugar llegó entonces Túpac Yupanqui, con el testimonio del cronista español Sarmiento de Gamboa, que sigue, un siglo más tarde, el recorrido

del inca y llega a las Islas Galápagos; pero después expone otros testimonios, el del historiador inglés Clemente Markham, con la misma tesis del cronista; el del navegante noruego

Thor Heyerdahl, que en una embarcación de balsa reproduce también el viaje de los relatos antiguos y va a parar a las islas de Tuamotuo, en la Polinesia; el de otros historiadores contemporáneos, para quienes las islas a las cuales llegó Túpac Yupanqui fueron la de San Salvador o la de Isabela, en las Galápagos; el de Paul Rivet, para quien las islas descubiertas por el inca se hallan en Oceanía...

Estos comentarios incorporan una dimensión interpretativa explícita a la organización del relato. Distancian, en sentido brechtiano, al lector, que se había metido en el relato.

En la interpretación de Carrera Andrade, sobresalen la identidad común de los pueblos de Ecuador y Perú que sugiere su visión histórica, a la par que el amor profundo por esta tierra, sus héroes, sus mitos, su historia. ***El Camino del Sol*** es la línea equinoccial. La ubicación geográfica convierte a Ecuador en una encrucijada de pueblos y culturas.

La obra ayuda a comprender y valorar lo propio desde la vertiente del mito y de la historia. Ambos caminos, en apariencia divergentes, también se juntan gracias a la prosa ceñida, justa, de Jorge Carrera Andrade, pero también a su prodigioso don como hacedor de bellas imágenes y hábil artífice de un intenso ritmo narrativo, un bien urdido tejido del relato, el trazo firme de caracteres, la revelación de una parcela de la identidad patria y, sobre todo, la fuerza poética de su prosa.

Diego Araujo Sánchez

INTRODUCCIÓN

I.- Antigüedad de la civilización en el Ecuador

"Hubo una civilización libre y humana en el Ecuador cuando en Europa reinaba la más antigua Edad de Piedra": estas o análogas palabras fueron pronunciadas por Sir Roclerick Murchison en la Real Sociedad Geológica de Londres, en la segunda mitad del siglo XIX. La misma tesis había sido sostenida por sabios como Humboldt y repetida luego por hombres de ciencia como Eiksted y Wagner. La afirmación de Murchison se fundaba en los descubrimientos que hizo James S. Wilson de figurillas de oro y de cerámica petrificada en un sitio de formación geológica "tan antigua como el estrato depositado por los glaciares en Europa e idéntica al de Guayaquil en el cual se encontraron huesos de mastodonte". (1)

Los vestigios de objetos trabajados por el hombre fueron descubiertos sobre la costa de Esmeraldas, a lo largo de más de cien kilómetros, en "un estrato de vieja tierra de superficie o limo vegetal cubierto de una espesa capa de depósitos marinos". Es decir que esas tierras, después de haber sido ocupadas por el hombre, se sumergieron en el océano, permanecieron allí un tiempo inmemorial y volvieron a emerger en una edad ulterior, cubriéndose de bosques. "La costa entera se elevó hasta ocupar su posición presente", explicó Murchison, refiriéndose a ese drama geológico que sucedió hace muchos siglos. Ahora, la tierra está hundiéndose otra vez en esos lugares.

Esta antigüedad de la civilización no sólo es visible en la costa del Ecuador sino en el corazón mismo del país. "En ninguna parte de la Cordillera de los Andes -escribe el barón Alejandro de Humboldt que recorrió esos picachos a lomo de muía- hay mayor número de montañas colosales, próximas unas de otras, como al este y al oeste de la vasta altiplanicie de la provincia de Quito, entre un grado y medio al sur y un cuarto de grado al norte de la línea equinoccial. Esta altiplanicie andina, centro de la más antigua civilización indígena, después de la de Titicaca remata hacia el Sur en el nudo de las montañas de Loja y, hacia el Norte, en la meseta de la provincia de los Pastos". (2)

La región del volcán Chimborazo, con sus alturas nevadas, sus lagos y sus terraplenes cubiertos de sembrados, fue testigo de una civilización "tal vez contemporánea de los ***flint-flakes*** de Cornwall y los ***sheimounds*** de Dinamarca", según anotó el profesor James Orton en el curso de su viaje por los Andes ecuatoriales, en las postrimerías del siglo XIX. La ilustre ancianidad cultural del Chimborazo aparece en las narraciones primitivas de los cronistas de Indias. Asimismo, Humboldt sugiere la existencia, en esa región, de una arcaica dinastía de Conchocandos de Licán que extendieron su dominación a las tierras vecinas, tanto en la sierra como en el litoral.

La historia primitiva del Ecuador se confunde con la fábula. El primer hecho de que hablan las crónicas antiguas es la llamada "invasión de los gigantes" por el mar y su establecimiento en la península de Santa Elena. La tradición de los gigantes era común en toda la costa de la América meridional, aún en los días de la conquista española. Los cronistas de Indias recogieron muchos datos curiosos acerca del increíble acontecimiento. El historiador Fernando Montesinos señala el reinado de Ayar Taco Cápac como la época en que los gigantes llegaron a Puerto Viejo, en una gran flota, y cuenta que su jefe llamado Chimo se dirigió al Sur y

emprendió la construcción del templo de Pachacámac. Guarnan Poma de Ayala, en su pintoresco y original códice, nombra algunos capitanes de esa raza de gran corpulencia que precedió, según él, a la de los huarirunas o autóctonos del Perú y que llegó en la "época del desierto" o de la gran sequía.

Otros cronistas primitivos han escrito con mayores detalles sobre la vida de los gigantes en las tierras equinocciales. El padre Anello Oliva asegura que estos extraños invasores "venidos del mar" construyeron grandes pozos artesianos para proveerse de agua potable, y afirma que él vio con sus propios ojos en la península de Santa Elena algunos huesos de aquellos desmesurados ejemplares humanos, semejantes a los encontrados en Tlaxcala. Antonio de Alcedo, al referirse a la misma Península dice: "Es tradición que ese lugar estuvo habitado de gigantes y se hallan unos sepulcros disformes de que se han sacado huesos muy grandes que han caracterizado todos de figuras humanas..."

El padre Lizárraga, el prolijo Cieza de León y otros historiadores y viajeros cuentan que Juan de Olmos, primer Gobernador español de la provincia de Atacames, hacia 1540, ordenó hacer algunas excavaciones y obtuvo pruebas sorprendentes de la presencia de unos hombres de talla desmesurada, en la costa equinoccial, hace muchos siglos. Los mismos cronistas afirman que los gigantes exterminaron a los antiguos pobladores y se instalaron en sus tierras, hasta que fueron aniquilados, a su vez, por un cataclismo de origen volcánico, por un maremoto o por una transformación geológica.

Los hombres de ciencia no están de acuerdo acerca del origen de esos huesos de grandes dimensiones. Humboldt afirma que aquellos que se encontraron en la costa ecuatorial son "restos enormes de cetáceos desconocidos". El antropólogo francés Paul Rivet no creía en la existencia de los gigantes en América —según

lo afirmó verbalmente, poco antes de morir, al autor de este libro- aunque aceptaba la presencia de hombres de gran tamaño en otros lugares del mundo en edades muy remotas. Hoerbiger y otros vuelven a la creencia primitiva de los indios americanos. Denis Saurat, inspirado en Hoerbiger, sostiene la teoría de que los gigantes habitaron hace muchos miles de años en los Andes y construyeron los monumentos megalíticos de la costa del Pacífico y los edificios pétreos de Tiahuanaco, "que era un puerto de mar en esa edad de la Tierra". (3) Algunos arqueólogos suponen que esos titanes existieron en la época en que se extinguía el mastodonte de las Cordilleras de los Andes, o "elefante carnívoro"', cuyos restos fueron descubiertos por Humboldt cerca de Ibarra, en la provincia ecuatorial de Imbabura, pues junto a éstos se encontraron algunas hachas de obsidiana. El arribo de unos hombres de gran corpulencia o simplemente de estatura aventajada, a las costas de la América equinoccial, es un hecho que no admite duda.

En muchas tribus se conservaba igualmente -en el tiempo de la llegada de los españoles— la tradición de un diluvio general en que las aguas cubrieron las tierras ecuatoriales, dejando a la vista únicamente el pico más alto del Pichincha. Esta tradición coincide con los descubrimientos de Wilson, quien encontró en 1860, seis "terrazas" escalonadas desde la costa de Esmeraldas hasta Quito, y de la selva antiquísima, que había estado sepultada mucho tiempo bajo las aguas, extrajo idolillos de oro y de piedras objetos de cobre y de cerámica y otros vestigios de un pueblo desaparecido. ¿Era éste, acaso, el "pueblo de la esmeralda o del ídolo de piedra verde" del que descendían los señores de Quito, que solían llevar como símbolo de su poder esta piedra preciosa en su diadema real?

II. Los primeros pobladores

¿De dónde vinieron los primeros pobladores del Ecuador? ¿Fueron éstos de origen maya, caribe, polinesio? Son escasos los datos que se conocen acerca de los primitivos habitantes, pero se puede asegurar con bastante certeza que el territorio de la actual república del Ecuador fue un lugar de sedimentación de varias migraciones de pueblos, efectuadas en diversas épocas y provenientes de los cuatro puntos cardinales: los hombres de la raza de Lagoa Santa, venidos del Brasil, y cuya presencia en los Andes se halla demostrada por el cráneo humano de Punin —cráneo de mujer, encontrado por el arqueólogo norteamericano H. E. Anthony, en el primer cuarto de nuestro siglo— y por los huesos diseminados en la cueva de Paltacalo; los caribes que han dejado sus huellas inconfundibles en los nombres geográficos primitivos, en las costumbres y en el culto religioso; los mayas que bajaron de Centroamérica y siguieron hasta las regiones del Azuay y Cañar con su tótem de 1a guacamaya sagrada; los mochicas, procedentes del sur, que se dispersaron por la costa y marcaron su carácter en una alfarería fantástica y refinada que es como la crónica en barro de esa edad arcaica.

La antigüedad del cráneo de Punín —que se expone en el Museo Americano de Historia Natural- se remonta a cinco mil años. En las tobas pleistocenas de esa región del Chimborazo, los

etnógrafos Ezold y Reiss estudiaron detenidamente toda una fauna de mamíferos fósiles que vienen a confirmar las deducciones científicas de Humboldt acerca de la gran edad de la civilización en esos parajes. Al mismo "horizonte" parece pertenecer el mastodonte de Alangasí, descubierto por el sabio alemán Max Uhle en 1930.

Antes que los invasores continentales, parece que los polinesios desembarcaron en las costas del Pacífico, según la teoría sostenida a comienzos de este siglo por Paul Rivet, quien recorrió las tierras equinocciales en su calidad de miembro de la Misión del Servicio Geográfico Francés en la República del Ecuador. El profesor Rivet encontró en los refugios rocosos, cerca de la cueva de Paltacalo, diecisiete cráneos humanos que ofrecían cierta similitud con los de los melanesios. Vernau sostiene que existían muchas características análogas entre los aborígenes del Chimborazo y los habitantes de Oceanía. Asimismo, otros investigadores modernos creen que se llevó a cabo una gran migración humana en épocas muy remotas. Metraux afirma que "los primeros inmigrantes que poblaron las soledades del Nuevo Mundo hacia las postrimerías de la época glacial eran dolicocéfalos, es decir, individuos de cráneo alargado. Por ciertas características de su esqueleto se emparentaban con los australianos o los melanesios modernos". (4)

Nordenskjold y otros sabios europeos dan también al hombre de la América meridional un origen australoide, fundándose en la analogía de ciertos elementos lingüísticos y en la forma similar de varios objetos de uso diario como el peine de varillas vegetales, el poncho, el abanico tejido de esparto o de palma para aventar el fuego y la vela triangular de estera para las embarcaciones.

Algunos especialistas de las ciencias históricas y arqueológicas han llegado a señalar en el mapa del mundo la "ruta de la migración" del pueblo misterioso que levantó monumentos megalíticos a lo largo del océano Pacífico hasta la América Equinoccial. Esa ruta está marcada por ruinas de igual carácter —estatuas de gigantes, edificios sobre terrazas y pirámides truncas con escalinatas— en Indonesia, Ceilán, Indochina, Java, Polinesia, Tahití, Islas Sandwich, Isla de Pascua, Tiahuanaco, Pachacámac y Manabí.

"Las corrientes marítimas y los vientos que dominan en esa parte del océano —afirma Sir Charles Dilke— llevarían a la costa sudamericana, en la dirección de Quito, una canoa destacada de la Isla de Pascua". En cuanto a la corriente antartica de Humboldt, alcanza hasta el punto de la costa peruana donde se eleva la ciudad santa de Pachacámac, construcción semejante a las de Manabí. Otra corriente atraviesa los mares del Japón hacia la costa americana "a una velocidad de doce millas por hora" y lleva periódicamente las naves asiáticas a encallar en el Nuevo Mundo. Este hecho no ha cesado de repetirse en épocas recientes. En veintisiete años, contados desde 1850, fueron arrojadas veintiocho naves japonesas a las costas americanas, según comunicación hecha por el Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Luxemburgo en 1877.

No faltan antropólogos que sostienen que los inmigrantes originarios de la Oceanía son los antecesores de los toltecas de California y de los chichimecas, entre cuyas tradiciones existe la de una expedición marítima por ellos efectuada a las costas meridionales. ¿Esos chichimecas portadores del algodón y de otras nuevas plantas desembarcaron en las costas de Manabí y luego extendieron sus dominios hacia el Perú? Hubo un mo-

vimiento de expansión desde el Ecuador hacia las tierras meridionales. Paul Rivet afirma que "poblaciones venidas del noroeste de la América del Sur son el origen de las manifestaciones culturales tan importantes y bellas de la costa y la cordillera peruanas". (5)

Es un hecho comprobado que el Ecuador estuvo en el camino de una migración procedente de la América septentrional, que bajó por los Andes ecuatoriales hacia el sur. Esos hombres pertenecían a la raza de los constructores de montículos o "moundbuilders" que dejaron, como señales de su paso por el continente, varias colinas artificiales en Ohio, Mississippi, Yucatán. Los cerros de Panecillo y de Callo, situados en la sierra del Ecuador, se parecen mucho a los de Miamisburg y de Mayapán, y como éstos fueron tal vez túmulos o monumentos religiosos.

La línea equinoccial o "camino del sol" parecía atraer a los pueblos en su movimiento migratorio hacia comarcas más favorables para la vida humana. Así, las tierras ecuatoriales, por su posición central en América, fueron una encrucijada de pueblos y culturas. Hacia el siglo IX o X se produjo una invasión marítima por la bahía que, desde entonces, se conoció con el nombre de Caráquez, por haber servido de puerta de entrada a unos hombres llamados caras. "El territorio de Cara—dice el historiador Velasco- se dilataba desde la ensenada de Charapotó hasta el cabo de San Francisco... y fue el primer teatro de la nación extranjera que se estableció en él, viniendo como los gigantes por el mar". Esta afirmación del padre jesuita Velasco parece fundarse en el relato del padre Oliva, quien invoca a su vez el testimonio del quipocamayo Catari (6): "Los primeros hombres que llegaron a América, sea por propio designio o arrastrados por la tempestad,

pisaron tierra en Caráquez, de donde se multiplicaron y diseminaron por todo el Perú".

Los cronistas fijan épocas muy diversas para la llegada de los invasores oceánicos: comienzos del siglo VIII, fines del mismo siglo o primeros años del siglo X. En realidad, parece que se efectuaron dos o más migraciones, desde varios puntos del Mar del Sur o de la misma América, a este lugar del Continente, en épocas mucho más remotas. Acaso los caribes, los maya-quichés o los hombres de Coclé hicieron también un desembarco en la península de Santa Elena. Los navegantes españoles que solían pasar de Tierra firme al Mar del Sur en los primeros tiempos del descubrimiento del Nuevo Orbe, nombre que dieron en el siglo XVI al imperio de Atahualpa, comprobaron que todas las embarcaciones indígenas, muchas de ellas balsas provistas de velas, seguían siempre la misma ruta desde el Istmo hasta la península de Santa Elena -donde "suelen surgir los navíos que vienen de Panamá", según escribe Fray Reginaldo de Lizárraga- y que ese camino marítimo parecía ser conocido desde épocas inmemoriales. **(7)**

Los arqueólogos del Ecuador creen que los caras eran simplemente una tribu maya, como lo revelan los nombres patronímicos de la región ribereña donde desembarcaron. El lugar donde se encuentran los pozos artesianos para sacar agua potable se conoce desde la más remota antigüedad con el nombre de Choconcho, deformación de la palabra maya ***chobcónchac*** que quiere decir "hoyo profundo de agua". **(8)** Los invasores mayas o maya-quichés llegaron a extender su dominación hasta el centro del país, a donde llevaron el culto de la guacamaya "sobreviviente del diluvio".

Los caras son considerados generalmente por los historiadores del Ecuador como los fundadores de Quito. Introdujeron el contador de barro cocido, la rueca primitiva, ciertas frutas como la guayaba, el mamey, la guanábana, la papaya —o ***ababai*** en lengua caribe— y los animalillos domésticos que servían de alimento sabroso como el cobayo o cuy. Las suposiciones de estos historiadores se basan en las relaciones del padre Oliva y de Catari, y en los "Quipos de Quito" (9) mencionados por Francisco de Chávez, amigo personal de Tito Atauchi, hermano de Atahualpa.

Finalmente, hay una escuela histórica que afirma que los habitantes primitivos de las tierras equinocciales fueron los pansaleos o quitus, quienes no presentaron ninguna resistencia a la invasión de los caras. El pueblo invasor fue a instalarse al norte de la ciudad de Quitu y en la región de Imbabura y dejó que la nación conquistada continuara su vida laboriosa y pacífica.

Desde el siglo XI, la historia cambia de orientación geográfica. El mar enmudece y, poco a poco, se aduerme para no despertar sino en el siglo XVI. Ya no llegan las embarcaciones fantasmales y las balsas veleras, cargadas de hombres, a las costas desbordantes de vegetación que arde bajo el sol ecuatorial. Los valles encauzados entre las murallas de los Andes constituyen el nuevo camino de la invasión, y los invasores son los hombres de las lejanas mesetas de Tiahuanaco, adoradores de la piedra y antecesores de los incas. Estos hombres traen por vez primera la alpaca, la llama y la vicuña desde las frías altiplanicies del sur y las aclimatan en las tierras equinocciales. Dejan sus vestigios principalmente en Hatún Cañar y Elén Pata, en una alfarería característica. Sobre las huellas de estos pastores monolíticos

marcharán, siglos más tarde, los ejércitos incaicos hasta el corazón mismo del Reino de Quito.

Se puede afirmar que los pueblos más diversos se encontraron y se entrecruzaron en la zona ecuatorial, determinando allí la formación de una raza cósmica -para usar una expresión ya acuñada con éxito— y el establecimiento de uno de los centros más importantes de aquella organización social y política que se ha designado con el nombre de "civilización de los Andes".

LIBRO I

EL FABULOSO REINO DE QUITO

"Los astrólogos aborígenes habían observado el tiempo en el cual el sol cruza la línea equinoccial, que la habían marcado cerca de Quito con grandes murallas que se ven hasta hoy".

Fernando Montesinos
(Memorias Historiales del Perú. Hacia 1620)

"Los indios llamaban a la línea equinoccial el Camino del Sol y por extensión daban ese nombre al Reino de Quito por donde pasaba dicha línea..."

Juan de Velasco
(Historia del Reino de Quito. Hacia 1780)

PRIMERA PARTE

LA ESMERALDA, EMBLEMA DE LOS REYES CARAS

I. Los invasores oceánicos

Llegaron en grandes balsas construidas con troncos de árboles. Los peces voladores saltaban alrededor como irisada pedrería, y la dentellada de los tiburones relampagueaba súbitamente con un fulgor homicida de arma blanca. El país rebosaba de plantas y frutas desconocidas. La ola cargada de peces, cada vez que se retiraba de la playa, dejaba olvidados algunos de ellos en la arena. De tiempo en tiempo, se alzaba de los follajes costeros un vuelo de papagayos con jubilosa algarabía.

No salían de su asombro los navegantes al contemplar esa tierra pródiga y acogedora, después de haber atravesado las soledades oceánicas, impelidos por los vientos. Hombres y mujeres llevaban por único vestido sobre sus cuerpos cobrizos y lucientes, un pedazo de tela de algodón, colgante hasta medio muslo y anudado a la cintura. Se contaban por millares estos invasores, transportados en numerosas balsas por las corrientes marítimas en el curso de una expedición o de una fiesta naval. ¿De dónde venía este pueblo misterioso? Nadie lo sabe.

Varadas las balsas en la playa, los hombres hundieron sus pies en la arena con cautela. Todos obedecían a un joven apuesto, cuyo nombre era Tumbe, quien les ordenó avanzar hacia los árboles cercanos. Algo como un relámpago escarlata entre las hojas detuvo a los invasores. Tumbe hizo una señal, y un hombre armado de una larga cerbatana se adelantó con paso receloso, hincó una rodilla en tierra y acercando a la boca el tubo de madera, sopló con fuerza una flecha que cruzó silbando y se clavó en el blanco. Los hombres corrieron a con-

templar la víctima: era un pájaro de color de fuego y de pico desmesurado, nunca visto antes por los intrusos.

El país parecía despoblado. No había señales de vida humana. El suelo esponjoso y fecundo estaba cubierto de una vegetación prodigiosa. Árboles cargados de frutos se extendían en hileras desiguales hasta perderse de vista. Animales y pájaros desconocidos pululaban entre las plantas, se arrastraban entre la hojarasca, trepaban por los troncos o lanzaban sus gritos estridentes sobre la copa de los árboles. Nubes verdes de loros pasaban chillando por el cielo.

Llanuras húmedas, selvas, ríos, estuarios... Tumbe legó al fin a un valle y consideró que esa tierra era apropiada para la vida de su pueblo y resolvió establecer allí su morada, en el regazo balsámico de los árboles equinocciales. El prudente jefe decidió previamente explorar el interior del país, y envió con este propósito algunos hombres de armas, pero éstos nunca regresaron.

Muy pronto olvidó el pueblo invasor este episodio infortunado y se dedicó a la construcción de viviendas de guadúa o bambú gigante, encaramadas en los árboles para protegerse de las inundaciones y de los ofidios venenosos. Así nació la primera población casi aérea de Cara o Caráquez, en donde el pueblo de Tumbe permaneció durante varios años alimentándose de la pesca, la caza y la recolección de frutas. En la noche equinoccial se escuchó por vez primera la música del rondador oceánico y polinesio —semejante a una siringa de varios tubos de caña— que iba a ser con el tiempo el instrumento característico de los indios del Ecuador y del Perú.

Otros grupos de viviendas aéreas fueron surgiendo entre los árboles en diversos lugares de la costa. La nueva nación se extendió cada vez más hacia el sur. Tumbe guió al grupo más numeroso a lo largo de la cordillera de Colonche, y vadeando el

río de este nombre, marchó hacia la península de Sampú que, siglos después, se llamó de Santa Elena. Allí se instaló con los suyos, dispuesto a disfrutar de la dulzura del clima y de los múltiples dones de la tierra.

Pero, la sequía se abatió de pronto sobre la región, y la muerte hirió a gran número de ancianos y de niños. Las nubes se retiraron del cielo equinoccial, dejándolo desierto y reverberante como un espejo. La lluvia desapareció del horizonte, como un gran fardo gris escamoteado por el sol, y la tierra reseca anunció por mil bocas resquebrajadas el imperio de la sed. Tumbe se puso inmediatamente a la obra: hizo abrir pozos artesianos en diferentes lugares de la península, y desde las entrañas oscuras de la tierra brotó el agua en raudales, transformando el desierto en un paraíso terrenal.

Normalizada la vida cotidiana, Tumbe enseñó a su pueblo algunas artes de la paz: la labranza, el tejido y la plumería. Los vestidos se confeccionaron con plumas de loro, el ave del país: desde los tocados de las mujeres hasta las cotas de los soldados. Empezaron a cultivarse el ananás y el camote polinesio o kumara que se cocía en fogones cerrados debajo de la tierra.

En su expedición marítima, Tumbe había traído consigo el "ídolo de piedra verde" o la esmeralda sagrada —conocida en ocasiones con el nombre de ***Umiña,*** y en otras con el de ***Illam-pallec*** o ***Allec-pong,*** "dios en la piedra", que algunos historiadores suponen era más bien un jade polinesio- y ordenó la construcción de un templo para el culto en la Punta de Sampú, al mismo tiempo que mandó forrar de piedra el interior de los pozos artesianos para asegurar la vida de su pueblo.

Un tórrido día ecuatorial, en que la luz lanzaba fulgores de topacio, el jefe Tumbe, cubierto con su más vistosa cota de

plumas, subió los escalones de un terraplén piramidal, junto al templo, y se presentó a su pueblo que había acudido al llamamiento de la gran caracola sagrada. En medio de sus sacerdotes y sus familiares, Tumbe se ciñó la diadema real —en la que lucía incrustada una esmeralda semejante a Umi-ña- y se proclamó soberano de las nuevas tierras. El "dios en la piedra" parecía protegerle, pues le señaló un día el camino de un yacimiento de esmeraldas, y otro día, guiándole por medio del grito misterioso de los papagayos, le hizo descubrir un árbol altísimo que se perdía en las nubes —la ceiba— cuyos frutos cónicos contenían algo como lana vegetal, y más allá una palmera inusitada -la tagua- cuyas semillas eran de marfil. No faltaban palmas de toda clase en esos lugares, y con sus hojas los habitantes de Cara y Sampú fabricaron velas para las embarcaciones y aventadores para el fuego.

Agobiado por el peso de los años, expiró Tumbe, reconfortado por el amor de su pueblo. Junto a su cuerpo, los sacerdotes colocaron las vasijas reales, las esmeraldas y las armas, y los constructores erigieron sobre todo ello una pirámide hecha de guijarros, destinada a servir de morada al soberano durante su "segunda vida". Como es costumbre en las historias de reyes, los jóvenes Otoya y Quitumbe, herederos del gran fundador, no tardaron en demostrar su desavenencia. Quitumbe había tomado como esposa a la más deslumbradora doncella de la tribu, la noble Llira —cuya cabellera resumía todas las fragancias de la selva ecuatorial bajo la lluvia—, pero su felicidad estaba empañada por las acciones malévolas de Otoya, mozo díscolo y perverso, cuya voz iracunda hacía levantar el vuelo a los papagayos domésticos y huir lanzando chillidos de pavor.

Entristecido por las malas acciones de su hermano, Quitumbe resolvió abandonar esas tierras en compañía de todos los

que desearan seguirle, en busca de un lugar más propicio y hospitalario para construir su casa. Y, un buen día, dejando en espera a su esposa, que no podía emprender la marcha por hallarse grávida de algunos meses, se puso en camino hacia el Sur, guiado por la línea de plata de la espuma oceánica sobre la costa.

En una llanura apacible que se deslizaba hacia el mar, Quitumbe fundó una ciudad que llamó Túmbez. Desde allí envió expediciones hacia los cuatro puntos cardinales para reconocer el país e informarse del paradero de aquellos oficiales y soldados de Cara que nunca regresaron. Nada se supo de la primera expedición, pero los nuevos exploradores descubrieron muchas tierras y se detuvieron a orillas del río Rímac.

Entre los jefes enviados por Quitumbe se distinguió Naymlap que, acompañado de sus esposas y de sus dignatarios y hombres de armas, tomó la ruta del mar, al frente de numerosas balsas y desembarcó en un punto de la costa meridional llamado Fakiallanga. Allí fundó una población a la que dio el nombre de Illampallec —hoy Lambayeque— en honor de su ídolo. Naymlap y su favorita Ceterni instauraron en esas tierras litorales una verdadera corte cuyo jefe de ceremonial fue Nina Colla. El capitán Pita Zofi estaba encargado de soplar la gran caracola sagrada para congregar al pueblo en las fiestas, mientras el cocinero real Ocllo Calco preparaba las viandas tradicionales, adobadas con el pimiento de fuego y envueltas en hojas aromáticas, sobre las ascuas que eran luego cubiertas de tierra a la manera polinesia.

En Túmbez circuló de boca en boca la noticia de que algunos expedicionarios enviados por Quitumbe al Sur y al levante habían sido devorados por los pumas que infestaban esas regiones.

Sin esperar más tiempo, el joven monarca hizo construir algunas balsas y se embarcó en ellas en compañía de todo su

pueblo, precedido por sus guerreros ataviados con cotas de plumas de loro y armados de cerbatanas y mazas de puntas estrelladas. Al segundo día de navegación llegaron a una isla fértil, llena de frutos y maíz silvestre, a la que dieron el nombre de Puna o Napunal. Pero, la isla de reducidas dimensiones no ofrecía espacio bastante para la expansión de un pueblo numeroso, y Quitumbe resolvió volver al continente donde se internó por la cuenca de un río en cuyas aguas perecieron ahogados algunos guerreros, por lo que se llamó Tamal Aycha o "devorador de hombres".

En su camino hacia las tierras septentrionales, en medio de una vegetación prodigiosa, Quitumbe divisó en la lejanía el cónico casco de plata del "dios del volcán" con su penacho de humo. La cordillera de los Andes era, seguramente, una comarca sagrada donde moraban seres sobrenaturales, pues entre las rocas retumbaban bramidos pavorosos que hacían retemblar la tierra. La luz del sol relumbraba con tal intensidad que todas las cosas parecían revestidas de oro. Otros volcanes cubiertos de níveas caperuzas, sentados en hilera solemne, se arropaban en su manto de nubes como jefes en consejo o centinelas de ese reino. Millares de colibríes poblaban el aire, recorriéndolo en todas direcciones con un súbito fulgor de astillas desprendidas del sol o piedras preciosas animadas de una vida bullente, zumbadora e infatigable. "Reino de los colibríes" llamó Quitumbe a ese país, en donde tomó algún reposo antes de proseguir su viaje de exploración hacia las alturas coronadas de picachos nevados. Al llegar a las faldas del volcán Pichincha, se detuvo al fin cautivado por la belleza panorámica del sitio, y fundó la ciudad de Quitu. Entre los cerros de eternal verdor se estableció con su pueblo y dio origen a una civilización floreciente. Introdujo en la agricultura el método

de sembrar en terraplenes o terrazas, y el sistema de riego por medio de acueductos. Inició a sus súbditos en la ciencia de los astros. Enseñó la construcción de bóvedas y el tallado de la piedra. Muchos años de su vida consagró a organizar sabiamente la comunidad, a explotar los recursos naturales, a cultivar nuevas plantas y a sentar los fundamentos de una prudente economía colectiva.

Mientras tanto, la fiel y candorosa Llira no dejó ni un solo día de esperar el regreso de su esposo amado. Desde el alto mirador de las montañas de Juncar o Jocay, oteaba el horizonte hasta que se ocultaba el sol. El hijo de Quitumbe era ya casi un mozalbete ágil para todos los trabajos esforzados y veloz para la carrera, merecedor de su nombre de Guayanay que significaba "Golondrina". Los más inauditos sucesos habían hecho cambiar el destino de su pueblo en el curso de unas cuantas lunas. Los habitantes de la población casi aérea de Caráquez habían sido victimados por unos hombres de talla desmesurada, verdaderos gigantes que habían venido por el mar siguiendo la ruta de Tumbe. Los intrusos habían hecho prisionero a Otoya y habían acabado por quitarle la vida, después de someterle a las torturas más increíbles y afrentosas. Los hijos de Otoya aprovechando de una barca abandonada en la playa habían huido hacia el sur y vivían refugiados en Túmbez.

Envejecida por los largos años de espera, la desventurada Llira, en el frenesí de la desesperación al comprender que nunca más volvería a ver a su amado, resolvió darse la muerte, después de sacrificar a su hijo. Hallábase atizando la pira de leña olorosa para el suplicio, cuando un cóndor disparado desde las nubes se abatió sobre Guayanay en un torbellino de plumas y le arrebató entre sus garras llevándole por los aires "hasta una isla desierta donde le depositó con cuidado".

Guayanay vivió entre las iguanas marinas -pequeños dragones descendientes de los monstruos prehistóricos— las tortugas y las aves acuáticas, hasta la edad de veinte años. Sintiéndose un día con fuerzas suficientes para desafiar las borrascas oceánicas y los tiburones, construyó una balsa y se lanzó en ella sobre las olas, con rumbo a una isla próxima, que solía divisarse en tiempo despejado. ¿Era la Isla de los Pelícanos? Infinidad de estas aves revoloteaban sobre el mar, se sumergían para apresar los peces con su pico o se posaban en la playa, donde entregaban su botín argentado y palpitante a unos hombres casi desnudos que esperaban sobre las rocas. Algunas mujeres, sentadas en la arena, trenzaban hojas de palma, mientras otras preparaban en grandes vasijas un jugo refrescante de tubérculos y raíces.

De pronto Guayanay que había saltado en la ribera, se estremeció: junto a un árbol de mamey, una esbelta doncella cuyo cuerpo tostado por el sol parecía hecho de la pulpa misma de esa fruta del trópico, lo miraba con sus grandes ojos sorprendidos y le hacía enigmáticas señales. Luego, resueltamente, se dirigía hacia él con paso ondulante, saltando ágil entre las rocas y los altos helechos. El mozo le salió al encuentro y escuchó -como una música grata a sus oídos- las palabras de la doncella: se llamaba Ciguar y era la hija menor del jefe de la isla, cuyos pobladores gozaban fama de belicosos. Casi al mismo tiempo Guayanay se sintió sujetado por muchos brazos vigorosos que le arrastraban en vilo, en medio de un griterío ensordecedor. Pocos momentos más tarde, era encerrado en una cabaña, donde vivió durante algunas semanas, vigilado por guardias armados.

Sólo un pelícano venía a visitar cada día al infortunado prisionero. ¡Pelícano protector, pelícano totémico, marino dios alado! En la bolsa membranosa, bajo el pico, le traía peces y frutas y —mayor maravilla— un pequeño nudo de cordeles, en el que Guayanay podía descifrar los mensajes de la enamorada hija

del jefe isleño. En una noche sin luna, Ciguar logró por fin burlar la vigilancia de la prisión y entregó a Guayanay un hacha de plata con la que éste dio muerte a los guardias y recuperó la libertad. Los dos amantes se embarcaron en una balsa y navegaron sin descanso hasta dar con la isla desierta —antiguo hogar del desterrado— que les brindó refugio.

Guayanay y Ciguar aclimataron en ese suelo hospitalario el maíz y las frutas más sabrosas. Vivieron en un perfecto idilio, protegidos por las móviles murallas de cristal del mar que circundaba sus dominios, y se entregaron a la alegría elemental y paradisíaca de la isla. Su hijo Atau -nombre aborigen que significaba Dichoso- fue el antecesor de Manco Cápac, fundador de la dinastía de los incas.

El rey Quitumbe, por su parte, después de confiar a su segundo hijo Tome, nacido en Quitu, el gobierno de ese reino, había ido a poblar las tierras del Rímac. Templos y acueductos surgieron en esos desiertos de la costa meridional por voluntad del monarca que contaba con la colaboración de millares de brazos. Illampallec se había convertido en un centro de civilización, cuyos jefes o gobernadores prestaban obediencia a Quitumbe, lo mismo que los de Jocay, Sampú y otras lejanas provincias. Doblegado por su edad avanzada y atormentado por el recuerdo de Llira, el gran fundador expiró en un lugar de la costa sin poder regresar a las tierras de Quitu y de Cara. Los nietos de Guayanay y de Tome poblaron otras regiones andinas y costeras, dando vida a los oasis fluviales en los desiertos de arena y cultivando el maíz, la kumara y la quinua sobre las pendientes de los Andes.

Esta curiosa leyenda relatada por el quipocamayo Cata-ri, que la descifró de unos antiguos quipos o nudos de cordeles del Tahuantinsuyo, sugiere la identidad de los pueblos del Ecuador y del Perú, originados por un mismo tronco: los invasores

oceánicos que desembarcaron en la Bahía de Caráquez, hace muchos siglos.

Los historiadores Montesinos y Cabello de Balboa afirman que el pueblo venido del mar era el pueblo chimú. Cabello de Balboa recogió la tradición oral de los navegantes chimus que poblaron la costa y consignó en su historia la expedición de Naymlap, confirmada por los últimos descubrimientos arqueológicos de ídolos y vasos de oro en Illimo, cerca de la legendaria Fakiallanga.

II. Los pueblos adoradores del mar

Los paramentos de algodón que cubrían las puertas del templo del Cabo Pasado ondeaban con la brisa del mar. Del interior se escapaba el humo aromático de la leña que ardía ante dos ídolos tallados en madera negra, con la figura de machos cabríos. Junto a los pilares del templo descansaban las momias de los antepasados, y en un ara de piedra los sacerdotes sacrificaban un pavo real, en medio de una multitud abigarrada de hombres y mujeres cuyo semblante estaba "sembrado de muchos clavos de oro y algunos de esmeraldas" y cuyos brazos y piernas llevaban como adorno "muchas vueltas de cuentas del mismo precioso metal, de plata y turquesas menudas".

Este era el pueblo de los mantas que ocupaban la costa ecuatorial, desde el río Esmeraldas hasta la península de Santa Elena. Creían en la inmortalidad del alma y ofrecían sacrificios a "un ídolo de piedra verde", gran esmeralda labrada en forma de cabeza humana, a la que llamaban Umiña, "la Madre de las Esmeraldas". Celebraban las ceremonias del culto acompañándose de una música monótona de atambores, campanillas y cascabeles de arcilla. Pero Umiña -la diosa del poder, de

la pesca y de la agricultura— no era su sola deidad: adoraban sobre todo al sol como su dios principal y a Pachacámac Mamacocha, o sea, el mar, principio universal de la vida, matriz de todos los seres.

En cierta época del año, los mantas —extraordinarios navegantes— se embarcaban en balsas veleras y acudían a la Isla de la Plata, donde existía un santuario para el culto de esa deidad, protectora igualmente de la salud, en cuyo honor se depositaban figurillas de oro y de plata a guisa de exvotos y "telas pintadas y galanas", como las que recogió Pizarro cuando estuvo en esa isla, según cuentan los cronistas, en los días del descubrimiento del Nuevo Orbe.

Asimismo el historiador Benzoni visitó en esa época uno de los templos de los mantas en Charapotó. "Pude percibir un ídolo hecho de arcilla -dice el viajero curioso- y vi dos pavos reales y otros pájaros que sacrificaban a la divinidad... Se asegura como un hecho que los jefes de los mantas poseen una esmeralda del tamaño de un huevo de gallina que suelen adorar". (10)

Mientras el culto de Umiña se celebraba en los templos y el de Pachacámac en las grutas, la adoración del sol se hacía en terrazas descubiertas. Benzoni fue testigo de algunas de esas ceremonias: "Cuando los jefes o sacerdotes desean pedirle alguna merced al sol, suben, al salir el alba, a una terraza de gradería de piedra, construida especialmente para ese fin, y luego, con la cabeza inclinada y golpeando sus manos una contra otra, frotándolas y levantándolas como para querer tocar el astro del día, formulan sus plegarias y sus votos.

Pero, estos pueblos costeros no ocupaban todo su tiempo en la celebración de ceremonias religiosas. Las más variadas industrias solicitaban su atención, como la construcción de "grandes embarcaciones marinas, de madera de balsa, provistas de mástiles y velas que eran las mejores de la América del Sur", o la

extracción de la púrpura de los caracolillos de múrice de las rocas de la península de Santa Elena, o la pesca de perlas, o la explotación y trabajo del platino y el oro. No descuidaban tampoco el laboreo de las minas de esmeraldas, en la región de Atacames, cerca del río Bichile.

En su vida diaria, los mantas disponían de todos los elementos de la civilización: la hamaca de fibra, vasos de madera laqueada, platos y cucharas de ese mismo metal o de hueso o cobre, alimentación variada, que consistía en pan de maíz, "gustoso y bien amasado", frutas exquisitas, pescado suculento como las doradas y corvinas, y carne y huevos de iguana, bestezuela a la que Oviedo llamaba ***yuana*** y acerca de la que decía con deliciosa frase epigramática: "Muy espantosa de ver -y muy buena de comer".

Los nobles usaban una redecilla en los cabellos y un aro de madera en la oreja izquierda. Llevaban calzado de fibra de cabuya. En las casas y templos quemaban una "leña de árboles que huelen muy bien". "La gente tenía muy buen orden de vivir -dice Cieza de León- pueblo había que tenía más de tres mil casas.

Las casas de los mantas eran de madera, cubiertas de hojas de palma y en ocasiones estaban construidas sobre pilares o enramadas, entre los árboles. Las puertas de los templos se abrían hacia el Oriente, y los quicios estaban esculpidos con altos relieves que representaban figuras de hombres "con una vestidura de la misma hechura de dalmática de Diácono", según escribe Zarate que visitó esa costa de "gran pesquería y muchas ballenas".

El mismo cronista, al hablar de la gente que habitaba en esa época "bajo la línea equinoccial" expresa que los hombres eran de "gestos ajudiados" y afirma que los mantas habían conservado la tradición de los gigantes y se enorgullecían de poseer su imagen en dos grandes esculturas, una de hombre y otra de mujer, que él vio con sus propios ojos en Puerto Viejo.

En la región de Manabí abundaban las estatuas de piedra de grandes dimensiones. En el santuario de Picoazá se rendía culto a unos ídolos que tenían en lugar de nariz un pico de pájaro, y en el Cerro de Hojas, se ven hasta hoy unas inmensas sillas en forma de U, construidas igualmente de piedra —dispuestas en semicírculo y cada una sostenida por una esfinge estilizada— en donde "solían sentarse los gigantes, según creencia de los mantas, para adorar al sol naciente".

Entre los ritos extraños de los mantas o manabís existía el de reducir las cabezas de los hombres muertos en la batalla. En los pilares de los templos y de las casas de los jefes se veían en ocasiones "clavadas muchas cabezas de indios —dice **Zara**te- que con cierto cocimiento las consumen hasta quedar como un puño". Esas cabezas reducidas por tan extraño procedimiento ofrecen una analogía sorprendente con las tzantzas de los poblados amazónicos de los jíbaros.

Había entre los mantas una inclinación original hacia el miniaturismo en el arte de la alfarería, de la escultura doméstica y de la orfebrería. Fabricaban pequeños silbatos de cerámica que representaban pájaros y peces de asombroso realismo, y ***cuyancarumi,*** o sea, idolillos del amor, tallados en piedra. Las aves de cerámica, llenas de agua, imitaban el canto de su modelo vivo, de carne y pluma.

En orfebrería, los habitantes de Manabí habían llegado a un arte aún más audaz y minucioso. En el "Museo del Indio Americano" de Nueva York, se encuentran algunos ornamentos de oro trabajados con primor por esos pueblos del mar. Algunos de esos ornamentos son de tamaño natural, pero otros hay que verlos con lente de aumento por su pequeñez casi microscópica. Estos diminutos objetos son "como artísticas y perfectas cuentas de un rosario, cubiertas de escrituras y signos". "Parece imposible -dice Hyatt Verril en su libro ***Viejas Civilizaciones del Nuevo***

Mundo— que estos objetos hayan podido ser trabajados por seres humanos sin ayuda de una lente... No hay sino dos soluciones: los Manabís usaban lentes crudas, fabricadas con cristal, o poseían ojos con virtudes análogas a las del microscopio, y dedos más hábiles y delicados que cualquiera otra raza de hombres".

Al norte, los mantas tenían como vecino un pueblo que vivía junto a los ríos, particularmente en las orillas del Santiago, del Tonsupa y del Río Verde y en las islas de su desembocadura. Este pueblo enterraba a sus muertos en tolas o túmulos y poseía caracteres somáticos diferentes a los otros pueblos de la costa, como la forma almendrada de los ojos y la prominencia de las narices, semejantes a las de los mayas. Estos "moradores de los ríos" trabajaban primorosamente el oro, con el que hacían medallones, platos, copas, cascabeles, cucharillas, alfileres y toda clase de figurillas, así como sellos en relieve, que se supone servían para estampar las telas de algodón. Igualmente, eran alfareros muy hábiles, como lo prueban sus cabezas o "retratos de arcilla" y su galería plástica de enfermedades de la región. Como animalistas, apenas pueden competir con ellos los mochicas, según lo muestran sus papagayos, iguanas, tortugas y caimanes de arcilla o de oro. En especial, modelaban con mano maestra la figura del mono, su animal totémico.

Las tolas encontradas en la isla de La Tolita contienen multitud de objetos artísticos y se asemejan a los túmulos de Caranqui, lo que hace suponer que el pueblo que habitaba la costa de Esmeraldas avanzó hacia el interior y pobló la región de Pichincha-Imbabura, en los Andes equinocciales.

Hacia el sur, el territorio de los mantas limitaba con el de los huancavilcas, o "adoradores de la Roca". La primera población de ese país, recorriendo la playa de norte a sur, era Colonche. Los huancavilcas poblaban la región del río Guayas y la costa austral hasta Túmbez. Adoraban al pelícano como un ave

sagrada. En todos sus utensilios se veía el dibujo estilizado de esta migradora ave marítima.

Los huancavilcas trabajaban no sólo el oro sino el platino, en el que dejaron obras artísticas de gran valor. Hasta ahora es un misterio el procedimiento de que se servían para beneficiar el platino, al que llamaban "oro blanco"'. Los caciques y grandes señores se adornaban los dientes con puntas de oro o llevaban placas de ese metal clavadas en las encías, adelantándose a los usos de la odontología moderna.

El país que se extendía desde el río Jabita, a lo largo de los cerros de Saya y de la península de Guayaquil hasta Túmbez, era rico en volatería, pesca y productos agrícolas. En todas las casas se criaba un ave llamada ***xuta*** —especie de pato cuya carne era exquisita-, pavos, perdices y faisanes domésticos, encerrados en jaulas de carrizo. Abundaba igualmente la Maca "ave poco menor que un gallo con pico de dos colores: amarillo y colorado". Por todas partes se cultivaba el maíz y se cuidaban los huertos de árboles de mamey o lúcuma, que vino del Orinoco, guayaba, palmeras de coco -que parecen haber pasado a América desde las islas del Mar del Sur— palmitos y guanábanas.

Grandes navegantes, a semejanza de los mantas sus vecinos, los huancavilcas fueron también con sus balsas veleras a comerciar con los otros pueblos de la costa y de las islas. En un lugar secreto, solían adorar, dentro de una roca, a un gran ídolo de oro que les servía de oráculo. Esto no impedía que creyeran igualmente en la inmortalidad del alma, en la divinidad del sol y en otras deidades como el dios de la salud y el pelícano que ofrece al hombre los peces del mar y que es mensajero directo de Pachacámac Mamacocha.

Los huancavilcas eran de carácter animoso y resuelto y cumplían sus tareas diarias con alegría. Llevaban en la cabeza una corona de conchas menudas, de cuentas de plata o de piel de

puma. Iban calzados de sandalias de fibra y lucían el torso desnudo. Únicamente en las grandes ocasiones se cubrían con una camiseta de color. El vigor físico y la entereza de esta raza aparecen con un colorido rotundo en el retrato del Cacique de Colonche, trazado por el andariego Girolamo Benzoni: "Muchas veces vi al jefe de esta tribu, hombre de sesenta años de edad, dotado del aspecto de un verdadero caudillo. Era robusto de cuerpo y lleno de salud. Iba vestido de una camiseta pintada de color rojo. En la garganta llevaba un collar del oro más puro, realzado de grandes corales. Lucía en su mano un anillo y en sus orejas agujereadas mucho oro y joyas en cantidad. Finalmente portaba en su muñeca izquierda una piedra fulgurante como un espejo, que tenía la virtud, según afirmaba, de conservar la vista".

Este cacique respondió a un español que le pedía abjurar de sus creencias: "Señor, soy muy viejo para volverme cristiano. Enseñe a mis hijos lo que le parezca y ellos le servirán a su manera; pero yo no abandonaré la ley de mis antepasados". (11)

III. Una civilización cerca de las nubes

En el fogón dispuesto sobre el poyo del corredor exterior de la casa, construida sobre los riscos de la cordillera -a más de tres mil metros de altura— se doraba el conejillo de Indias en el asador, junto a un ancho recipiente de barro cocido, en donde estallaban de vez en cuando los granos de maíz, tostados a fuego lento. La familia se congregaba en el corredor y comía en vasijas de arcilla pintada de negro y rojo. La bebida de maíz fermentado, servida en cuencos formados por la corteza de una media calabaza, refrescaba abundantemente las gargantas. Los hombres llevaban armas de bronce y cobre; y las mujeres lucían espejos de metal, adornos de plumas y de conchas. En

todos los objetos de cerámica o de cobre se veían dibujadas las figuras de la serpiente y del jaguar totémicos de los caras.

La arquitectura doméstica en el reino de Quito era sencilla y acogedora. La casa construida de piedra o de adobe, con techo de paja, tenía un vestíbulo abierto, circundado por un poyo interior que ofrecía descanso al viandante. Al fondo del vestíbulo o corredor, se hallaba una habitación común que daba sobre un huerto -en ocasiones, sementera y corral— y junto a ella otro aposento de "cuatro bóvedas, redondas como campanas, todas cuatro incorporadas en una Ese aposento abovedado era de piedra en las casas de los magnates. La vivienda era un reflejo de ese pueblo agrario y pastoril que encontraba su bienestar en las formas comunales de vida. La familia constituía una pequeña unidad o célula social, a la que se agregaban otras familias hasta formar un clan autónomo, siempre arraigado a la tierra.

Junto a la vivienda, se extendían los sembrados por donde avanzaban sin cesar las plantas rastreras —las calabazas llamadas "zambos"- y subían por las tapias de tierra las trepadoras como las naranjillas, los ajíes y los tomates. Las nubes parecían bajar, como fabulosos animales de algodón a tenderse sobre las sementeras, las plantas de mellocos, las patatas en flor y las jicamas de hojas anchas como lenguas de vaca.

La tierra de Quito era famosa por sus limos ricos en sustancias nutricias para las plantas. El mercedario fray Martín de Murúa cuenta que el Inca Urcón "fue a Quito con gran suma de indios a cargarlos todos de tierra muy linda para sembrar papas para el Inca, y traída la dicha tierra hizo a un lado de la fortaleza de esta ciudad del Cuzco hacia el Oriente un cerro llamado Alpasunto, que en el nombre se deja entender ser tierra juntada a mano, en el cual cerro se daban lindísimas papas, y las comía el Inca". (12)

El hombre de la región interandina vivía en medio de un escenario magnífico. Árboles de formas caprichosas le ofrecían sus frutas extrañas, cuya variedad era muy grande y que comprendía desde la chirimoya o anona de los climas cálidos hasta el capulí rojizo y a veces negro como un ojo de venado, el chihualcán lechoso y el chamburo cuya fresca dulzura congelada se complace en el frío de las mesetas. En algunas regiones crecían árboles silvestres de zapotes y chontaruros que le colmaban de sus aromosas dádivas. Asimismo le regalaban con sus frutas las plantas de las tierras altas como el hobo amarillo y aterciopelado, la tuna o higo chumbo, el mortiño negruzco de sangre deleitosa. En esa gama se encontraban innumerables especies botánicas que llenaron de asombro a los europeos en el tiempo de la conquista.

Los murallones de la Cordillera Occidental eran los linderos naturales entre los pueblos de la Sierra y los de la Costa. Entre los dos ramales montañosos de los Andes Occidentales y Orientales -inmenso corredor natural o escalera de valles separados por altas mesetas como tramos alternos- florecía la civilización agrícola de los pueblos de la Sierra: quillasingas, imbayas, caras, pansaleos, puruhaes, cañaris, paltas, de norte a sur. Cada uno vivía en su valle, en su mundo, circundado de altos picachos encanecidos por las nieves eternas.

Estos pueblos formaban el Reino de Quito. En la región septentrional habitaban los quillasingas, los imbayas y los quillacos, pueblos de origen misterioso que levantaban adoratorios a la luna y construían habitaciones circulares que les servían a la vez de hogar y de tumba. Los restos de su civilización se pueden ver en las ruinas de Cuasmal y en su cerámica extraña, compuesta de compoteras, jarros y, sobre todo, ocarinas en cuyo interior la música adquiría una dulzura inaudita y una melancolía casi lunar.

Los quillasingas, cuyo territorio se extendía desde el río Angasmayo hasta la tierra de los imbayas y caranquis, eran maestros en el arte de la alfarería. Tenían la singular costumbre de llevar suspendida de la nariz como ornamento, y a guisa de mostacho, una placa de oro en forma de un menguante de luna. Su religión les imponía este adorno que era, al mismo tiempo, la forma de protegerse de todos los males mediante la imagen de su deidad. Entre sus creencias, figuraba el culto del tucán, o pájaro de pico de frasco, que suponían enviado por la luna para santificar el hogar de los hombres.

A orillas del río Mira se levantaba el primer establecimiento de los imbayas, pueblo de agricultores y cazadores. "Allí hay muchas frutas y melones singulares, conejos, tórtolas y perdices", dice Cieza de León. Los imbayas mantenían buenas relaciones con sus vecinos, los caras, que poblaban el sur de la provincia de Imbabura y una parte de la de Pichincha, y cuyo territorio lindaba con el de los pansaleos, quienes, a su vez, tenían como vecinos meridionales a los puruhaes. El reino de Puruhá se extendía en torno del volcán Chimborazo y lindaba hacia el Occidente con los Chimbos y, hacia el Sur, con los cañaris. Finalmente, la región austral extrema estaba ocupada por los paltas.

El pueblo de los caras, de origen desconocido, poseía ciertas semejanzas somáticas con otras razas, como la de los caribes, los quichés y los "constructores de montículos". Sepultaban a sus muertos embalsamados dentro de cántaros de greda, sobre los que acumulaban tierra hasta formar una "tola" o túmulo funerario. Algunos de los montículos o pequeñas colinas redondas que se ven en el país de los caras se cree que son "tolas" de reyes o de héroes antiguos.

Los caras construyeron calzadas y caminos hacia la tierra de los imbayas y hacia el Sur. Tales caminos y calzadas iban cercados de tapias y en gran trecho de ellos se habían plantado

árboles "de una parte y otra para que hagan sombra". Los cronistas de Indias admiraron el camino del norte, "tan famoso en estas partes como el que hizo Aníbal por los Alpes cuando bajó a Italia". Grandes obras de ingeniería eran también los puentes de piedra construidos en varios puntos de la cordillera. En los lugares de acceso difícil y sobre los ríos torrentosos, los caras habían tendido puentes de cuerdas como el de Penipe que vio Humboldt y que medía más de cuarenta metros de largo por cerca de tres de ancho. El sistema de tarabita o de maroma fue un invento originario del reino de Quito y consistía en un transbordador aéreo que llevaba su carga de una orilla a otra del río.

Los caras eran muy versados en las ciencias astronómicas. A la línea equinoccial le llamaban "el camino del sol". Los astrólogos —dice el historiador Fernando Montesinos— "habían observado el tiempo en el cual el sol cruza la línea equinoccial que la habían marcado cerca de Quito con grandes murallas que se ven hasta hoy". En las colinas de esta ciudad, así como en Caranqui, Cayambe, Mulaló y El Quinche habían levantado observatorios sorprendentes que eran a la vez templos del sol. El observatorio astronómico de Quito poseía "dos columnas grandes para señalar los solsticios y doce pilastras menores puestas en círculo para indicar con su sombra respectivamente cada uno de los doce meses del año". (13)

Los artífices de este país del sol empleaban el oro no solamente para fabricar la vajilla y otros objetos ornamentales, sino también para decorar las puertas y cubrir los muros de sus templos en lugar de tapicería. El cronista español Betanzos -casado con una hermana de Atahualpa— cuenta que el templo de Cayambe estaba cubierto de láminas de oro, y Cieza de León afirma que los aposentos de Caranqui eran renombrados por sus vasijas de oro y plata y otras riquezas. La ciudad de Quito, capital

de los caras -llamada también por las tribus amazónicas Kitotl o "país de los colibríes"- poseía, además de su observatorio astronómico, varios jardines públicos y lugares de recreo y algunos palacios de piedra con arcos y bóvedas.

Hasta el siglo XIX existían en las tierras ecuatoriales restos arquitectónicos que delataban el grado de civilización de los caras: así, en el valle de Nanegal, la vegetación crecía entre las ruinas de un templo, de una torre cónica, de un puente, de piedra y algunas tumbas. El vizconde francés Onffroy de Thoron vio esas ruinas y asegura en su relación de viaje que de allí "se sacaron momias y joyas de oro y plata". (14)

Los caras practicaban un culto animista. Eran hombres vinculados profundamente a la naturaleza, y, más aún, a su tierra natal, a su lugar de origen, al que llamaban ***pacarina.*** Muchas veces, la pacarina era tan sólo un pequeño bosqueci11o, o una colina, o un río. Igual cosa sucedía con los pansaleos. El indio de estas regiones, en cualquier parte donde estuviese, jamás se creía solo; antes, por el contrario, se imaginaba acompañado por todos los objetos que le rodeaban, y entraba en comunicación con todos ellos". Tenía la costumbre de "hablar con las cosas", es decir, solía dirigirles la palabra como a seres dotados de inteligencia.

Los habitantes del reino de Quito sabían que el gran astro del día es la fuente de la vida; pero les subyugaba el misterio de la luna. No ignoraban que ésta recibe su luz del sol y creían que se hallaba habitada por seres humanos. En la primera luna de mayo celebraban una gran fiesta con profusión de máscaras, representaciones alegóricas y danzas sagradas. Fray Marcos Cerezo, que estuvo en Quito algunos años después de la conquista, cuenta haber sido testigo presencial de una de estas impresionantes ceremonias.

No sólo los caras sino también los imbayas, quillacos y quillasingas creían que el fin del mundo se produciría por un

espantoso cataclismo: la luna caería sobre la tierra y la pulverizaría, sin dejar memoria de su existencia. Todos esos pueblos llamaban "madre" al astro de la noche: Mama Quilla. Rendían también una suerte de culto agrícola a la constelación de las Pléyades, a la que denominaban "granero del cielo", cuya misión era proteger de todo daño a las semillas.

La muerte era para los pueblos de la cordillera de los Andes una segunda vida terrenal. Esta creencia originó la costumbre de embalsamar al muerto y enterrarlo juntamente con una serie de objetos de cerámica, oro, plata o cobre que constituían la imagen de las cosas del mundo. Así suponían que la segunda vida transcurriría en medio del ambiente familiar que rodeó al difunto en su primera existencia.

Los caras practicaban el matrimonio de ensayo. Eran frugales y laboriosos. Confeccionaban refrescos y bebidas de molle, yuca, plátano, pina y maíz. Utilizaban una farmacopea prodigiosa y "herborizaban" como los mejores filósofos de la naturaleza. En su conocimiento de la medicina tratada con vegetales superaban quizás a los punaes, los cañaris y los paltas. Gracias a los esfuerzos conjugados de todos estos pueblos se descubrieron las virtudes curativas de la cascarilla o quina, de la ipecacuana, el paico, la coca, la zarzaparrilla, el poypodio y centenares de otras plantas benéficas.

Los caras tenían un sistema de medidas: la cuarta, la mano, la rikra, la estatura del hombre, el guacho o el surco. Asimismo poseían una suerte de cartografía: los planos de barro en relieve de que se servían como mapas topográficos.

A semejanza de otros pueblos del país equinoccial, los caras pertenecían a una raza de montañeses, pastores y labriegos. Sus sembrados habían conquistado las alturas de la Cordillera. Asimismo, sus rebaños de llamas y cerdos salvajes soportaban el

frío glacial de los páramos andinos. Pero, estos hombres de la alta meseta no se dedicaban únicamente a las labores del agro y a leer los signos del cielo, sino también a trabajos artísticos. "Eran muy expertos lapidarios —dice Markham- y no sólo perforaban las esmeraldas y otras piedras, sino que también grababan figuras en ellas". Una gran esmeralda labrada, incrustada en la diadema, era el distintivo del rey de Quito. Tal vez ello quería indicar la procedencia de su pueblo, que llegó por la bahía de Caráquez, situada en la región de los mantas, adoradores de la "Madre de las Esmeraldas".

En la región de los pansaleos —dominada por los volcanes Pichincha, Cotopaxi y Tungurahua- se hallaban las viejas ciudades de Latacunga, Pansaleo y Mocha. Esta última era una ciudad fortificada que servía de frontera con el reino de Puruhá. Los pansaleos denotaban en sus costumbres cierta influencia de las tribus caribes. ***Cotopaxi,*** en la lengua de estas tribus, significa "rey de la muerte". Grandes labradores y cazadores, los pansaleos no se privaban de los alimentos más sabrosos: conejos, venados, perdices, tórtolas, palomas, cerdos salvajes, y, sobre todo, cobayos, así como los más variados productos de la tierra. Preparaban una bebida de quinua y platos especiales de una culinaria tradicional.

Su manera de vestir era muy apropiada al clima de la meseta. Llevaban una camiseta sin mangas "con colores muchas y muy perfectas" y una ligadura en la cabeza "por cuyo tinte se conocía el lenguaje y el pueblo". Calzaban, como los caras, unas sandalias de cabuya que llamaban ojotas. Las mujeres lucían una túnica con una reata de colores galanos en la cintura, una vincha en la cabeza, alfileres o topos de oro o plata para sostener su pequeña manta cruzada sobre el pecho". Así vio a estos indios Cieza de León que recorrió esas tierras.

Santuarios y palacios habían levantado los pansaleos en Uchillo, Alangasí y Mulaló. En los edificios de Latacunga, "tan principales como los de Quito", los artistas aborígenes habían esculpido "ovejas de oro y otras grandezas..." En Muliambato, Ambato y Mocha existían igualmente "suntuosos aposentos" que eran los más grandes del reino, y en el último de estos lugares una fortaleza construida de piedra, que proclamaba el adelanto de sus arquitectos militares. En Mocha, se criaban

"los mejores puercos de las Indias y se hacían tan buenos perniles y tocinos como en la Sierra Morena" dice con frase de conocedor el ya nombrado cronista y soldado de Belalcázar*.

El territorio de Puruhá estaba enclavado entre la tierra de los pansaleos y el país de los cañaris y tenía como capital la antigua ciudad de Lliribamba los puruhaes habían levantado varias fortalezas en Tiocajas, Pumallacta, Guano. Se cree que en este último lugar se libró una batalla cruenta en tiempos muy remotos, -acaso con los pueblos de la costa- porque su nombre significa "gran reunión de hombres muertos".

Los puruhaes habían construido sus santuarios en el límite de las nieves eternas del volcán Chimborazo y decían ser "hijos del volcán". Humboldt, fundándose en el manuscrito de Zepla, sostiene que en esta región floreció el antiquísimo Reino de Licán, gobernado por la dinastía de los Conchocandos que habían conquistado los países circundantes y los habían colocado bajo su dominación, administrándolos por medio de sus príncipes tributarios o Guastays . El último rey o Conchocando de Licán, Huaina Abomata, había contemplado el hundimiento de la más alta cima de los Andes, Cápac Urcu, reducida desde entonces a la forma de un catafalco o de un "altar", nombre con el que ha pasado a los tiempos modernos. (15)

Entre las prácticas religiosas de los puruhaes se contaban, además del culto al dios telúrico del volcán —dios de fuego- la adoración a la deidad del lago de Colta y a la deidad del arco iris, símbolo de la fecundidad. El arco iris era el ave sobrenatural, representada en la tierra por los guacamayos —mensajeros del sol— y que había dado origen a todos los hombres. En varios

*** El apellido de este conquistador aparece indistintamente como Benalcázar o Belalcázar, en diferentes documentos. Aquí conservamos la ortografía utilizada por el autor** *(N. del E.).*

lugares, desde el volcán Chimborazo hacia el sur y el oeste, los puruhaes habían levantado santuarios a su divinidad o "casas de la guacamaya" para honrar la fuerza fecundadora del sol. En esto se asemejaban a ciertas tribus del lejano Paraguay que practicaban la religión totémica del papagayo. En la región del Chimborazo se han encontrado muchas tumbas con huesecillos de guacamayo y hachas con dibujos de loros.

Igualmente los cañaris veneraban al guacamayo, ave sagrada, oráculo que anunciaba los acontecimientos terrenales y que era como la voz de Viracocha, "dios de los antepasados". Sarmiento de Gamboa cuenta la fábula cañari del diluvio: En la inundación universal, únicamente quedó fuera de las aguas el cerro de Guasano, en donde se refugiaron dos hombres, llamados Ataorupangui y Cusicayo, a quien servían, por la voluntad divina de Viracocha, dos guacamayas que adoptaron la figura humana y, al ser fecundadas por uno de los varones, llegaron a ser madres de los dos pueblos de Hurinsaya y Huanansaya.

Los cañaris o "hijos de la Guacamaya sagrada" formaban una nación compuesta de veinticuatro linajes. En sus tierras se levantaban las ciudades de Cañaribamba y Tomebamba, esta última con la categoría de ciudad santa. Las gigantescas y misteriosas ruinas de Dumapara, en las tierras de Cochapata, el templo recoleto de Achupallas, el extraño Tambo de Paredones,

el palacio de Hatún Cañar, revestido de mármoles negros, revelan en su pétreo lenguaje la grandeza de esta nación que amaba los paramentos exteriores al mismo tiempo que el culto religioso.

Nadie ha pintado mejor que Cieza de León el esplendor de Tomebamba: "Las portadas de muchos aposentos estaban galanas y muy pintadas, y en ellas asentadas algunas piedras preciosas y esmeraldas... Las paredes del templo del sol y los palacios de los reyes, chapados de finísimo oro y entalladas muchas figuras, lo cual estaba hecho todo lo demás de ese metal". En el interior de esos edificios había "algunos manojos de paja de oro, y por las paredes esculpidas ovejas y corderos de lo mismo, y aves y otras muchas cosas".

¿La ciudad de Tomebamba fue fundada por Tome, hijo de Quitumbe y rey de Quito —como cuenta la leyenda— o fue construida en memoria de una sangrienta batalla que tuvo lugar, en tiempos remotos, en Tumipampa, que significa "gran llanura del cuchillo"? El origen de Tomebamba es un enigma que no se ha descifrado aún; pero se cree que toda la región del Azuay y del Chimborazo constituyó uno de los grandes centros del arcaico imperio Chavín.

En el siglo XV, el país cañari era muy próspero. Se extendía desde el nudo del Azuay hasta Zaraguro, donde se levantaba una fortaleza fronteriza de los paltas, y desde el Golfo de Jambelí hasta la Cordillera Oriental. Explotaban sus minas de amatistas de Racar y sus granates. Se distinguieron en la metalurgia y en las artes suntuarias. Labraban el oro con tal primor "que sus trabajos sorprendieron a los orfebres del siglo XVI en Europa por su técnica y su valor artístico .

Los cañaris empleaban ciertos signos grabados en un bastoncillo para enviar sus mensajes. En Chordeleg se han encontrado algunas de esas cañas recubiertas de oro y plata, sobre

las que se distinguen signos semejantes a los utilizados por los mayas. En el mismo lugar, dentro de algunos sepulcros, se han descubierto objetos de cerámica y de metal que denotan —según afirma el erudito Carlos Pereyra— "un pasmoso adelanto en el dominio de las manifestaciones artísticas". En varios sitios abundan las reminiscencias mayas, particularmente alrededor del río Jubones, llamado por los cañaris primitivos Tamal Aycha.

Para sus ceremonias, los cañaris se adornaban con tiaras de oro, máscaras y cascabeles dorados. El historiador inglés Markham dice que constituían una raza bien parecida y que usaban un tocado particular: "El pelo, que se dejaban largo, se torcía en forma de nudo encima de la cabeza, y en dicho nudo se ataba una corona de cintas finas que se entretejían con un copete de lana multicolor".

Los vecinos meridionales de este pueblo eran los paltas, que mantenían relaciones de comercio y amistad con las tribus amazónicas, se servían de extrañas plantas medicinales como la quina o cascarilla y cultivaban frutas desconocidas en otros lugares, como el aguacate y la guanábana, que según el botánico Popenoe tenían su origen en esas tierras. Los paltas vivían en paz, protegidos por sus fortalezas. Los petroglifos de Zaruma y los grabados rupestres de la gruta de Chinchilla poco revelan de la historia de ese pueblo; pero se sabe que éste venía de las regiones amazónicas y pertenecía a la misma raza de los bracamoros, cuyas costumbres se verán en el capítulo siguiente.

Todos estos pueblos de la Sierra equinoccial formaban el Reino Confederado de Quito, a mediados del siglo XV. El Reino de Quito o "el camino del sol" era geográficamente un corredor o galería de verdura que se alargaba entre una doble hilera de volcanes. Prodigiosa galería, con más de 40 elevaciones, picos de montañas o nevados, como un campamento de tiendas de gigantes. Era un delirio orográfico, un paraíso de valles frutales,

custodiado por antorchas de fuego telúrico y enclavado entre el país de los chibchas y el país de los incas. Los murallones volcánicos de la cordillera le proveían de pórfido, mármoles y alabastros, obsidiana y piedra. Junto a los desiertos de arena del sur y a los raros oasis del Perú, el Reino de Quito constituía una cantera inagotable. De tiempo en tiempo caía sobre los campos una lluvia de piedras, arrojada por las fauces milenarias de los volcanes activos. Las lagunas, enclaustradas y secretas, no eran sino cráteres de volcanes apagados. La vegetación cubría con su manto verde la desnudez gris de las piedras enormes. El Reino de Quito era el reino de la piedra. La capital de este reino era la antigua ciudad del mismo nombre, en donde residían los reyes de la dinastía de los Duchicelas, herederos de los monarcas de ese pueblo misterioso que "vino del mar". [1]

IV. El país del gran jaguar negro

"¡Cumbanama... Cumbanama!": los guerreros bracamoros invocaban a su "Dios Remoto" para alejar al carnívoro Soacha, gran jaguar negro de las selvas ecuatoriales, que rondaba en torno del poblado. Los mozos pulían las largas y lucientes cerbatanas, fabricadas con la madera de la palma de ***cbontaruro,*** árbol sagrado. Nadie se atrevía

a aventurarse fuera del recinto de las casas, cuyas puertas estaban pintadas, a guisa de protección, con pequeñas figuras de color encarnado que representaban hombres, serpientes, y, sobre todo, el diabólico felino contra el que parecían perder su virtud mortífera las flechas de ***curare,*** lanzadas por las cerbatanas.

El ***curare,*** veneno misterioso que paralizaba a la víctima, había hecho de los bracamoros y de los otros pueblos que conocían el secreto de su fabricación, los reyes de la selva. Su gran imperio vegetal se extendía desde la cordillera del Cóndor hasta la desembocadura del río Huallaga en el Amazonas, y desde Jaén hasta la fuente del río Pastaza, donde comenzaba el país de los Canelos. Más al nordeste habitaban las tribus de los quijos y los cofanes, mientras al Levante se hallaban las tierras de los mamas y de los omaguas. Los bracamoros y los otros pueblos de su misma raza como los yaguarzongos, malacatos, paltas, aguarunas, huambizas y achuales fueron denominados con el nombre general de jíbaros —o sea, en español antiguo, ***hombres silvestres*—** por la expedición de Hernando de Benavente en el siglo XVI.

Los bracamoros, vecinos de los paltas, a pesar de no poseer las fortalezas militares de que estos últimos disponían, constituyeron la mejor defensa del Reino de Quito contra las incursiones de los pueblos del sur. Derrotaron invariablemente a sus enemigos en todos los encuentros, debido a la superioridad de sus armas: el venablo arrojadizo y la cerbatana de flechas envenenadas. Poseían el arte del ataque sorpresivo, para lo que se ocultaban entre las ramas de la selva, de cuyo menor detalle se solían servir para pasar inadvertidos. En ocasiones se cubrían con cotas, capacetes y broqueles de plumas que amortiguaban los golpes. Se pintaban el cuerpo para la guerra con el achiote ritual —pintura vegetal de color de sangre- que les infundía ánimo para el combate y disimulaba las heridas.

La cota estaba confeccionada con millares de pequeñas plumas de colibrí, cosidas sobre una armadura de cuero flexible y adornadas con grandes plumas de tucán o de guacamayo. Aún en tiempo de paz los jíbaros llevaban capacetes y turbantes cilíndricos, forrados de plumas, semejantes a los representados por los nazcas en su cerámica. También lucían "brazaletes y cordones recubiertos de caparazones verdes de escarabajos". (16)

Las casas de los jíbaros estaban construidas de madera, pues este material abundaba en la región y se lo obtenía de la guadúa o bambú americano y de los más diversos árboles, como el chontaruro o el zapote. La familia dormía sobre una plataforma fabricada asimismo de madera. Esta raza era frugal y vigorosa. Las mujeres gobernaban la economía familiar, conocían abortivos vegetales y poseían todos los secretos de la "medicina mágica".

En medio de su mundo selvático, en donde las bóvedas verdes, formadas por la vegetación intrincada, apenas dejaban pasar la luz del sol, los jíbaros se inclinaban fácilmente a creer en la existencia de fuerzas desconocidas. Un poder maléfico -que se manifestaba en la presencia del gran jaguar negro, en los ofidios e insectos venenosos, en el rayo y otros fenómenos— reinaba en la selva. Ese poder oscuro era contrarrestado por las fuerzas del bien: un dios lejano, Cumbanama; la diosa de la tierra, Nungüi, y su marido, Shakaema, el dios de la lluvia, y otras deidades.

Los jíbaros creían en la transfiguración y practicaban el culto de los antepasados. Suponían que las enfermedades eran producidas por "dardos mágicos" lanzados por enemigos invisibles. Acostumbraban consumir ciertas bebidas elaboradas con plantas y raíces narcóticas, como la ***datura*** o ***huántuc*** para adivinar el futuro, la ***guayusa*** para adquirir fuerza y el ***aya-huasca*** o ***cayapi*** para "ver" lo invisible.

En las tierras de los jíbaros abundaban los venados, tapires, liebres, cerdos salvajes, faisanes y perdices, y en los ríos proliferaban toda clase de peces. Los cazadores se servían de la cerbatana; pero los pescadores empleaban un método original: echaban en el agua las raíces trituradas de una planta llamada ***barbasco*** que tenía la virtud de narcotizar a los peces, los cuales surgían inmediatamente a la superficie, en donde quedaban flotando al alcance de la mano.

Los omaguas se servían del mismo procedimiento para proveerse de pescado y consumían igualmente "bebidas mágicas". Habían inventado, para fumar el ***huántuc,*** un aparato que consistía en una caña hueca, cortada como un pequeño horcón, mediante el cual absorbían el humo por la nariz, tal como los vio La Condamine en su gran jornada de exploración amazónica en el siglo XVIII.

Se sabe que los omaguas habitaban cerca de la desembocadura del río Ñapo en el Amazonas, donde los encontró Fray Gaspar de Carvajal, en la primera mitad del siglo XVI, cuando la memorable expedición de Orellana. Los omaguas-Ye-té poblaban la región de la desembocadura del río Aguarico y formaban una sola raza con los anteriores y los canelos, tucanes, cofanes y quijos.

El dios de los omaguas era Zumi Toparía, creador supremo de todas las cosas. Estos hombres de la selva eran espiritualistas y creían en la reencarnación. El tambor y la maraca eran sus "instrumentos mágicos". Todas sus danzas estaban provistas de un sentido religioso y tenían el carácter de un conjuro. A diferencia de los jíbaros que llevaban los cabellos largos, atados en tres colas, los omaguas usaban el cabello corto y lo cubrían con una corona de plumas de tucán. Eran muy industriosos para

conservar la carne de aves y animales, preparándola a fuego lento en una parrilla de madera o de ramas y guardándola después con otros alimentos en pozos profundos, bien cubiertos, que permanecían sin deteriorarse bajo las inundaciones durante varios meses del año.

En el país de los mamas pululaban los más extraños animales: el puerco espín, el oso hormiguero, el armadillo. Este último constituía una verdadera riqueza: su carne servía de alimento y su caparazón se utilizaba para la fabricación de los más diversos objetos. Las industrias domésticas y la agricultura ocupaban la mayor parte del tiempo de las mujeres: fabricaban pan de yuca así como también muchas clases de bebidas y cultivaban varias especies de frutas como el tacso, la guayaba, el zapote y el caimito, este último de origen caribe. El zapote era el árbol más alto de su reino vegetal, y, por esta razón los mamas, en su fábula del diluvio, decían que los únicos hombres que se salvaron de "la gran inundación" fueron aquellos que buscaron refugio en un árbol de esta especie.

Los varones de la tribu, como sus congéneres de los záparos, coronados, andoas, pinchis, iquitos y avishiras -todos de la misma raza- tenían fama de guerreros, y sus trompetas de concha de armadillo, al resonar con ásperas modulaciones entre las espesas redes de líquenes y de helechos, dictaban su ley en las regiones selváticas.

Todos esos pueblos poseían tradiciones y creencias comunes, a pesar de su diversidad somática y de sus costumbres diferentes: la tierra era una madre que ofrecía sus dones al hombre, pero a la que había también que servir; la palma de chontaruro se consideraba un árbol sagrado; las diversas especies de animales se hacían una guerra a muerte; el jaguar era la

encarnación de un hechicero de una tribu enemiga. Todas las tribus utilizaban un gran tambor de señales, el tun-duy. La pintura del cuerpo era el verdadero vestido de estos indios. Tenían en gran reverencia a los muertos y creían en la eternidad.

Las estribaciones de la Cordillera del Cóndor y de la Sierra de Guacamayos constituían el último límite occidental de estos pueblos de la selva y de los grandes ríos. Las elevadas, murallas de las montañas, con sus torreones a veces coronados de fuego —los volcanes Cayambe, Antisana, Tungurahua, Cápac Urcu o Altar, Sangay y veinte picachos revestidos exteriormente de nieves perpetuas- los separaban del Reino Confederado de Quito. Sin embargo, algunos pueblos selváticos mantenían un intercambio activo con los caras, los puruhaes, los cañaris y los paltas, por ciertos pasos de la cordillera —como Pimampiro, Papallacta, Puyo, Paute, etc.— conocidos con el nombre de "puertas del Oriente", a través de los cuales se hacía el tráfico de oro, plumas, plantas y raíces medicinales, canela, aves raras, gomas, resinas y pieles.

Aunque no eran muy avanzadas las formas de cultura de los pueblos que se extendían a ambas orillas del gran río Amazonas, llamado Guayena por los primitivos habitantes de esas regiones, se guardaba cierta veneración a los hombres que transmitían por medio de cantares los hechos y tradiciones memorables. El poeta o cantor llevaba un manto de plumas y tenía el derecho de "ir sin peligro entre las tribus enemigas que le respetaban".

Algunos autores afirman que los pueblos amazónicos tuvieron una escritura de signos que solían pintar en hojas de plátano, especialmente preparadas para ese objeto. Humboldt encontró a orillas del río Ucayali algunas de esas hojas cosidas con

hilos de pita a semejanza de los pliegos en folio de los europeos, y llenas de escritura jeroglífica. Mucho tiempo antes de este descubrimiento, un misionero franciscano, fray Narciso Gilbay, perdido en las selvas amazónicas, vio a un anciano leyendo al pie de un palmera uno de estos "libros" enigmáticos, ante un grupo de jóvenes indígenas. El anciano le dijo que "el libro contenía cosas secretas que no deben conocer los extranjeros". El fraile pudo ver en las páginas algunos dibujos que representaban hombres y animales y muchos caracteres aislados, en líneas ordenadas y simétricas. La procedencia de esos infolios es todavía un misterio.

Las leyendas de los jíbaros se refieren también, entre los hechos que forman la epopeya de ese pueblo, a la desaparición de la escritura. Otros episodios de la misma epopeya son la adquisición de la sal, la invención de la cerámica, el encuentro y utilización de las calabazas y el descubrimiento de las "plantas de la adivinación". Dos grandes mitos de los jíbaros eran el del "robo del fuego" por el colibrí que lo repartió entre los hombres, y el del arco iris que anuncia la muerte del jaguar negro o sea del "espíritu del mal".

V. La piedra que llora sangre

El polvo, los gritos y el sudor hacían insoportable la marcha sobre las estribaciones de la cordillera de los Andes. El cielo desierto, sin nubes ni pájaros, era como un estanque azul, infinito e inmóvil. Las rocas peladas se sumergían en esa agua celeste, como un rebaño de animales antediluvianos, dorados por el sol. En la gran desolación de las montañas abruptas, se escuchaba tan sólo el griterío de los indios que

avanzaban lentamente por los senderos peñascosos, conduciendo inmensas moles de piedra sujetas por maromas. Esas moles grises, arrastradas por millares de brazos, habían sido arrancadas de la cordillera de Quito y estaban destinadas a la construcción de la fortaleza de Sacsahuamán, en el vecino país de los incas.

La marcha de las muchedumbres indígenas duraba ya varias semanas. Páramos glaciales y peñascos, cribados por las agujas de hielo de una eterna garúa, pantanos donde hormigueaba el miedo, barrancos y desfiladeros mortales, eran vencidos esforzadamente por las plantas infatigables de veinte mil indios del Reino de Quito, reducidos a la servidumbre por los "orejones" o la guardia pretoriana del Inca Urcón, hijo de Viracocha.

El joven Inca en sus andas reales, decoradas con un gran disco de oro —imagen del sol, divinidad única de esos pueblos- iba en medio de su cortejo emplumado, a la zaga del último grupo de cautivos. Detrás de las andas reales, marchaban hileras interminables de portadores de botijos de barro cocido, llenos de la refrescante y áurea bebida de maíz fermentado que producía la embriaguez y el sueño. Los servidores se acercaban repetidamente a las andas reales con el fin de ofrecer a su señor el delicioso líquido, en el cual parecía haberse disuelto el sol para introducir en el corazón humano una alegría cósmica. Delante de la gran muchedumbre avanzaban los indios de Quito conduciendo la más gigantesca de las moles de piedra, cuya forma rectangular sugería la de los menhires adorados por los cañaris. El inmenso dios megalítico —lanzado tal vez sobre la tierra por una antigua erupción volcánica pues conservaba las marcas del fuego telúrico y de los óxidos de hierro- oscilaba a cada movimiento de la multitud, como un gran lingote de plata transportado por millares de hormigas. Cada paso en falso de los cargadores, arrancaba de sus gargantas un grito unánime de espanto. Y así seguía

arrastrándose la procesión anhelante por los caminos y los riscos, por las pendientes y las llanuras, deteniéndose sólo al anochecer para cobrar aliento y curar las magulladuras de los cuerpos exhaustos.

No había sido un paseo triunfal para el Inca Urcón su expedición militar al Reino de Quito. Es verdad que su padre, el prudente Viracocha le había proporcionado los hombres y las armas para tan grande empresa, al darse cuenta de que el hastío de los placeres fáciles roía el corazón del joven Inca; pero los pueblos del "camino del sol" disponían de innumerables elementos bélicos, desde la roca lanzada como un proyectil de la altura, hasta la maza de obsidiana, erizada de puntas crueles, o la honda que zumba como un pesado abejorro de piedra y la cerbatana que dispara una flecha -flor de madera y algodón-, emisaria silenciosa de la muerte. La resistencia de los habitantes del Reino de Quito había sido tenaz, y lo que pudo ser una campaña de conquista se redujo a una expedición aventurera y a una retirada oportuna con unos cuantos miles de cautivos y algunas cargas de botín. El Inca Urcón, al abandonar las tierras equinocciales, no olvidó las famosas piedras volcánicas de Quito para terminar la construcción de la fortaleza fabulosa, emprendida por su padre. Las lluvias ecuatoriales —entre cuyos espesos murallones de agua hacía su aparición súbita el lívido dios del rayo—, la escarcha insistente como una plaga de níveos insectos, las reverberaciones solares en las llanuras desérticas, los vientos furibundos con sus infinitas sábanas de polvo asfixiante, no pudieron cerrarle el paso al obstinado Inca, deseoso de contribuir con su dádiva ciclópea a la grandeza del imperio.

Los "orejones" de la guardia murmuraban que su señor había enloquecido por la acción del sol ecuatorial. Otras veces, con palabras moduladas entre dientes, atribuían al exceso de

bebida la pérdida de la razón del monarca. Y, finalmente, no faltó quien señalara a las ardientes doncellas del Reino de Quito como las provocadoras de la demencia del hijo preferido de Viracocha. La marcha hacia el Sur parecía agravar su estado melancólico y delirante. En la alta noche, cuando los cargadores dormitaban junto a los desmesurados bloques de piedra, se escuchaban, entre los chillidos de las cornejas, los gritos de pavor del Inca loco.

Semanas de marcha incesante, a través de los más extraños países, por las ciudades y los valles, con rumbo a la ciudad sagrada de la dinastía de Manco Cápac... La mayor de las moles graníticas —aquella que era arrastrada por los indios de Quito-parecía aumentar de peso a medida que se alejaba de su país de origen. A pesar de los esfuerzos sobrehumanos de los millares de indios, la piedra no avanzaba. No podían moverla apenas. Se diría que presentaba una resistencia pasiva a la voluntad del Inca. Saycusca le llamaron los indios: "Piedra cansada".

La fortaleza de Sacsahuamán, "obra de encantamiento", apareció en el horizonte. No estaba terminada la obra; pero se levantaban ya algunas murallas construidas con grandes bloques de piedra que "parecían peñas", análogas a las que hacía traer el Inca Urcón. Aquí sucedió el hecho fabuloso, relatado por los primitivos cronistas de Indias: "la dicha piedra habló antes que llegasen los indios a la dicha fortaleza, diciendo ***saycunin,*** que quiere decir ***cánseme*** y lloró sangre... " Los guardias exigieron a los indios que prosiguiesen el camino con su carga; pero los desventurados no podían mover la piedra aferrada obstinadamente al suelo. Todos los intentos fueron vanos. En un momento, cuando pareció posible continuar la marcha, cedieron de pronto las maromas, y la ingente prisionera monolítica se precipitó sobre los que iban delante: más de mil indios perecieron

aplastados, en la trayectoria de la monstruosa divinidad que rodó varios centenares de metros. Cerca de Sacsahuamán se detuvo y quedó plantada, toda cubierta de sangre humana y nunca llegó a colocársela en la fortaleza.

Ante la espantosa mortandad, animados por la ejemplar resistencia de Saycusca, los indios de Quito se rebelaron contra los "orejones", matándolos con sus propias armas. Fue una verdadera batalla alrededor de la mole megalítica, que parecía animar a los esclavos con su presencia sangrienta. Dueños del campo, los rebeldes se precipitaron sobre las andas reales y degollaron al Inca Urcón, abandonando su cadáver al pie de Saycusca. El griterío y el ruido de las armas llegaron hasta el Cuzco y dieron aliento a los vencidos chancas, resueltos a recobrar su libertad. Armados de hachas y de porras, atacaron el palacio del anciano Inca Viracocha, quien huyó de la ciudad y fue a refugiarse con su familia y sus cortesanos en una cueva de la montaña próxima. Sólo la intervención valerosa de su tercer hijo Titu Yupanqui pudo evitar el desastre y el derrumbamiento del Imperio de los incas.

La rebelión de los indios de Quito y de los chancas tuvo un final lamentable. Los cautivos, dominados por fuerzas superiores, fueron destinados a la construcción de la fortaleza de Sacsahuamán y de otras obras del imperio. La "piedra cansada" quedó en su sitio, inconmovible, contemplando a los ***mitimaes,*** o desterrados, con sus ojos minerales llenos de lágrimas de sangre. Los conquistadores españoles la vieron inmutable y enigmática. La vio Garcilaso: "A una de sus esquinas altas tiene un agujero o dos que, si no me acuerdo mal, pasan la esquina de una parte a otra. Dicen los indios que aquellos agujeros son los ojos de la piedra por do lloró la sangre. Del polvo que de los agujeros se

recoge y del agua que llueve y corre por la piedra abajo, se hace una mancha o señal algo bermeja, porque la tierra es bermeja en aquel sitio. Esta es la sangre que derramó cuando lloró".

Pero, cubierta de llanto rojizo, o de sangre de los hombres de Quito, o de sustancias ferruginosas y oxidaciones telúricas, Saycusca, la piedra cansada, es el símbolo de todo un pueblo: es un fragmento de la cordillera ecuatorial, algo como un pedazo de su entraña pétrea, arrancado de su lugar de origen y llevado a suelo extranjero. Es un pueblo petrificado que sufre en la cautividad. Humana piedra ***mitimae.*** Enclavada en tierra extraña e inhospitalaria, llora sangre —en sentido verdadero o figurado— en su destierro eterno. (17)

VI. La dinastía de la esmeralda

La luz ecuatorial caía verticalmente sobre la diadema de Carán XI, rey o Scyri de Quito, y hacía brotar de la esmeralda regia un fulgor verde y sobrenatural. El Scyri, "señor de todos", meditaba al pie de una de las columnas solares —o medidores del tiempo— del observatorio astronómico situado sobre la colina redonda que, según lo pregonaba la fama, había sido construida por los fundadores de la ciudad, en una época remota: la Colina del Sol, que los españoles llamarían más tarde Panecillo. El mediodía reverberaba como una inmensa ascua de oro, y la columna no daba sombra en ese día de equinoccio. Quito, situada a pocos kilómetros de la línea equinoccial, era la Ciudad Santa del Sol, la capital de un reino cuyo prestigio inflamaba la imaginación de los habitantes de las naciones vecinas que le llamaban Kitotl o "país de los colibríes". No había, en efecto, lugar de la tierra en donde se viera mayor número de estas

aves minúsculas, que el pueblo designaba con nombres familiares como ***guaransinga*** —nariz larga— o poéticas corno ***flor del cielo*** o ***chispa del sol.***

Carán XI, bajo su parasol de plumas de colibríes, rodeado de su corte y de los sacerdotes vestidos de blanco, recorría con la mirada el valle encajonado entre las montañas: los dos Pichinchas —el viejo o rucu y el niño o guagua— , la Colina del Sol, el Ichimbía y la Colina de la Luna, donde se elevaba el santuario consagrado al culto del astro nocturno. Entre esos murallones andinos se extendían los grupos dispersos de casas y de huertas, en donde vivían en paz sus súbditos, entregados a los más variados oficios. "Cada uno tenía la obligación de hacer sus sandalias, su casa y su arado", dice el abate Raynal. Alarifes, agricultores y hábiles artesanos habían hecho de Quito el centro civil de una sociedad laboriosa que vivía de acuerdo con su código de leyes y de moral.

Las casas eran de piedra o de arcilla apisonada, con techumbre de paja, y estaban dispuestas por grupos de seis alrededor de un patio, protegido por una muralla. En el patio se practicaban los trabajos en común: la alfarería, el arte de tejer, la fabricación de la bebida de maíz, la extracción del jugo del agave —que servía para azucarar ciertos manjares—, o la preparación de las plantas, raíces y granos destinados a la alimentación: patatas, altramuces, habichuelas, yuca, acederas, quinua, jicamas. Las mujeres no sólo "eran amorosas -como afirma Cieza de León— sino que ayudaban a sus maridos en todas las labores.

La dinastía de los Scyris, o señores de Carán, gobernaba con prudencia y ejercía una acción protectora sobre el pueblo y los recursos naturales. La reina consideraba a sus súbditos como

sus propios hijos, por lo que se le daba el título de "Madre del Pueblo".

Era grande la prosperidad del Reino de Quito. Se habían construido acequias junto al camino real para el riego de los campos circundantes y también para que pudieran abrevarse las bestias de carga y no les faltara el agua a los viandantes. Se había ordenado a las mujeres de todo el país el empleo permanente del huso para hilar la lana, con el fin de acrecentar la producción de tejidos. La mujer no abandonaba el huso ni aun cuando se hallaba en camino, y así se la veía cruzar apresuradamente —casi al trote- por montes y laderas haciendo girar entre sus dedos el pintoresco instrumento de madera del que dependía la economía de todo el reino.

El problema del fomento de la población había encontrado una solución eficaz en la concesión de tierras a los recién casados, a los que se otorgaba también "un suplemento al nacimiento de cada niño". La farmacopea estaba muy avanzada. Se empleaban multitud de hierbas para curar las diferentes dolencias y, particularmente, "uno como apio de flor amarilla que sanaba toda llaga". Para la higiene pública se habían establecido baños en todas las poblaciones. Esos baños eran casi siempre termales.

Carán XI fue interrumpido en su meditación por el vuelo de un curiquingue —ave augural- que, después de describir un círculo, se posó en una planta de ají: ¡Buen año se anunciaba para las cosechas! Los jóvenes, armados de lanzas de palma, empezaban a bailar en ronda un areito, -la tradicional danza religiosa- con gran rumor de sonajas y cascabeles, al pie de la pirámide solar que servía para marcar el paso del sol en el equinoccio. Esta gran fiesta se celebraba cada seis meses, al mismo tiempo que las ceremonias conmemorativas de la invención de la

bebida de maíz "que introdujo la alegría en el corazón de los hombres".

Al anochecer, después de asistir a los regocijos de su pueblo, se retiró el monarca a su palacio, situado en la ladera del Pichincha; pero no pudo conciliar el sueno. El destino del reino de Quito le llenaba de inquietud: Carán XI envejecía y en cualquier momento iría a descansar en el túmulo de los reyes —que el pueblo llamaba la Tola de los Scyris— sin haber podido dejar un hijo varón que tomara en sus manos el gobierno del reino. Es verdad que su hija Toa poseía virtudes nada comunes y una energía casi varonil que podía conducir al país por el buen camino; pero los indómitos jefes de los pansaleos se mostraban cada vez más amenazadores y, hacia el Sur, el belicoso reino de Puruhá era una nube en el horizonte del Reino de Quito. Las manos de una mujer no estaban hechas para blandir el hacha de la guerra.

Dotado de un gran sentido político, el anciano monarca encontró la solución de su angustioso problema de la sucesión real: había que obtener la alianza del reino de Puruhá mediante el matrimonio de Toa con el primogénito del soberano de ese reino. Así los pansaleos se verían obligados a entrar en la confederación, y lo mismo sucedería con los otros pueblos meridionales y occidentales que mirarían con temor el surgimiento de una poderosa nación en sus fronteras.

Condorazo, rey de los puruhaes, aceptó las proposiciones de los enviados de Quito y obtuvo el consentimiento de su hijo mayor Duchicela para llevar a cabo la anhelada unión. Además, quiso dar muestras prácticas de absoluto desprendimiento, en bien de su país, dejando que se cumpliera su gran destino: abdicó el trono en favor de Duchicela y se retiró a vivir sus últimos años

en lo más alto de la cordillera de Collanes. Algunos historiadores pretenden que este monarca, prefiguración americana de Segismundo, se sepultó vivo entre los riscos andinos.

El joven esposo de Toa, ya investido de la corona de los puruhaes y de la esmeralda de los scyris, realizó la confederación tan deseada por los caras y fundó la dinastía de los Duchicelas, nuevos reyes de Quito. Esta historia la cuentan Francisco de Chávez en sus memorias, el padre Juan de Velasco en su relación ya célebre, y Juan Colque, Señor de los quillacos, en sus quipos y memoriales presentados a la Corte de España, algunos años después de la conquista del Reino de Quito por Belalcázar y sus capitanes. Juan de Velasco fundó su relación en los manuscritos de Marcos de Niza, Bravo de Saravia y Jacinto Collahuaso. El manuscrito original de este último fue condenado a las llamas en la plaza de Ibarra, por orden del Corregidor español de esta ciudad; sólo algunos años después, Collahuaso pudo hacer de memoria algunas copias de su obra. (18)

El jesuita Velasco dice que la dinastía de los Scyris comenzó con el fundador de la ciudad de Carán, en la bahía de Caráquez, y duró cinco siglos. Acaso hay alguna exageración en lo que se refiere al período de tiempo, ya que el mismo historiador no habla sino de once monarcas hasta el establecimiento de los Duchicelas y no consigna sus nombres ni sus hechos.

También hay alguna discrepancia entre Velasco y otros investigadores de la historia en lo que se refiere al nombre de la dinastía reinante. Mientras algunos designan a estos reyes como "los Scyris o Shiris", se sabe que los puruhaes les llamaban "Lliris" y pretendían que su origen era la vieja ciudad de Lliribamba y los incas les denominaban "sinchis" o gobernadores, según el testimonio de varios cronistas de Indias. Los soberanos de la nueva dinastía de los Duchicelas son más conocidos: Duchicela I;

Atauchi, Duchicela II; Hualcopo, Duchicela III; Cacha, Duchicela IV y su hija Paccha o Huallara.

El rey Atauchi Duchicela II tenía bajo su mando los estados de Imbaya, Cara, Puruhá, Cañar y Quito. Mantenía buenas relaciones con los huancavilcas, los mantas y los paltas. Durante su reinado se erigió el Palacio de Callo, aunque algunos autores atribuyen esta obra a su hijo Hualcopo y aún a Huayna Cápac. Este palacio es notable por el conjunto armonioso de la puerta trapezoidal y sus tres ventanas de análoga estructura. En realidad, parece que la obra se hallaba en mal estado cuando la conquista incaica y fue reconstruida por el monarca originario de las tierras fecundadas por el río Jubones.

A la muerte del prudente rey Atauchi, le sucedió en el trono su hijo Hualcopo, mozo de energías superiores, quien miraba con inquietud acercarse a las fronteras meridionales de su reino la poderosa máquina militar del imperio de los incas. El gran anhelo del nuevo monarca fue consolidar la unión de los pueblos confederados bajo el signo religioso y civil de la esmeralda de los Duchicelas. Creía que el Reino de Quito, para mantener su integridad e independencia, debía tratar de aumentar su poder material y sus territorios, pero no por obra de la fuerza sino de las alianzas inteligentes y del comercio. Con este fin, y con el pretexto de incrementar el intercambio de oro, plumas y especias con los pueblos que habitaban detrás de la cordillera Oriental, organizó una visita regia al país del "Tucán Sagrado".

En su Silla de Piedra y bajo su parasol de plumas de colibrí, a hombros de sus súbditos, el rey Hualcopo Duchicela se dirigió primeramente a la tierra de los pansaleos y se alojó durante la noche en su palacio de Hambato. A la mañana siguiente, después de hacer algunas abluciones en los baños termales, cerca de la

cascada del Agoyán, entró en las tierras selváticas, seguido de una numerosa comitiva, en la que figuraban los principales señores de los pueblos confederados.

El monarca quiteño llevaba muchos presentes para los tucanes, quijos y cofanes. Entre los regalos regios, causaban el asombro de los curiosos unas hachas de plata, algunos botijos de sal y semillas, un huso para hilar y una rueca para tejer, un cántaro lleno de añil, un aparato de cerámica para contar y otras maravillas.

De todos los lugares ribereños del "gran río Guayena", salieron a encontrar al rey de Quito muchos emisarios de los pueblos de la selva. Se decía que el soberano había vencido al gran jaguar negro y que traía "objetos mágicos". Los mensajeros de los pueblos selváticos venían a ofrecerle en cambio guacamayos y tucanes de colores deslumbrantes -proveedores de las "plumas para danzar-, canutos llenos de polvo de oro y diversas "plantas y raíces del sueño".

A orillas del río Curaray se entrevistó el rey Hualcopo Duchicela II con los jefes de los quijos, cofanes y omaguas y con los mensajeros de los mainas, andoas y bracamoros. Allí, el monarca de Quito les hizo saber el gran peligro que se anunciaba en el horizonte con las repetidas victorias de los incas que habían conquistado el país de los huancas y se dirigían hacia el Norte. El rey Hualcopo Duchicela ofreció su protección a los pueblos de la selva, a cambio de algunos elementos de guerra, entre ellos una provisión de curare que le daría la superioridad sobre los soldados incaicos. Como señal de su amistad, el visitante regio entregó sus presentes que demostraban el alto grado de civilización alcanzado por el Reino de Quito, y sus adelantos en las artes de la paz: la metalurgia, el tejido y la tintura, la contabilidad, la agricultura y las pequeñas industrias domésticas.

Los señores de los quijos, mamas, omaguas y bracamoros prometieron su alianza y ofrecieron entregar al soberano una cantidad suficiente de curare para la defensa del reino, en caso de una invasión. Infortunadamente, no cumplieron su promesa en la hora suprema del Reino de Quito, aunque resistieron en las selvas a los invasores y les hicieron volver las espaldas en precipitada fuga.

Reconfortado por la buena disposición de los pueblos "del otro lado de la cordillera", Hualcopo Duchicela regresó a Quito, en medio del júbilo de las muchedumbres que, en todas las poblaciones del trayecto, se congregaban para admirar la comitiva regia. Junto a los guerreros cubiertos con cotas de plumas, marchaban algunos hombres desnudos y pintarrajeados de rojo, que portaban sobre sus hombros papagayos habladores y llevaban con cuidado preciosas redomas del veneno que paraliza". En la capital, el rey encontró a su hermano Epiclachima entregado a la difícil tarea de reclutar soldados y formar apresuradamente un ejército, ante la noticia del avance de las fuerzas del Inca Túpac Yupanqui hacia las tierras de los paltas. El general Apoc Chavancallo, jefe de los puruhaes, había enviado un mensajero a Quito para hacer saber que su ejército estaba pronto a entrar en combate contra los invasores.

El soberano de Quito asumió inmediatamente la defensa de su reino. Hizo reparar algunas fortalezas en la ruta de la invasión y nombró general de las fuerzas quiteñas a Epiclachima, cuyo valor e inteligencia paralizaron el avance del enemigo en la tierra de los puruhaes. En la batalla de Tiquizambi, en la que Apoc Chavancallo y sus hombres hicieron inútilmente prodigios de valor, el general Epiclachima pereció en medio de sus tropas. Llegada la noticia del desastre a Quito, el rey Hualcopo manifestó el más vivo dolor y fue, en compañía de su hijo Cacha, heredero

del trono, a ofrecer un sacrificio al sol en la Colina Sagrada. Allí, designó al joven Calicuchima, hijo mayor del héroe difunto, para sucederle en el mando de las fuerzas militares.

Días más tarde, Hualcopo, acompañado del príncipe Cacha, fue a encerrarse con algunas tropas escogidas en la fortaleza de Mocha. Durante el largo asedio, en uno de los encuentros con los soldados incaicos, el joven príncipe recibió algunas heridas de flecha que le dejarían inmovilizado en su silla de piedra. Sin embargo, su naturaleza indomable y su energía sobrehumana seguirían sirviendo de ejemplo a las tropas de Quito, que le reconocían como su verdadero jefe.

En un viaje de inspección por las fortalezas septentrionales de Hatuntaqui, de Cayambe y de Caranqui, el príncipe Cacha Duchicela se alojó en el Palacio de Cochasquí -residencia, templo y fortaleza— y quedó deslumbrado por la belleza de la joven Huallara, princesa de sangre real, que correspondió a su amor. Cochasquí se convirtió en un paraíso terrenal para los amantes; pero, un buen día, llegó un oficial del rey Hualcopo para recordar al príncipe dichoso la realidad de la guerra que le obligaba a regresar a la fortaleza de Mocha, en peligro de caer en manos de los invasores. Transcurrirían varios años antes de que se volvieran a encontrar Cacha, investido de la dignidad real de Duchicela IV, y Huallara, elevada por su alianza a la categoría suprema de "Madre del Pueblo".

Una noche, mientras se hallaba en compañía de algunos capitanes junto a una fogata, entre los riscos de la fortaleza de Mocha, el príncipe Cacha recibió un mensajero del Norte con la buena nueva: Huallara acababa de dar a luz una hermosa niña en el Palacio de Cochasquí. En esos tiempos infortunados, Cacha hubiera preferido un hijo varón, capaz de sostener en su mano la

lanza guerrera, y en su frente la diadema real, y así la noticia le sumergió en las reflexiones más pesimistas. Pero, los años demostrarían al atormentado padre que no tenía razón en sus cavilaciones, ya que la pequeña palta o princesa, que llevaba el mismo nombre de su madre, se haría merecedora del trono, primero defendiendo militarmente el reino contra los invasores, y después dictando medidas prudentes de gobierno como consejera y ahijada del monarca extranjero al que se unió por los lazos del matrimonio con el propósito de mantener la integridad de la nación de sus mayores.

Hualcopo murió entristecido por la suerte que le reservaban a su reino los años futuros. Todos sus aliados habían sucumbido, unos tras otros, ante las fuerzas incaicas, y presentía que muy pronto se daría la batalla final. Sin embargo, alimentaba su última esperanza en el gran valor y pericia de su hijo Cacha, y pidió al pueblo que le reconociera como digno de llevar en su frente la esmeralda de los Duchicelas.

La resistencia ante la invasión iba a durar muchos años aún después de la muerte de Hualcopo. El rey Cacha, formado y educado en la guerra, dio muestras de su capacidad extraordinaria en la organización y defensa del reino. Con el concurso de su tío, el general Pillahuazo, levantó algunas guerrillas para el ataque sorpresivo a la vanguardia enemiga mientras confiaba al general Apoc Anti el mando de un ejército de chimbos, con la consigna de defender las alturas de Mocha.

Aunque atacado de parálisis, el rey Cacha Duchicela se reservó la parte más ardua: la protección de la ciudadela fortificada de Lliribamba. Allí, el monarca obtuvo un gran triunfo y obligó a los ejércitos incaicos a retirarse, después de sufrir enormes pérdidas. Mas, la llegada de refuerzos le dio al invasor la superioridad numérica, y Cacha Duchicela tuvo que retroceder

hasta la fortaleza de Tiocajas, defendiendo palmo a palmo la tierra de sus mayores.

Mientras tanto, desde su palacio de Cochasquí, la reina Huallara y su hija —que debía heredar la atracción física de su madre y la energía paterna— le enviaban sus mensajeros para hacerle saber que un nuevo ejército se organizaba en el Norte, a las órdenes de los capitanes Cántoc y Píntac para defender las sagradas tierras equinocciales por donde pasa "el camino del sol".

SEGUNDA PARTE

GUERRA DE LOS INCAS CONTRA LOS "HOMBRES DE LAS NUBES"

I. Armaduras de algodón, capacetes de madera

El ejército de los incas se movía al son de las trompetas de arcilla, tamborcillos y caracolas y levantaba airosos estandartes. Los soldados vestían armaduras de algodón prensado, llevaban discos de cobre sobre el pecho y los hombros, calzaban sandalias de cuero con cordones de lana, se defendían con rodelas "de tablillas angostas y muy fuertes" y cubrían su cabeza hasta los ojos con capacetes de madera. Las armas eran el arco, la lanza, la honda, la maza y la porra de metal "tan grande como el puño, con cinco o seis puntas agudas, cada una tan gruesa como el dedo pulgar".

Los soberanos del Cuzco habían forjado este ejército poderoso —que llegó a tener cien mil hombres— dentro de las más severas normas militares. La población civil trabajaba para abastecerlo y mantenerlo con el mayor esplendor.

El Estado incaico era una organización colectivista, en la cual estaban sometidas a reglamentación todas las actividades humanas. La total y severa disciplina social fortalecía al gobierno, otorgándole un poder omnímodo. El monarca, dueño de todos los recursos del país, era también señor de las conciencias, en su calidad de Supremo Pontífice de la Religión del Sol. Mas, la diadema imperial y el pectoral de oro no le bastaban: en su mano llevaba también la insignia de Jefe de los Ejércitos del Tahuantinsuyo, o sea de la "nación de los cuatro extremos del mundo".

La historia de los incas es una serie ininterrumpida de conquistas y de expediciones militares. Manco Cápac fue el

fundador de la dinastía y el primer conquistador de las tierras donde reinaron sus descendientes. Todos los monarcas de su linaje hicieron la guerra contra alguna de las naciones vecinas y marcaron con su sello de sangre los cuatro puntos cardinales. Viracocha fue deificado por sus grandes victorias militares, y Pachacútec, por razones análogas, mereció llamarse "el rey que hizo cambiar los tiempos".

En medio de sus vecinos desprovistos de organización y de medios defensivos, el Estado incaico era una potencia militar que contaba con millones de obreros para construir fortalezas, puentes y calzadas; fabricar armas y tejidos destinados al ejército; cultivar los campos y abastecer los graneros estatales y, sobre todo, reemplazar a los soldados caídos en el frente de batalla. Así se explica la ascensión de este imperio, con sus diversos monarcas, a lo largo de diez siglos, hasta llegar al apogeo de su poder con Huayna Cápac.

La dinastía de los incas era moderna relativamente, aunque sus orígenes revisten un carácter legendario y casi mítico. Algunos historiadores afirman que Mama Huaco, la consejera de Manco Cápac, instituyó el matriarcado y se distinguió en la guerra con los alcabisas. A la muerte de Manco Cápac, le sucedió en el poder su esposa Mama Ocllo que mereció el nombre de "la guerrera monstruosa" porque con su propia mano victimó a sus enemigos, los huallas. Del mismo linaje fue la guerrera Chañan Curi Coca que dirigió la batalla contra los chancas y les hizo retirar del Cuzco.

Se supone que Sinchi Roca que restauró la línea masculina en el trono incaico fue jefe de una nación vecina, por cuanto

Sinchi o Sinche era el nombre que daban los incas a los jefes extranjeros. De todos modos, fue un soberano ilustrado que sentó las bases de la organización social incaica y se puede afirmar que con él comienza la historia de su país como Estado.

Según el historiador Fernando Montesinos, antes de la llegada de los incas existieron sesenta y cuatro soberanos en esa parte de la América meridional, de los cuales el primero fue Ayar Uchú Topa y los veintiséis últimos se llamaron "reyes de Tambotoco". El Reino de Tambotoco -que tenía como origen o cuna "la casa de la ventana", cuyas ruinas se hallan en medio de un bosque sagrado— no fue mayor en extensión que el Reino de Quito.

Los incas eran frugales, disciplinados, activos, resistentes a las penalidades y a la fatiga. Tenían inclinación por la estadística y todo lo llevaban en cuenta, según su sistema de quipos, cordeles anudados que se pusieron en boga durante el reinado de Mayta Cápac, según el decir de Murúa. En esto, como en otras cosas, es sorprendente la analogía de la leyenda incaica con las tradiciones de los pueblos orientales. En la historia de China, se indica el reinado de Suiguichi como la época en que "los hombres aprendieron a contar por medio de cuerdas con nudos". Asimismo, el espejo de metal pulido que llevaba el Inca, según el ceremonial instaurado por Pachacútec, tiene gran semejanza con el espejo mágico de la diosa Amaterasu que portaban consigo los antiguos monarcas del Imperio del Sol Naciente.

No pasaron de catorce los soberanos incas. De ellos, sólo Sinchi Roca, Mayta Cápac y Pachacútec figuraron como protectores de la cultura y de las artes, sin dejar de ser guerreros. Todos los demás fueron exclusivamente jefes militares y legisladores sociales. La numerosa familia o más bien oligarquía de los Yupanquis —comenzada con Liuqui Yupanqui y finalizada

con Túpac Yupanqui— extendió los límites del imperio hasta más allá de la línea equinoccial, por el Norte, y hasta cerca de la zona antártica por el Sur. Los Yupanquis se distinguieron por sus métodos radicales y violentos y provocaron muchas veces la rebelión de los pueblos sometidos: siempre fueron implacables en el castigo y llegaron a obtener la pacificación de los vastos territorios colocados bajo la protección de la borla carmesí de los incas.

Los incas no tenían relaciones directas con el Reino de Quito, del que le separaban numerosos pueblos; pero conocían la existencia de una Confederación dirigida desde la "Ciudad Santa del Sol". El nombre de Quito, o Kitu -paloma en lengua quechua incaica— evocaba la dulzura de esa ciudad, posada como un ave de blancura deslumbrante, el ave de la paz, sobre las alturas del Pichincha, uno de los más legendarios volcanes de los Andes, situado al pie de la constelación de Chincha, nombre quechua de la Osa Mayor.

Además, la geografía del Reino de Quito figuraba en las tradiciones religiosas de los incas. La leyenda contaba que el dios Viracocha, al abandonar las tierras del Perú con sus servidores, "pasó la línea equinoccial y luego bajó a Manta, en donde, después de marchar sobre las aguas un largo trecho, se embarcó con rumbo desconocido".

Los cronistas españoles no están de acuerdo sobre la fecha en que comenzó la expansión incaica hacia los Andes equinocciales. El padre Oliva dice que Sinchi Roca "dejando el gobierno a su hijo Lluqui o Huanacauri, emprendió una expedición contra el Reino de Quito y lo conquisté en parte", y pretende fundar esta afirmación en el manuscrito que le entregó el doctor Bartolomé Cervantes, canónigo de la Iglesia de Charcas, y en el cual se consignan los relatos de Catari, funcionario real que había

desempeñado el puesto de Quipocamayo, o lector de quipos, en la corte de los últimos incas. Parece que, desde esa época remota, los régulos de Quito pagaban tributo a los soberanos del Cuzco. Durante el gobierno del Inca Quispi Yupanqui -según afirma el mismo Oliva- el rey de Quito, llamado Chimbo Tome, levantó un ejército y se lanzó a la guerra para vengar el honor de su hija Chaucha. Después de varias acciones de armas, el monarca quiteño entró victorioso en el Cuzco, y el Inca tuvo que reconquistar la ciudad en una sangrienta batalla "en la que perecieron más de treinta mil hombres".

Otros autores sostienen que fue a comienzos del siglo XV, en el reinado de Viracocha, cuando su hijo mayor, el Inca Urcón, dirigió con éxito una expedición militar contra el Reino de Quito y volvió cargado de botín y de cautivos a la ciudad del Cuzco. Durante la sublevación de los chancas y de los indios de Quito se distinguió Titu Yupanqui a quien el pueblo dio por sus altos hechos el nombre de Pachacútec. La diadema imperial fue el galardón popular a su heroísmo. Los historiadores Sarmiento y Cieza cuentan que el nombre del Inca Urcón fue borrado de la lista oficial de monarcas por orden de su hermano, elevado al trono con el carácter de noveno Emperador.

Pachacútec mandó pintar toda la historia de sus antepasados en tablones guarnecidos de oro, que hizo colocar como los volúmenes de una librería y "constituyó doctores que supiesen entenderlos y declararlos". Este monarca invadió los pueblos vecinos y los redujo a la servidumbre. Con el esfuerzo de millares de siervos continuó la construcción de Sacsahuamán, fortaleza asombrosa que cerraba el paso a las hordas enemigas y protegía con su masa de piedra el costado vulnerable del imperio. El portentoso edificio con sus murallas, formadas por inmensos bloques maravillosamente ensamblados, su canalización de agua y

sus pasajes subterráneos, es un testimonio vivo de la minuciosa y eficaz organización del trabajo durante el régimen de los incas.

Las nuevas investigaciones de los arqueólogos norteamericanos han probado el hecho histórico de las campañas de Pachacútec en la cordillera ecuatorial. Howland Rowe, en su estudio ***La Cultura Incaica,*** escribe: "La historia moderna de la cultura de los Andes no comienza en realidad con la guerra de la independencia o con la conquista española, sino mucho antes aún con la aparición del genio organizador del Inca Pachacútec en el siglo XV". Luego explica que Pachacútec o Pakakoti quiere decir en quechua "cataclismo o aquel que hizo cambiar los tiempos" y que el Emperador digno de este nombre "era un gran conquistador y tuvo un hijo, Topa o Túpac Yupanqui, tan hábil como él mismo". Añade finalmente que "en fulgurantes campañas, el padre y el hijo extendieron sus dominios hasta Quito".

.

II. Los incas entran en la Ciudad Santa del Sol

El resplandor de las hogueras que habían encendido los chancas a lo largo de los caminos, simples linderos de los pastos resecos, señalaba en la noche la ruta que debía seguir en su avance el general Cápac Yupanqui. Diez mil honderos formaban la vanguardia y marchaban con un ruido acompasado de sandalias, semejante a la inundación de un río inmenso. Luego, venían las andas de cobre de los generales incaicos, seguidas por el grueso del ejército: veinte mil hombres de todas armas, detrás de los cuales avanzaba lentamente la retaguardia, formada por mujeres y yanacunas que conducían millares de llamas, cargadas de provisiones.

Los huancas se habían retirado ante los invasores al atardecer, dejando en su derrota gran número de cadáveres sobre el campo. En la lejanía, entre las sombras, se escuchaba de vez en cuando el aullido de sus bocinas, como un lamento de pavor ante la muerte.

Las primeras casas de la ciudad de Xauxa parecían desiertas. Los habitantes habían huido al aproximarse las fuerzas expedicionarias. El general Cápac Yupanqui no pudo disimular su alegría: Xauxa, la capital de los huancas "adoradores del perro sagrado" se incorporaba al imperio incaico. El grande y prudente emperador Pachacútec apreciaría, sin duda, la importancia de su conquista.

"Los adoradores del perro sagrado" no eran hombres que podían resistir a los guerreros del Cuzco y dejarían libre la entrada del país de Chinchasuyo, donde existían unos cuantos reinos prósperos, cuyos tesoros deberían servir para el mayor esplendor del culto a Konticky Viracocha.

El comienzo de esta aventura militar se halla narrado en forma amena en los ***Comentarios Reales*** del Inca Garcilaso de la Vega. Allí se dice que Pachacútec "mandó juntar treinta mil

hombres de guerra, con los cuales fue por el distrito de Chinchasuyo —nombre con el cual se designaba en la geografía incaica la región septentrional— acompañado de su hermano Cápac Yupanqui, que fue un valeroso príncipe". Añade que los jefes llegaron hasta Vilca, frontera del imperio incaico en el norte y que, desde allí, siguió solo Cápac Yupanqui al frente de su ejército en son de conquista.

Garcilaso -hijo de la princesa Chimbu Ocllo y biznieto de Túpac Yupanqui, fiel a su plan de presentar a los incas como civilizadores y a sus enemigos como bárbaros- afirma que los huancas tenían extrañas costumbres, como la de henchir de ceniza los pellejos de sus víctimas y colgarlos en un templo como trofeos de sus hazañas... y hacer de las cabezas de los perros una manera de bocinas que tocaban en sus fiestas y bailes por música muy suave a sus oídos... Los incas -continúa el delicioso fantaseador de la historia- les quitaron a los vencidos estas crueldades y abusiones y les permitieron únicamente seguir venerando a un "oráculo hablador".

Los primitivos cronistas españoles narran de otra manera estos sucesos. Cabello de Balboa confirma que fue el "hijo del Inca Viracocha" quien se ocupó de organizar seriamente una expedición al Norte; pero dice que Pachacútec dio el mando del ejército a sus dos hermanos bastardos Cápac Yupanqui y Huayna Yupanqui y a su propio hijo ilegítimo Apoc Auqui Yupanqui. Esta expedición militar, con la ayuda de un ejército de chancas, guiados por su propio jefe Anco Ayllo, avanzó hasta la frontera de Vilca y se internó en el país de los huancas, de donde no debía pasar por mandato expreso del Inca.

Las fuerzas invasoras atacaron la fortaleza de Huamanga y, después de tomarla, avanzaron hacia las tierras ecuatoriales. El ejército auxiliar formado por los chancas abandonó a los jefes

incaicos y huyó por las espesuras inexploradas hasta el río Cocama, afluente del Marañón, donde se estableció transitoriamente, aunque después fue diezmado y perseguido por las tribus de la selva. Las fuerzas de Cápac Yupanqui llegaron hasta Cajamarca, cuyo gobernador, Huamanco Cápac, llamó en su ayuda al jefe del Gran Chimó, el general Chimo Cápac, que ofreció una resistencia tenaz a los invasores en las llanuras de arena cercanas a Túmbez.

Las tropas incaicas se vieron obligadas a retirarse con grandes pérdidas y regresaron al Cuzco. En el camino se encontraron con algunos emisarios de Pachacútec, guiados por el Inca Capón, que venían con la orden de cortar la cabeza a Cápac Yupanqui, Huayna Yupanqui y otros jefes, en castigo de su desobediencia. La orden fue ejecutada "sobre la marcha", en presencia de las tropas más numerosas y marciales que se habían visto hasta entonces. Las mujeres del pueblo salieron a las puertas de la ciudad del Cuzco a recibir con presentes a los soldados, que eran la flor de la juventud incaica.

Después de permanecer inactivo por algún tiempo, Pachacútec intentó un nuevo avance hacia el Norte, mandando él mismo su ejército en compañía de su hijo, Túpac Yupanqui, consumado estratega, quien tomó la fortaleza de Huancabamba. El Sinchi Chuqui Sota, señor de chachapoyas, salió en son de paz y le comunicó a Pachacútec que hacia el Norte había un reino de gran riqueza, cuyos pobladores vivían cerca de las nubes: el país de los ipurunas o de los "hombres de la lluvia". Pachacútec y Túpac Yupanqui prosiguieron su marcha y entraron en la tierra de los paltas, "que se habían fortificado en las alturas escarpadas de Zaraguro".

En su fortaleza de Las Piedras, los paltas resistieron cinco meses, al cabo de los cuales concertaron la paz con los invasores. Pachacútec y Túpac Yupanqui se complacieron en ese país de clima benigno, saborearon por vez primera el aguacate o palta, fruta originaria de esas regiones, y probaron la acción saludable de la cascarilla. El árbol de aguacate era una verdadera divinidad tutelar, cuyo fruto proporcionaba alimento diario. Los incas "llevaron aquella buena fruta al Cuzco, a los valles calientes donde la plantaron". En un nuevo avance, el ejército conquistador tomó al asalto la fortaleza de Cusibamba, en la frontera con el país de los cañaris. Esta fue la primera etapa de la invasión incaica.

En Zaraguro hicieron su cuartel general las fuerzas del Inca y allí permanecieron durante algún tiempo ultimando los preparativos para la marcha sobre las tierras de los cañaris. Pachacútec resolvió regresar al Cuzco y entregó el mando de la expedición militar a Túpac Yupanqui, cuya fama se extendía rápidamente por todo el Chinchasuyo. Hasta la fortaleza de Las Piedras llegó un día el cacique de Atacames que había atravesado el reino de Quito para venir a ofrecer al general victorioso algunas esmeraldas en signo de sumisión.

Túpac Yupanqui, que había tomado el título de "Inti Apu" o Gobernador del Sol y que había recibido de su padre el espejo de metal que daba la victoria, resolvió agotar los medios pacíficos para someter al adversario, antes de lanzar un ataque en gran escala. De acuerdo con su plan, envió al país de Tomebamba algunos mensajeros para que invitaran a los jefes de las fuerzas confederadas de los cañaris, puruhaes y pansaleos, a prestarle obediencia. Pisar Cápac, jefe de los cañaris, y Pillahuazo, jefe de los puruhaes, pansaleos y otras tribus, respondieron a los

mensajeros que "estaban en su tierra natal, que eran libres y que no querían servir a nadie como tributarios".

Al conocer esta respuesta, Túpac Yupanqui avanzó con toda celeridad sobre Tomebamba y en una gran batalla que tuvo como escenario esa planicie, destruyó a las fuerzas de los cañaris, mandadas por Pisar Cápac, Chica Cápac y Cañar Cápac. Tomó como rehenes al último de estos generales y a quince mil hombres con sus mujeres "a los cuales hizo, por ser remisos, dar saco y sacar los dientes", según afirma el padre Murúa. El general Pillahuazo con sus puruhaes y pansaleos pudo escapar al desastre y se retiró a las orillas de la laguna de Col-ta para preparar la resistencia contra los invasores.

En el país de los cañaris, Túpac Yupanqui fue el más feliz de los hombres: Conoció el amor de la apasionada Topac Palla, princesa de los quillacos y vio nacer -durante una temporada de reposo a orillas del río Jubones— al hijo deseado de esa unión: TituCusiHualpa, que se llamaría más tarde Huayna Cápac o "príncipe hermoso y afortunado".

Dos años permaneció Túpac Yupanqui en las tierras cañaris, y durante ese tiempo se ocupó de fortificar la región, de reconstruir la vieja ciudad de Tomebamba y de enviar embajadores a los otros pueblos del Reino de Quito, proponiéndoles la paz a condición de que le prestaran obediencia y le pagaran tributos. Los señores de Macas y de Pumallacta acudieron a prestarle sumisión, y el Inca mandó levantar una fortaleza en este último lugar y otras dos en Quinchicaxa y Tiocajas, sirviéndose de millares de obreros cañaris. Estos tres centinelas de piedra tenían por objeto impedir las incursiones de los guerreros de la Tierra del Puma, de los puruhaes, mandados por Apoc Chavancallo, y de los Chimbos que obedecían

ciegamente a su jefe Apoc Anti y que se proponían expulsar a los invasores en la estación de las lluvias.

Las fuerzas incaicas entraron en las tierras de los bracamoros; pero muy pronto emprendieron prudentemente la retirada "porque es mala tierra aquella de montaña" dice el cronista Betanzos. Pero, más que todo, la derrota fue causada por las largas cerbatanas de los enemigos, que disparaban en silencio flechas envenenadas de "curare", portadoras de una muerte segura, aunque sólo lastimaran ligeramente la piel de los invasores.

Los ejércitos de Túpac Yupanqui llevaron al fin la guerra a la región de la lluvia y de las nubes, a los páramos del país de Puruhá, abriendo la tercera etapa de la invasión del Reino de Quito. Las tropas del general Apoc Chavancallo recibieron la ayuda del ejército de Pillahuazo, al que vino a sumarse el ejército enviado por el rey Hualcopo Duchicela, al mando de su hermano, el general Epiclachima. En la batalla de Tiquizambi -en la que perecieron más de dieciséis mil hombres— fue destruido el ejército confederado.

El Inca se dio cuenta de que se encontraba ante una resistencia mejor organizada y ante fuerzas más numerosas que las que había visto hasta entonces y resolvió avanzar muy lentamente y con la mayor prudencia. Cacha Duchiceha, sucesor del rey de Quito, había tomado en persona el mando de las tropas de ese reino y, en compañía de sus mejores generales, entre ellos Calicuchima, esperaba la avalancha incaica, encerrado en la fortaleza de Liribamba. Allí, Túpac Yupanqui sufrió su primera derrota y tuvo que retirarse dejando millares de muertos sobre el terreno. Sólo la llegada de refuerzos del sur, algún tiempo

después, le salvó del desastre completo y le puso en estado de iniciar nuevamente un ataque en gran escala.

¡Tremenda lucha en las alturas andinas, cerca de las nieves eternas! Túpac Yupanqui maldecía a los "ipurunas". Los intrépidos y tenaces "hombres de las nubes" no cejaban en su resistencia. En Mocha fue destruido el general Apoc Anti, jefe de los Chimbos. El infatigable Pillahuazo, después de caer súbitamente sobre las tropas del Inca causándoles grandes pérdidas, se había retirado a Llactacunga, en donde presentó batalla y fue derrotado por la superioridad numérica del enemigo. La acción fue sangrienta y el general Pillahuazo cayó prisionero de Túpac Yupanqui. Ante el inmenso desastre, los pansaleos concertaron la paz con el vencedor.

La región que faltaba por conquistar iba a ser, sin embargo, más inaccesible a las armas incaicas. "Hasta Quito, cada ciudad se convirtió en el escenario de una matanza", escribe el historiador Cabello de Balboa. Aunque atacado de parálisis, el rey Cacha Duchicela defendió su tierra bravamente, palmo a palmo. Pero, la máquina militar incaica era poderosa, y el rey paralítico tuvo que retirarse a la región septentrional del país, dejando la capital a merced del invasor.

Al cabo de una campaña que había durado largos años, entraron por fin los ejércitos incaicos en Quito, la "Ciudad Santa del Sol", situada a poca distancia de la línea equinoccial. La entrada triunfal de Túpac Yupanqui en sus andas de oro, seguido por millares de soldados causó pavor y asombro en el pueblo conquistado. El orden de la marcha del ejército era digno de admiración: los soldados, casi todos "mancebos y grandes de cuerpo", iban en escuadras con sus banderas y capitanes, "con tanto concierto como turcos", según cuenta **Zarate.** Primero, marchaban los honderos, vestidos de "jubones acolchados de algodón"; detrás,

los portadores de porras y hachas de armas -algunas de oro o plata-; luego los flecheros y, en la retaguardia, los lanceros "con lanzas largas de treinta palmos".

Túpac Yupanqui implantó en el Reino de Quito el sistema del destierro en masa de poblaciones enteras, hacia las regiones más apartadas del imperio incaico, para sustituirlas con otros pueblos. Así colonizó las tierras conquistadas con la gente más segura y leal, originaria del país de los incas.

Los indios llevados de una nación a otra, por una pretendida razón de Estado, se llamaban ***mitimaes.*** Tribus y pueblos enteros, expulsados de las tierras ecuatoriales, fueron conducidos a las regiones más insalubres del Perú. Los paltas abandonaren por la fuerza sus amadas tierras de Loja y, en su lugar, se estableció una colonia de indios del Cuzco. Los cronistas españoles, que recogieron la tradición oral de esos pueblos, narran la manera cómo los aborígenes de Latacunga, Zámbiza, Carapungo, Yaruquíes, Cotocollao y varias localidades del Tungurahua fueron enviados al sur del Imperio y reemplazados por familias del Alto y Bajo Perú. Oviedo dice que todos los habitantes de Chimborazo fueron desterrados al Sur y sustituidos por aymarás.

Túpac Yupanqui hizo construir edificios "que excedían en perfección a los más del Cuzco", dio el nombre de Yavirac a la Colina del Sol, donde se hallaba el observatorio astronómico de los caras y muy pronto hizo cobrar a la vieja ciudad de los reyes Duchicelas el aspecto de una capital incaica con sus monasterios de doncellas o "Alpahuasis", sus mansiones reales, provistas de guardarropas y cámaras de tesoros, sus graneros, jardines y sementeras para el uso del monarca.

III. Expedición de Túpac Yupanqui a las Islas de Fuego

"El Cuzco ha de ser por una parte cabeza y amparo de mi gran reino; por otra ha de ser Quito", decía el Inca Túpac Yupanqui a sus quipocamayos, o sea a los cronistas que consignaban los anales del imperio en los quipos o cordeles de nudos multicolores, y a los sabios que le guiaban con su consejo. Sentado en la Silla de Piedra de los Duchicelas, en el palacio que había pertenecido a los monarcas de Quito, en las laderas del volcán Pichincha, el Inca Túpac Yupanqui veía a sus pies la muchedumbre de caras y pansaleos que permanecían inmóviles bajo la vigilancia de los "orejones". El Inca llevaba aún su capacete de oro —forjado especialmente para la guerra— sobre el cual campeaba la imagen del sol. De sus hombros pendía una capa sedosa, tejida con el pelo de centenares de murciélagos, real presente hecho por el cacique de Atacames.

Los ojos oblicuos de Túpac Yupanqui relucían de alborozo en su semblante lampiño, de color oliváceo, ante el desfile de tesoros que le ofrendaban los pueblos conquistados: las esmeraldas y la púrpura de la costa, los tejidos preciosos de Otavalo, las perlas y la sal de las islas, los canutos de plumas llenos de polvo de oro, los granates del Azuay. Luego venían, en cántaros de greda cocida, los granos más variados de esas ricas tierras: las mazorcas de maíz rojo, como joyeles engastados de rubíes, las habichuelas policromas. Grandes canastas de frutas desconocidas —guabas del país de los Yumbos, granadillas de quijos, chirimoyas de la región de los Imbaburas-, de hojas

de coca y de tubérculos raros como la jicama fresca y jugosa atestiguaban la riqueza agrícola de ese reino equinoccial.

Pero, lo que causó más asombro al monarca fue el desfile de algunos centenares de prisioneros cofanes, traídos de la vertiente oriental de la cordillera de los Andes. Custodiados por los "orejones", iban armados de cerbatanas desmesuradas y vestían cotas de malla fabricadas con plumas de loros, guacamayos y tucanes. Las plumas estaban colocadas de tal manera sobre un jubón de piel que amortiguaban aún los golpes más violentos. Las flechas de esos guerreros eran más temibles que las de los incas, puesto que estaban impregnadas de un veneno misterioso: el curare, que causaba invariablemente la muerte. Túpac Yupanqui no sospechaba que los prisioneros guardarían hasta la muerte su secreto, y la potencia del curare no vendría a sumarse a la fuerza irresistible de la máquina militar incaica.

Los pueblos de la costa se mantenían, mientras tanto, en agitación incesante. Los yuncas realizaban incursiones sorpresivas a los puestos militares avanzados de los incas. También los huancavilcas les daban guerra por tierra "y por mar en balsas". En realidad, casi todas las tribus que se encontraban más allá de la cordillera Occidental seguían reconociendo la hegemonía del rey de Quito. A esto hay que añadir que hacia la Bahía de Caráquez parecían existir regiones colmadas de riquezas y que el corazón de Túpac Yupanqui le arrastraba hacia la aventura, pues perdía su fuerza en la vida muelle y cortesana. El Inca sabía que el "oro blanco" o platino se trabajaba al norte del golfo de Guayaquil y que en los bosques de esas regiones abundaba el kapok o lana vegetal y un árbol cuya madera —la balsa— pesaba menos que la espuma del mar y era insuperable para la navegación. Decidió, en consecuencia, someter ese país y dar una salida marítima al

Imperio que hasta entonces estaba encerrado entre las cordilleras de los Andes.

Un buen día, el Inca encargó el gobierno de Quito a Chalco Mayta y marchó con sus hermanos Tilca Yupanqui y Auqui Yupanqui y unos cuantos millares de soldados veteranos hacia Jipijapa y Manta. Su marcha se llevó a cabo con lentitud por las mesetas y valles septentrionales —en donde se detuvo, al paso, para ordenar y comenzar la construcción de la fortaleza de Guachalá— y por las tierras de Imbabura meridional, Esmeraldas y Manabí. Se adentró por las selvas occidentales y siguiendo en sentido contrario la ruta de los caras, llegó a la Bahía de Caráquez, en donde se estableció por algún tiempo.

Formó un poderoso ejército, atacó la ciudad de Manta y se dirigió hacia el sur invadiendo el Imperio Chimú. En una penosa campaña a lo largo de la costa, ocupó las poblaciones de los huancavilcas —a los que hizo sacar dos dientes delanteros como castigo por su resistencia- pasó cerca de Túmbez y venció en las llanuras de arena a las tropas de flecheros chimús que defendieron bravamente sus oasis florecientes. Luego, tomó el santuario de Pachacámac y, a pesar de practicar diferente culto religioso, fue a hacer un sacrificio ante la zorra sagrada, diosa de la fecundidad y símbolo del origen de la vida.

De regreso de su campaña del Sur, Túpac Yupanqui se encontraba descansando en Manta cuando llegaron unos mercaderes en balsas veleras y le dijeron que venían de una isla "donde había mucha gente y oro". El Inca empezó a acariciar en su mente la idea de una conquista de esos países lejanos y mandó reunir todas las balsas disponibles y construir otras mayores, hasta llegar al número total de cuatrocientas embarcaciones que necesitaba para llevar su ejército por el mar. En el curso de pocos

meses, la flota estuvo pronta y Túpac Yupanqui ultimó los preparativos para llevar a cabo la gran empresa: navegar por el camino marítimo de los gigantes hasta encontrar las fabulosas islas de donde éstos eran originarios.

Después de pedir consejo a su adivino y cosmógrafo Antarqui y de hacer almacenar una buena provisión de alimentos en flotantes troncos huecos de árboles, cerrados herméticamente y atados, a la manera caribe, a los extremos de las grandes balsas veleras, el Inca nombró como jefe de la flota a Tilca Yupanqui y como capitanes a Quigal Topa, Cachimapaca Yupanqui y Guarnan Achachi, y les dio el mando de veinte mil hombres. Con estas fuerzas, se embarcó el intrépido Túpac Yupanqui y se dirigió por los desiertos marítimos, revueltos de vientos y de espumas, con rumbo a lo desconocido.

Los tripulantes de la extraña flota contemplaron un día, al atardecer, un sorprendente fenómeno: en el horizonte apareció una faja de tierra iluminada por un surtidor de fuego. "Ninachumbi" dijo Túpac Yupanqui, o sea: la faja de luz, la faja resplandeciente. Era una isla poblada de grandes tortugas. Tenía la forma de una corona y en su centro un volcán estaba en erupción. Más allá, los navegantes descubrieron otra isla más pequeña a la que llamaron "Hahuachumbi".

Nueve meses duró esta navegación, en el curso de la cual el Inca descubrió varias islas pobladas por hombres de extraño lenguaje, que fueron sometidos a la dominación del Imperio del Sol. ¿Estas tierras incógnitas eran las islas Salomón, según se ha afirmado, o algunas otras islas de la Melanesia?

El historiador y navegante español Sarmiento de Gamboa siguió, un siglo más tarde, la ruta del Inca y llegó al archipiélago

de Galápagos y luego a las Islas Salomón. El investigador inglés Clemente Markham afirma que las islas descubiertas por Túpac Yupanqui fueron las del mencionado Archipiélago, situadas frente a la costa del Ecuador. En nuestros días, el noruego Thor Heyerdahl (19) en una embarcación de madera de balsa —a la que llamó Kontiki— semejante a las del inca, quiso comprobar la veracidad de los relatos antiguos así como la existencia de las corrientes marítimas que parten del continente americano y fue a parar a las islas de Tuamotou. Los historiadores actuales suponen que las islas que vio el Inca no eran otras que la de San Salvador o la Isabela —donde hay varios volcanes— y la Fernandina, que se cuentan entre las cuarenta Islas de Galápagos.

Hay una vía natural desde el Continente hacia este Archipiélago, punto de encuentro de dos corrientes marítimas, la de Humboldt que viene del Sur, y que es fría, y la cálida noroccidental. La flota de balsas de Túpac Yupanqui pudo muy bien seguir este camino. Las islas de Galápagos se encuentran situadas en el centro de un ángulo formado por dos líneas ideales trazadas desde el Ecuador hasta el Istmo de Panamá y desde este último lugar a Australia. Los navegantes, corsarios y bucaneros que pulularon en el Mar del Sur desde el siglo XVI hasta el siglo XVIII, al seguir en sus correrías desde Panamá hacia la costa de la Audiencia de Quito, casi siempre hicieron escala en el Archipiélago de Galápagos o, por lo menos, pasaron cerca de sus costas. Esto indica que el Archipiélago se halla en el derrotero natural de la navegación, en esa zona del Pacífico, y más aún si se tiene en cuenta que sus islas están atravesadas por la línea equinoccial, que pasa asimismo por las tierras de donde salió la expedición marítima incaica. La posición solar o "el camino del sol" pudo guiar a Túpac Yupanqui y sus hombres, aunque es

posible también que éstos hayan seguido la ruta fijada por la posición de las estrellas, como los antiguos navegantes polinesios.

En un estudio detenido, Paul Rivet afirma que las islas descubiertas por el inca se encuentran en la Oceanía y que probablemente pertenecen al Archipiélago Gambier. Se funda para ello en una tradición de los habitantes de Mangareva, en la cual se habla del jefe Tupa "el hombre rojo que vino del Este con sus embarcaciones de balsa". Los historiadores antiguos como Markham se han resistido a aceptar la idea de una expedición incaica a la Oceanía, en razón de las grandes distancias que tal hecho supone; pero las investigaciones actuales destruyen ese argumento y confirman la posibilidad de semejante hazaña, ya realizada en otras ocasiones entre tierras muy remotas, según lo prueban el relato da viaje de Anua Motua a Taikoko y el viaje de ida y regreso del rey de Tahití a las Islas Wallace "cubriendo una extensión de 2.000 millas marítimas".

Transcurrió más de un año antes del regreso del Inca a Quito. El recibimiento fue memorable. Túpac Yupanqui entró en la ciudad conduciendo extraños prisioneros y trofeos magníficos, entre ellos cueros y quijadas de caballo y un trono de cobre, que causaron asombro al populacho. Los amautas dijeron que el soberano había descubierto las "Islas de Fuego" y que este hecho presagiaba la llegada de tiempos de esplendor para el Imperio.

El Inca se trasladó con su séquito fastuoso a Tome-bamba, donde vivía su mujer Topac Palla y se educaba su hijo Huayna Cápac, y fue a depositar algunos de sus trofeos de guerra en el santuario de Mullucancha.

Pero, el Cuzco reclamaba la presencia del vencedor. Y los festejos en la capital de los incas fueron más solemnes, si cabe. Túpac Yupanqui se presentó ante sus súbditos "trayéndoles a los

cayambis y cañaris y chachapoyas para sus alabarderos... y muchas mozas de los quitos, quillacos, quillasingas... y mucha riqueza de piedras preciosas, oro y plata", como escribe en su prosa algo bárbara Juan Santacruz Pachacuti, hombre de la raza de los Yupanquis.

Del Cuzco salió muy pronto el Inca a la conquista de Chile, deseoso de nuevas victorias. La campaña fue ardua en extremo por el carácter belicoso de los pueblos que se oponían al avance de los ejércitos del Tahuantinsuyo. Túpac Yupanqui asistió desde sus andas de oro a incontables batallas y saqueos de poblaciones. Conseguida la victoria, el Inca agobiado por una dolencia desconocida y con el presentimiento de su fin próximo, se apresuró a regresar al Cuzco para poner en orden los asuntos del gobierno, en especial la sucesión del trono.

Ya en la capital, el monarca comunicó a los apacunas, a los consejeros y a los amautas su voluntad de que le sucediera su hijo Cápac Huari; pero el general Guarnan Achachi; los "orejones" y el pueblo se opusieron a esta decisión y se pronunciaron por Huayna Cápac, el príncipe nacido en el Reino de Quito.

Sobre las inmensas piedras grises de la muralla imperial se posaron los buitres agoreros anunciando la muerte, y el Inca de las mil victorias expiró en medio de la veneración de su pueblo. Los embalsamadores se apoderaron de su cadáver, y en todo el imperio, desde Chile hasta Quito, se escuchó un formidable griterío: "¡Huayna Cápac Inca Zapalla tucuillacta uya!" El pueblo consagraba Emperador a Huayna Cápac, otorgándole la borla carmesí de los incas.

IV. Huayna Cápac gran constructor de Quito

Los conjurados repartían secretamente las armas, ocultas en cestos de hojas de coca. La abundancia de esta planta en el Reino de Quito desvanecía cualquier sospecha ante el gran número de personajes y hombres del pueblo que parecían de pronto no tener otra ocupación que masticar las prodigiosas hojas verdes, otorgadoras de la insensibilidad ante el sufrimiento y de la resistencia a la fatiga.

Por los caminos que conducían a la "Ciudad Santa del Sol" transitaban recuas de llamas cargadas de cestos de hojas de coca, guiadas por hombres que hablaban el dialecto de los caranquis o de los pansaleos. Se veían menos cargadores de leña, menos mujeres que recorrían los caminos con su trotecillo monótono mientras hacían girar entre las manos el huso con que hilaban la lana.

Los "orejones", inconfundibles aún desde lejos por los discos de oro que colgaban de sus orejas, observaban con curiosidad los ajetreos de ese intenso y misterioso tráfico de hojas de coca. Los guardias encargados de vigilar el camino del Norte, en las inmediaciones de Quito, siguieron a una recua de llamas y vieron entregar cautelosamente su carga a un grupo de hombres, en un escondite del monte Ichimbía. Los conspiradores fueron sorprendidos y apresados; pero, cosa extraña en verdad, pocos días después salieron libres por orden del regente Apoc Hualpaya, encargado del gobierno hasta que Huayna Cápac viniese del Cuzco a ocupar el trono.

Algunos "orejones" al servicio del Visitador del Inca o Michí de Chinchasuyo descubrieron varios depósitos de armas en la colina del Yavirac y en los propios Baños construidos por el Inca en las estribaciones del Pichincha. Vieron también que los principales señores emparentados con la familia de los Duchicelas se reunían con el regente, en secretos conciliábulos, y comunicaron su hallazgo, sin perder tiempo, al Michí de Chinchasuyo. Este funcionario encontró la clave del misterio: todos los pueblos del Reino de Quito estaban prontos a levantarse, instigados por el Regente Apoc Huaipaya. Con gran secreto llevaron la noticia al Cápac Apo los más veloces chasquis o correos incaicos. El viejo y fiel Guarnan Achachi -que había acompañado a Túpac Yupanqui al descubrimiento de las "Islas de Fuego" y había obtenido la mano de la hija de este Inca para su propio hijo mayor- se hallaba ejerciendo el cargo de Cápac Apo o Teniente General del Imperio. Alertado acerca de la conspiración que se tramaba contra el poder real, hizo matar por sorpresa al regente y fue implacable en el castigo de los conspiradores. En todo el país se llevaron a cabo ejecuciones sumarias y muchos infelices perdieron la vida en los pavorosos encierros, conocidos con el nombre de "sancay" o pozos de alimañas.

A pesar del llamamiento insistente de los pueblos, Huayna Cápac, heredero del trono incaico, no tomó el cetro del Tahuantinsuyo hasta la muerte de su madre Topac Palla, quien le había enseñado a amar al Reino de Quito. Después de los solemnes funerales de la anciana princesa cañari, nombró gobernadores del Cuzco a Guarnan Achachi y Apo Hilaquita y se puso en camino hacia su tierra natal. En las cercanías de Tomebamba, hizo construir un edificio, Ingapirca, para señalar de manera memorable el lugar de su nacimiento. Igualmente, emprendió la reconstrucción del palacio de Mullucan-

cha —donde se guardaba el "oráculo hablador"— y ordenó tapizar sus paredes con caracolillos y placas de oro y plata. En el interior, hizo erigir la estatua de oro de su madre.

La ciudad de Quito recibió a Huayna Cápac con grandes festejos. El soberano, que había adoptado el título de "Pastor de los Rebaños del Sol", trajo a la ciudad elegida la estatua de Manco Cápac, que debía acompañarle siempre, aun en "la otra vida".

En la colina del Yavirac se presentó el Inca luciendo en su diadema real la borla carmesí de sus antepasados juntamente con la esmeralda de los Scyris y Duchicelas, y ofreció un sacrificio al sol por la prosperidad de los dos reinos, fundidos en el gran Tahuantinsuyo. Luego dictó las disposiciones más convenientes para el embellecimiento de la ciudad, la construcción de acueductos y otras obras.

Hizo levantar Templos del Sol en Quito, Latacunga, Mocha y Tomebamba. No olvidó de efectuar las reparaciones necesarias para salvar de la acción destructora del tiempo los palacios y monumentos de los Duchicelas. Mandó construir aposentos reales a lo largo de los Andes y erigir "miradores del Inca" y relojes agrícolas de piedra que marcaran el tiempo de la siembra y de la cosecha. Ordenó restaurar la calzada que atravesaba el Reino de Quito y que existía desde la época muy anterior a la invasión incaica y, al mismo tiempo, abrir nuevos caminos y levantar andenes o terrazas que impidieran la erosión de las tierras andinas. "En la época que las carreteras europeas eran verdaderos barrancos -dice Yvar Lissner- las calzadas incaicas eran las mejores del mundo". (20)

Huayna Cápac fue el monarca de las obras públicas, amante de terrazas, jardines y estatuas. Mandó levantar su propia estatua en Tomebamba y dispuso la construcción de casas de placer en varios lugares del reino. Se cuenta que hizo

trasladar una casa de cantería de piedra a Zaraguro, lugar de recreo y de esparcimiento. En el curso de una tempestad ecuatorial, un rayo partió en dos la gran piedra labrada del dintel, y los obreros dejaron abandonados los bloques pétreos a orillas de la calzada.

Entre las innovaciones aportadas por Huayna Cápac figura la implantación de un servicio de transporte en los lagos de la Sierra, para lo que hizo traer las embarcaciones de madera de balsa, provistas de velas, que empleaban los indios de Manta. También impuso la rueca, de origen mochica, con la que dio gran impulso a la industria doméstica de los tejidos en el Reino de Quito.

Pero la paz no era todavía una realidad. Los guerreros de la Isla Puna atacaban sin descanso a los habitantes de la región de Túmbez, mientras los caranquis -con lo que restaba de las fuerzas militares, mandadas por el propio rey de Quito, Cacha Duchicela- dominaban todo el norte del país. Más aún, la hija de ese Rey, heredera legítima del trono, a quien los invasores llamaban "la princesa de los quillacos" o "la Reina de Cochasquí", al frente de tropas aguerridas, hacía frecuentes incursiones en el territorio ocupado por las avanzadas incaicas y se había fortificado en las orillas del río Pisque.

Huayna Cápac resolvió abrir la campaña y proseguir la conquista de los pueblos del Norte. Al frente de numerosas tropas, dirigió en persona las operaciones. Delante del ejército marchaban los honderos cubiertos de armaduras de algodón prensado y yelmos de madera. Luego, los flecheros con sus escudos de palma de chonta o de piel de venado. En el centro, iba el Inca sobre sus andas de oro, armado con una maza de cinco puntas. Detrás venía el grueso del ejército con sus lanzas, porras y venablos arrojadizos. Los soldados conducían "enormes escudos de tela que cubrían cien hombres contra las

piedras de las hondas". En su expedición, organizada minuciosamente, Huayna Cápac siguió el consejo de sus mejores generales, y en particular, de sus hermanos Auqui Atavalo, Auqui Chicho Callo y el viejo Huanca Auqui Tomac a quien nombró Capitán General del Ejército.

Las tropas expedicionarias avanzaban cautelosamente, siguiendo las indicaciones de algunos espías paltas que solían preceder a los soldados del Inca y que, en esta ocasión, habían logrado penetrar en las líneas enemigas, disfrazados de cargadores de leña. Estos espías señalaron las posiciones de los qui-llacos que se hallaban emboscados en la orilla del río, detrás de grandes pedruscos. Huayna Cápac puso fuego a los pastos secos y a la maleza, y muchos enemigos perecieron quemados o fueron victimados a flechazos al querer escapar por el río.

La noticia de esta victoria llegó muy pronto a Quito y a los otros pueblos y revistió al Inca con la aureola de la leyenda. Se dijo que Huayna Cápac había recibido del sol "una arma terrible que consistía en tres cristales de roca y una honda, y que al encontrar al enemigo había disparado uno de esos cristales contra una gran piedra rodeada de maleza. Entonces -prodigio inaudito del sol- el cristal, al chocar contra la piedra la había roto en pedazos con un estallido, produciendo fuego que había consumido la maleza y, al mismo tiempo, los soldados ocultos en ella".

Huayna Cápac, en su calidad de pastor o sacerdote del sol, llevaba un brazalete "con una placa de oro, cóncava, que concentraba los rayos del sol sobre una mota de algodón y la hacía arder". Ese poco de algodón estaba colocado en el brasero de los sacrificios que se solía encender de este modo. ¿Huayna Cápac aplicó este método para hacer arder la hierba seca? En realidad, no era la primera vez que los incas recurrían a la estratagema del "incendio a distancia". En los anales de

Pachacútec se lee que éste "lanzó con su honda una piedra caliente para hacer arder la maleza". ¿O acaso se sirvió Huayna Cápac del espejo de metal que, según Sarmiento de Gamboa, llevaban los incas en sus campañas?

Los sobrevivientes del río Pisque, siempre mandados por la valerosa hija del Rey de Quito, fueron a encerrarse en la fortaleza de Cochasquí para continuar la resistencia; pero el ejército incaico se impuso por el número, y, en el tremendo asalto, los defensores que no perecieron bajo la flecha y la lanza fueron hechos prisioneros, entre ellos la princesa guerrera, obligada desde entonces a seguir en el cortejo del vencedor.

Huayna Cápac marchó con gran celeridad sobre la fortaleza de Caranqui, donde parecía hallarse el centro vital de la resistencia del enemigo. Durante la batalla que culminó en la toma de esta fortaleza, los "orejones" que sostenían las andas reales perecieron bajo una súbita lluvia de flechas, y Huayna Cápac cayó al suelo, escapando de morir a manos de los soldados caranquis. La oportuna intervención de los capitanes incaicos que le rodearon escudándose con sus cuerpos, evitó un acontecimiento que hubiera cambiado la historia del Reino.

El "monarca afortunado" creyó finalizada la guerra contra los caranquis y decidió regresar a Quito, dejando al frente de las fuerzas al general Auqui Tomac. En su decisión habían influido quizás otros motivos: su caída de las andas, que le había dejado el cuerpo maltrecho, y la belleza de la princesa cautiva que le había robado la paz de su corazón. Además, quería tomar algún reposo antes de emprender la campaña contra los huancavilcas y los habitantes de la Isla Puna que se habían sublevado contra la dominación incaica.

La primera providencia que tomó el Inca en Quito fue enviar al Sur un ejército numeroso bajo el mando del general Xucalmanco. La campaña de la costa se facilitó grandemente

por el camino que el Inca había hecho construir hasta Baba. Xucalmanco llegó hasta las orillas del río Guayas y allí ordenó a todos los habitantes de la región que ayudasen a sus soldados a construir un puente de balsas y de grandes troncos de otros árboles tropicales, atados con cuerdas, para facilitar el paso a la orilla opuesta. Terminada la obra de ingeniería, el ejército comenzó a pasar, cuando de pronto atacaron los huancavilcas y cortaron las cuerdas del puente. Muchos soldados incaicos perecieron ahogados y los que salieron a la orilla perdieron la vida bajo las lanzas de sus enemigos. Sólo escapó con vida Xucalmanco en compañía de unos cuantos capitanes y un puñado de hombres.

Cuando se supo esta noticia en Quito, el Inca se puso a la cabeza de tropas de refuerzo y marchó con presteza hacia la costa. En pocos días bajó como una avalancha de las alturas de la cordillera y atacó por sorpresa a los huancavilcas causando en ellos gran mortandad. Los sobrevivientes se atrincheraron en la orilla opuesta del río Guayas. Huayna Cápac, aprovechando de la lección de Xucalmanco, mandó construir un paso a través del río, pero esta vez con tierra y piedras. Esta obra no pudo terminarse, debido a la profundidad y fuerza de la corriente, por lo que Huayna Cápac abandonó la empresa. No obstante, desde entonces se designó a ese lugar con el nombre de Paso de Huayna Cápac.

El Inca hizo armar una gran flota de balsas y atacó las posiciones del enemigo. Luego de hacer varios desembarcos en la costa y ocupar las plazas fuertes de los huancavilcas, navegó por el golfo hasta las islas. En la toma de la isla Puna se distinguió el general Xucalmanco, que perdió la vida durante la última escaramuza, destinada a dar el triunfo a las tropas incaicas sobre los isleños. Huayna Cápac le decretó solemnes funerales, dignos de un dios, e hizo colo-

car la estatua del jefe leal junto a las de los ídolos Casipoma y Huaraqui.

Una noche tórrida y húmeda, el ejército victorioso dormía a orillas del golfo de Guayaquil, bajo las tiendas de campaña, confeccionadas con telas de algodón. Huayna Cápac, que no había podido conciliar el sueño, velaba en compañía de uno de sus generales y de algunos amautas y orejones, junto a las aguas que apenas rizaba un soplo de brisa, cuando fue víctima de una singular alucinación que algunos creen fue un acceso de delirio causado por la fiebre palúdica: vio su campamento asediado por millares de fantasmas, "espíritus de los vivos", como si fueran a atacarlo. Estremecido de pavor, el Inca dio a su ejército la orden de regresar a Quito. Había permanecido un año en Guayaquil, dedicado a la pacificación de los pueblos de las islas y del litoral y tenía prisa en llegar a la alta ciudad de los Andes. Entró en Quito en el mes de diciembre y el pueblo le recibió con grandes sacrificios de llamas y vicuñas, porque en esos días se celebraba la festividad de Cápac Raymi o la Gran Pascua Solemne del Sol. En tal ocasión, las vírgenes del sol participaban en las ceremonias de la iniciación de los jóvenes, que comprendían muchos días de danza y libaciones de chicha. En el último día, se celebraba un gran sacrificio en el cerro del Yavirac y el Inca ofrecía al Sol la tradicional bebida de maíz en un vaso de oro.

Huayna Cápac recibía diariamente, en su palacio de Quito, las noticias que le traían los "chasquis" de la situación militar en el Norte. Los caranquis, aliados con los cayambis y otros pueblos, habían presentado batalla a las tropas incaicas en Pesillo logrando derrotarlas; pero después de varios incidentes, con la ayuda de nuevos refuerzos, el general Auqui Tomac había podido avanzar hasta las cercanías de la fortaleza de Hatuntaqui.

La campaña se desarrollaba con lentitud. A raíz de un ataque infructuoso a la fortaleza, los soldados del Inca emprendieron la retirada. Atacaron otra vez con mayores bríos y se

vieron obligados de nuevo a volver las espaldas. El rey Cacha Duchicela hizo una salida, con gran parte de los defensores de la fortaleza y alcanzó al enemigo frente al campamento de Auqui Atavalo, donde dio la batalla, con singular bravura. En esa acción pereció el general Auqui Tomac con la flor del ejército incaico. Muchos sobrevivientes se ahogaron en un río y los demás llegaron en su huida lamentable hasta las puertas de Quito.

Huayna Cápac resolvió tomar personalmente el mando del ejército y avanzó contra Cacha Duchicela. El Inca destruyó todo a su paso en la tierra de los Cayambis y se presentó frente a la fortaleza con gran número de tropas, mandadas por sus mejores generales, entre ellos el propio Michí de Chinchasuyo. La fortaleza de Hatuntaqui era el símbolo de la integridad del Reino, y todos los esfuerzos de los pueblos indómitos se dirigían a mantener incólume este último reducto. Huayna Cápac lo comprendió así y se valió de una estratagema que resultó eficaz: mientras fingía retirarse con sus tropas ante las fuerzas enemigas que salían arrolladoras y confiadas de la fortaleza, mandó al Michí de Chinchasuyo atacar por la retaguardia y entrar en la plaza poco custodiada. Luego, el Inca se detuvo para hacer frente a sus enemigos y logró la victoria. En medio de ese ataque furibundo en campo abierto, el Rey de Quito pereció de un lanzazo en el pecho. Al ver el cadáver de su monarca, los defensores de la fortaleza perdieron el ánimo y abandonaron esos lugares, buscando refugio en la cordillera.

El Michí de Chinchasuyo aconsejó al Inca marchar inmediatamente contra el cacique de Cayambe, que se había retirado en compañía de los capitanes Píntac y Cántoc a ciertas posiciones situadas en un lago. Las tropas incaicas llegaron a las orillas y vieron muchas balsas tripuladas por sus enemigos. Huayna Cápac hizo traer inmediatamente de un lago vecino -que se conocería medio siglo más tarde con el nombre de San Pablo-

las pequeñas embarcaciones de junco, llamadas por su forma "caballitos de totora", y embarcó en ellas a sus tropas, trabándose inmediatamente la batalla acuática entre los dos ejércitos. ¡Batalla lacustre sin igual en la historia americana! El valeroso capitán Nasacota Puento, cacique de Cayambe, había hecho construir andamios en los árboles y en el mismo lago, y en esas improvisadas fortalezas aéreas había apostado muchos hombres de armas que disparaban sus flechas y sus hondas contra los soldados del Inca.

Huayna Cápac ordenó a los tripulantes de las embarcaciones de totora que fueran a cortar los árboles, de donde partía la muerte sin descanso en la flecha o el proyectil de piedra. Los árboles fueron abatidos y cayeron con gran estruendo sobre los invasores incaicos matando a sus mejores capitanes. Huayna Cápac, con el corazón entristecido por esta pérdida, mandó no dar cuartel a sus adversarios, y así los que no perecieron ahogados fueron pasados a cuchillo. En su lenguaje pintoresco, Juan Santacruz Pachacuti Yamqui cuenta la victoria incaica: "...hasta hacen gran matanza a los cayambis; así por ellos se huyen muy pocos, hasta treinta mil hombres, a recogerse a las montañas de donde el Inca hace cerco haciendo gran estrago; y después de algunos días echa de dentro de las montañas de Otavalo, así los enemigos se recogen a una laguna en donde había un sauce temerario y totorales y allí cércales y hace gran matanza en ellos..." (21)

Píntac y Cántoc escaparon de morir entre los juncos de ese lugar siniestro que, desde entonces, se llamó Yahuarcocha o Lago de Sangre por el gran número de víctimas que riñeron de púrpura sus aguas. Píntac, al frente de mil soldados, consiguió romper el cerco sangriento y formó una guerrilla con la que hostilizó infatigablemente a los invasores; pero, acosado por fuerzas más numerosas, se vio obligado finalmente a rendirse.

Huayna Cápac mostró una crueldad inaudita con sus enemigos. Mandó desollar al capitán Píntac y ordenó hacer con su piel un tambor. Dio orden de degollar a todos los adultos de la región de los cayambis, y congregando a los demás habitantes, les dijo: "Ya no sois sino una nación de niños". Este acto inútil y sangriento no produjo el resultado que esperaba: los niños se volvieron hombres y siguieron la tradición de sus mayores, oponiendo una resistencia moral y material a la penetración incaica y permaneciendo como un islote de cultura cara en medio de los nuevos usos y costumbres implantados por los invasores.

El Inca vencedor llegó hasta el Angasmayo, o Río Azul en lengua aborigen, extremo límite septentrional del Reino de Quito, y allí señaló con estacas de oro la frontera del imperio. Luego se dedicó a consolidar sus conquistas. Su primera medida fue aplicar severamente la ordenanza real que prohibía en toda la extensión del territorio hablar otra lengua diferente del quechua. Reglamentó el cultivo de la coca. Hizo de Caranqui -región de gran belleza natural- su residencia de campo, en donde disfrutó de la paz en compañía de aquella princesa, hija del último rey de Quito y un tiempo su cautiva, de quien había hecho su esposa a pesar de la oposición de los familiares del Inca que la acusaban de costumbres disolutas y de haber mantenido relaciones amorosas con varios capitanes de su padre, Cacha Duchicela. Más aún, pretendían que la "reina de Cochasquí y de los quillacos" había hecho construir un pozo donde hacía perecer ahogados a sus favoritos en desgracia. Montesinos que cuenta este hecho, dice que el nombre de esta princesa era Quilago. El Padre Oliva, que la supone de hermosa figura y de singulares dotes intelectuales, la llama Huallara. Juan Santacruz Pachacuti Yamqui la da el nombre de Tocto Ocllo. Los historiadores Niza y Velasco la llaman Paccha Duchicela y le conceden un misterioso atractivo, llegando a sugerir que su amor animó la vida batalladora capitán Píntac.

De la unión de la princesa quiteña con el Inca nació Huaypar Titu Yupanqui, a quien se le llamaría más tarde Atahualpa. El historiador Montesinos afirma que este nombre fue tomado de la nodriza Atahualpa, que significa "virtud de la bondad o fuerza de la dulzura".

V. Las "piedras mágicas", la sal y la coca

El Inca creyó entonces llegado el momento de cumplir uno de sus anhelos largamente acariciados: visitar el país fabuloso de los coaques y manabís cuya riqueza en "piedras mágicas", o esmeraldas, había sido el asombro de su padre, el gran

Túpac Yupanqui. Organizó una expedición a esas tierras con el cuidado minucioso que solía poner en la ejecución de todos sus planes. En algunos pueblos encontró la más completa sumisión, pero en coaque salieron a encontrarle sus habitantes en son de guerra. La máquina militar incaica era poderosa y aniquiló en pocas semanas toda resistencia.

Como los chonos se habían aliado a los pueblos de Manabí, Huayna Cápac les declaró la guerra. Llegó con su flota de balsas a la Isla de la Sal -que más tarde los españoles llamarían Amortajada, por la capa salina que la cubría como un sudario- y siguiendo la política de tolerancia religiosa de sus antepasados, respetó el santuario del Dios del Mar del Sur. Desembarcó en el país de los chonos y los subyugó, enrolando en su ejército, que llegó a tener 35.000 hombres, a todos los varones en edad de poder llevar las armas.

El gobierno de Huayna Cápac utilizaba a la perfección el mecanismo de la organización social incaica para la administración de los pueblos, la explotación de los recursos naturales, la supresión de la miseria y el fomento del bienestar colectivo. No había desocupados en el reino. Las obras públicas, la agricultura, las minas empleaban millares de brazos. Huayna Cápac sabía que la mejor política era la del intercambio de

los pueblos y su conocimiento mutuo, y puso en práctica un plan de construcción de caminos y conservación de las antiguas calzadas. Por primera vez, hizo abrir los caminos de Calacalí y Pululagua y el de Pimampiro a la región de la coca.

Los recursos naturales se explotaban en gran escala. De la Isla Amortajada se traía la sal para los pueblos del interior, mientras de éstos se enviaban a la costa las patatas, la quinoa y el ganado lanar: alpacas, llamas, huanacos y vicuñas. En Quito y otras ciudades de la Sierra se consumía el pescado fresco

suministrado por la costa de Manabí. La pesca de perlas, el cultivo del algodón, la industria del añil, la explotación de las minas de esmeraldas se hallaban florecientes en el litoral, mientras en las mesetas de los Andes progresaban la industria textil, la agricultura y el pastoreo, el cultivo de la coca y la explotación de las minas de oro.

Las pepitas de oro y las hojas de coca fueron el motivo de la expedición de Huayna Cápac al país de los cofanes. El Inca había mandado fomentar el cultivo de la coca en el valle de Pimampiro y ese lugar se volvió muy populoso con la afluencia de gente que venía de las tierras de Ique. Los forasteros relataban que, hacia el oriente, existía un país donde había mucho algodón, coca, oro y frutas; pero que sus habitantes —los cofanes- eran guerreros y manejaban con destreza la honda. Huayna Cápac resolvió visitar esas tierras y salió de Quito con un ejército bien equipado para una larga campaña, seguido de centenares de llamas cargadas de provisiones. Formaban parte de la expedición millares de trabajadores acompañados de sus mujeres y encargados de abrir un camino para que avanzaran las tropas. Atravesaron la cordillera de Pimampiro y entraron en un país de vegetación intrincada. "Mientras avanzaban —cuenta Isabel Guachay, testigo presencial de la expedición, en un relato transcrito cincuenta años después por Toribio de Ortiguera- abrieron un camino para tener una ruta en la selva". Llegaron a un valle y a un río por donde navegaban muchas piraguas. De todas partes vinieron los jefes y caciques a rendir pleitesía a Huayna Cápac. Se cree que el Inca llegó hasta la confluencia del río Aguarico y del Ñapo. Encontró una tierra de indios que vestían "mantos anudados sobre el hombro, y llevaban grandes piezas de oro como escudos" y se defendían con hondas.

Huayna Cápac hizo construir algunas casas de piedra y permaneció algunos meses en esos lugares, recibiendo el tributo

de sus habitantes, a los que propuso cambiar sus productos "y les ofreció pequeñas hachas y sal por lo que le dieron oro y le entregaron unas minas de ese mineral en que comenzaron a trabajar con estacas porque no conocían otros instrumentos y sacaron pepitas de oro semejantes a semillas de calabaza".

Tierra ardiente, favorable al cultivo de la yuca y el camote, el país de los cofanes abundaba en caza variada y sabrosa y en volatería, especialmente pavos y patos salvajes con que se regalaban los nativos, muy belicosos, intrépidos y conocedores como nadie de los recursos de la selva.

Avisado y sagaz, Huayna Cápac comprendió la importancia que tenía la alianza con esos pueblos para la vida de su imperio y continuó su política de amistad como lo hizo con los habitantes de Manabí y con los de la Isla de la Sal y "escogió treinta indios y ocho caciques y los llevó a Quito, y de allí los envió al Cuzco para que aprendieran el lenguaje y las costumbres de los incas..."

Mientras el soberano se encontraba ocupado en la obra de la organización de las ricas tierras de Quito, los chiriguanos atacaron el Imperio de Tahuantinsuyo desde el sudeste, dirigidos por el español Alejo García que, abandonado en las costas del Brasil por sus compañeros de navegación, les había enseñado las técnicas europeas y el uso de la pólvora. Asimismo, un año antes de la muerte del Inca —o sea en 1526— algunos españoles capitaneados por el piloto Bartolomé Ruiz desembarcaron en las costas de Esmeraldas y Manabí. Los habitantes de Atacames vieron en aquellos días el primer caballo, y su figura fogosa y resoplante les pareció la de un ser sobrenatural y les llenó de pavor. Las tradiciones antiguas afirman también que varios indios de México llegaron a Quito a advertir al Inca del peligro de la conquista extranjera. Los cronistas afirman que Huayna Cápac llamó a su ejército del Norte porque había recibido

noticias de la costa "de que el agua había arrojado monstruos marinos, semejantes a los hombres, que se mueven en el mar en grandes casas".

Impresionante es la exclamación de un indio de Manta que le había dicho al soberano: "¡Los blancos han venido para destruir el mundo!" Tiempos después, otro habitante de esa misma región dejaría, en su declaración al Apacuna, un testimonio elocuente de la forma en que veían los indios a los europeos: "Los hombres blancos devoran todo lo que encuentran, consumen hasta la misma tierra, hacen cambiar el curso de los ríos, nunca están quietos, no se reposan nunca, corren siempre detrás de alguna cosa, a veces en una dirección, a veces en otra, buscan oro y plata, jamás satisfechos, cazando, haciendo la guerra, matándose unos a otros, robándose y jurando en vano, y nunca dicen la verdad".

De este modo, el Inca se dio cuenta de la nube que aparecía sobre su pueblo, presagiando el fin del Imperio del Sol. Sin embargo, no ordenó la defensa del país ni instruyó a sus súbditos acerca de la actitud que deberían tomar, dejándoles en la ignorancia del porvenir. Se limitó únicamente a confiar a Atahualpa el secreto de la próxima destrucción de esos pueblos, sin que el joven príncipe hiciese nada tampoco para escapar a su destino. Esto se puede explicar por las profecías del oráculo de Mullucancha y la opinión unánime de los astrólogos y adivinos que anunciaron el fin ineluctable del Imperio del Tahuantinsuyo. La presencia de los españoles en México, Centroamérica y el Mar de las Antillas, y de los portugueses en el Brasil, formaba un cerco de hierro al imperio incaico. La derrota final, la exterminación de tribus enteras, el sacrificio de los monarcas, el reparto de la tierra entre los extranjeros: todos estos hechos sucesivos los veía Huayna Cápac claramente en el futuro. El astrólogo Chaico le había predicho en Quito éstos y otros acontecimientos.

Cierto día en que Huayna Cápac, agobiado ya por la edad descansaba en su palacio o "Casa de Placer" que poseía en su ciudad amada, en las estribaciones del Pichincha, llegó un mensajero de la costa. El extraño "chasqui" se cubría con una capa negra y traía en las manos un cofrecillo herméticamente cerrado. En presencia del Inca, le dijo que venía en nombre de Pachacámac y que sólo el emperador del Tahuantinsuyo podría abrir el cofrecillo. Huayna Cápac levantó la tapa, y del interior se escapó una nube de moscas y falenas que desaparecieron en el aire. Pachacuti Yamqui, que cuenta este hecho misterioso, afirma que estos insectos eran los que habían causado millares de víctimas en el Imperio, entre ellas el hijo mayor de Huayna Cápac, el príncipe Ninan Cuyochi —o sea "el Resplandeciente" heredero presunto del trono incaico-y Apo Hilaquita, Gobernador del Cuzco, cuya muerte había dejado el poder en manos del Teniente General Guarnan Achachi, Consejero de Huáscar.

Entre tantas calamidades que se anunciaban en el Imperio, apareció sobre el cielo de Quito, -para mayor espanto de sus habitantes— una señal luminosa de color verde, y los amautas predijeron el próximo fallecimiento del soberano del Tahuantinsuyo. En realidad, los muchos años y el paludismo contraído en la costa, cuando la campaña del Golfo de Guayaquil, acabaron con la vida de Huayna Cápac. Algunos cronistas aseguran que el monarca fue víctima de una epidemia de viruela, pero esta enfermedad no existía aún en América. Guarnan Poma de Ayala, nieto del general Guarnan Achachi, afirma que la enfermedad del inca era terrible y que, por esta razón, se escondió de los hombres en un recinto cavado en la piedra, de donde le sacaron después de muerto. Antes de morir, el soberano, que había cumplido ochenta años de edad, se trasladó a Tomebamba y

fue a prosternarse en Mullucancha ante la estatua de su madre. Luego dispuso que su hijo mayor, Huáscar, gobernase el Cuzco y sus provincias, y que su hijo menor, Atahualpa, heredara el trono de Quito. Como Atahualpa era aún muy joven, debía encargarse del gobierno su ayo y tío Colla Túpac. Además, el Inca mandó que su corazón "se enterrara en Quito en un vaso de oro, por el amor que tuvo a aquel reino".

Todas estas disposiciones fueron dictadas por la prudencia y la sagacidad política. A pesar de tantos años de guerra, el Inca no había podido sojuzgar completamente el Reino de Quito. En cualquier momento podían encenderse otra vez las fogatas de la sublevación en diversos lugares del país. Faltaba únicamente la ocasión y ¿qué mayor pretexto que la muerte del Inca? El Sinche de Quito, es decir, el representante del gobierno incaico en esa ciudad, no disponía de los medios necesarios para sofocar un levantamiento de grandes proporciones. Había necesidad de conservar la paz, dándoles a los pueblos del Reino de Quito un gobernante de su agrado. Nadie podía reunir mejores condiciones que Atahualpa, nacido en ese Reino y que tenía como madre a la soberana legítima de esas tierras. Así, el viejo Colla Túpac, que de todos modos sería el Sinche de Quito, ejercería sus funciones como representante del propio monarca quiteño. Como sabio estadista que era, Huayna Cápac dejó su corazón en herencia a sus nuevos súbditos para edificar sobre ese símbolo la unidad del imperio, pues sabía muy bien que sólo el amor proporciona a las obras humanas una garantía de perduración.

En cuanto a la política exterior, era igualmente aconsejable no dejar el Reino de Quito en manos de un funcionario subalterno -es decir, del Sinche— puesto que un nuevo peligro aparecía en los confines marítimos del Imperio con el desembarco de una raza desconocida de hombres que poseían armas mil veces más mortíferas que las incaicas. Las costas del Reino de Quito

estaban particularmente amenazadas y había necesidad de darle al país la posibilidad de defenderse sin tener que recurrir a los auxilios remotos del Cuzco. Para ello, Quito debía guardar su importancia de capital, gobernada por un hombre popular y enérgico, que fuera seguido fanáticamente por sus vasallos. Ese hombre sería Atahualpa, mozo que despertaba la admiración por su inteligencia y se hacía amar por su carácter.

No podía prever el anciano monarca que la incomprensión y la insensatez de Huáscar destruirían su obra. En efecto, el rey del Cuzco, aconsejado por sus cortesanos, trataría de someter a su cetro el Reino de Quito, para dominar todo el Tahuantinsuyo y provocaría una guerra estéril e inoportuna que duraría varios años, desorganizando el país, desmoralizando a sus habitantes y entregándoles inermes a las huestes de hierro de los invasores españoles.

Huayna Cápac fue legislador y filósofo como Pachacútec. A semejanza del gran Inca, quiso dejar un código moral para su pueblo. Sus máximas son profundas, especialmente cuando se refieren a la psicología colectiva, como aquella que dice: "Un pueblo sin trabajo está maduro para la insurrección". A este propósito, se cuenta que hizo trasladar una colina de un lugar a otro en la ciudad de Quito, para dar ocupación a gran número de sus vasallos. En realidad, parece que mandó levantar un gran terraplén al sudeste de Quito para construir sobre él un Templo del Sol, ya que la tradición mandaba que la orientación de esta clase de edificios destinados al culto del Inti había de ser hacia un punto meridional del Levante.

A Huayna Cápac no se le ocultaron los abusos de autoridad de los Incas y la obediencia de las muchedumbres. Dictó un código de mandamientos para los monarcas —según se afirma en los Quipos de Quito, tantas veces invocados por Francisco de

Chávez- en donde hay sentencias como ésta: "Ningún rey debe ser considerado como Dios".

Pese a su carácter reflexivo y dado a filosofar, Huayna Cápac no despreciaba las riquezas y la jerarquía. En la recámara de su palacio de Quito, decorada con gigantescas estatuas de oro, se sentaban los dignatarios en banquillos altos o bajos, según su posición en la corte. Todos los aposentos del palacio estaban adornados con una fauna y flora de oro, cinceladas con un realismo prodigioso. Las figuras eran "del propio tamaño de cuantos animales, casas, árboles y yerbas produce la tierra y de cuantos peces cría la mar y agua de sus reinos". Los utensilios y vajilla eran enteramente de metales preciosos. Había asimismo en el palacio -según afirma Cieza- "sogas, costales, cestas y trajes de oro y plata, rimeros de palos de oro que pareciesen leña rajada para quemar".

La momia del gran constructor incaico fue transportada desde Tomebamba al Cuzco, en medio de inmensas muchedumbres que se lamentaban, según la forma característica de su raza, entonando un canto plañidero en el que se proclamaban las virtudes y las hazañas del muerto. Los pueblos salían al encuentro del monarca embalsamado, cubierto con las más lujosas vestiduras y las insignias imperiales -la diadema de la esmeralda y la borla carmesí, junto a la pluma fosfórica del curiquingue sagrado- y le rendían el último homenaje.

VI. Quito, nueva capital incaica en el siglo XV

Los vasos de oro, colocados en nichos excavados en los muros, eran el único adorno de la morada incaica. No se conocían los muebles. El suelo estaba tapizado de pieles de oveja o de vicuña y en las puertas colgaban cortinas de tela de algodón. En un rincón de la vivienda, se alzaba sobre un trípode el tradicional "pondo" o aríbalo, gran botija de barro cocido para conservar el agua fresca o la bebida de maíz.

Los incas habían colonizado el país con un gran número de mitimaes. Las labores de la tierra se hacían siempre conjuntamente, en grupos llamados "mingas". La ley de la fraternidad y el trabajo voluntario imperaban por todas partes, con excepción de las plantaciones de coca, en donde se imponía un régimen de trabajos forzados. Existían leyes de protección de la naturaleza y de la caza. Toda persona que abatía un árbol frutal incurría en la pena de muerte. La siembra y la cosecha eran algo como ceremonias religiosas y debían ser ejecutadas con un acompañamiento de cantos corales.

No existía la propiedad privada de la tierra. La comunidad poseía la tercera parte de las tierras laborables, y las dos partes restantes pertenecían al Inca y al servicio del culto. Las autoridades estaban encargadas de constituir en varios lugares del país depósitos de granos para las épocas de escasez. La agricultura se había perfeccionado mediante una red de canales y acueductos. Así, se aclimataron en las tierras equinocciales las plantas de los más diversos climas. Cook dice que los Incas "cultivaron mayor variedad de plantas medicinales y alimenticias que cualquier otro pueblo del mundo". Al Reino de Quito llevaron los mellocos, las ocas y el camote o "kumara". Y con estos productos implantaron igualmente sus costumbres —entre ellas la de sacrificar en grandes fogatas cien llamas y mil cuyes o cobayos en la siembra de agosto— y sus invenciones, como la de los relojes anuales que

marcaban el tiempo más apropiado para la siembra y para la cosecha.

Es un hecho que los Incas incrementaron los rebaños de llamas y vicuñas en las cordilleras ecuatoriales. La llama fue en realidad el "vehículo de la expansión incaica" puesto que sirvió para el transporte de las vituallas del ejército y para alimento de los soldados que consideraban su carne "como la mejor de cuantas se comen en el mundo". Al mismo tiempo que avanzaban las fuerzas armadas, los ingenieros construían caminos y los arquitectos militares levantaban fortalezas, extendiendo y consolidando las fronteras del imperio. Entre otras innovaciones, los Incas ensayaron en los lagos de Imbabura las ligeras y pintorescas embarcaciones de paja trenzada, conocidas con el nombre de "caballos de totora", de origen aymara, y las embarcaciones de madera de balsa provistas de mástiles y velas. Acondicionaron las ruecas y telares de Otavalo y de Chimbo para una producción en mayor escala y dieron impulso en todo el Reino de Quito a la industria de telas pintadas o estampadas, con el fin de convertir esa región en un centro industrial provechoso para la economía del imperio.

El mismo propósito guió a los invasores en la prolongación de la calzada principal de Quito hasta empalmarla con la de los Incas, que unía Abancay y el Cuzco. "Este camino hecho por valles hondos y por sierras altas -anota Cieza de León en su estilo ágil y brioso como el andar de un potro sevillano— por montes de nieve, por tremedales de agua y por peña viva y junto a ríos furiosos; por todas partes iba llano y empedrado, por las laderas bien sacado, por las peñas socavado, por junto a los ríos sus paredes, entre nieves con escalones y descansos, por todas partes limpio, barrido, descombrado, lleno de aposentos, de depósitos de tesoros, de templos del sol, de postas que había en este camino". Toda la cordillera estaba sembrada de albergues

públicos, posadas o "tambos", en cuyas paredes se veían labradas a guisa de ornamento, algunas cabezas de animales "cuyas narices agujereadas sostenían anillos que, aunque hechos de la misma piedra, eran móviles". Los Incas habían implantado la institución oficial de las postas, a cargo de los "chasquis" que hacían el servicio de correos y se alojaban en esas posadas. Los funcionarios de la posta eran de dos categorías: los ***Ratunchasquis,*** que residían en el tambo, y los ***Churochasquis*** que hacían su recorrido entre los tambos en carrera veloz y anunciaban su presencia con el son de una caracola. La transmisión de los mensajes se hacía mediante sacos de habichuelas, como entre los antiguos mochicas, o se utilizaban señales hechas con humo durante el día y con el fuego de las hogueras durante la noche. El minucioso observador Polo de Ondegardo afirma que los chasquis hacían un viaje de ida y vuelta en veinte días entre Quito y el Cuzco. Los Incas construyeron en las colinas de Quito los templos de Yavirac y Huanacauri y el convento de vírgenes del sol. También llenaron de santuarios y palacios otros lugares del país. Gomara habla de una isla cercana a la Puna —¿Santa Clara? ¿La Plata?-donde los Incas "tenían como lugar de reposo una huerta cuyas plantas, flores y frutos eran de oro y plata".

El principal fin del Estado Incaico era el bienestar social. El Estado mantenía a los ciegos, los sordomudos, los paralíticos y los incapaces. Así mismo, el Estado se encargaba de la educación de los huérfanos. Entre las instituciones curiosas de los Incas figuraba el Corpahuasi o refugio nocturno para los extranjeros, a costa del Estado. En la organización administrativa de este pueblo, ocupaban un lugar importante el Censo de la población y el Registro Civil de nacimientos y defunciones. También la contabilidad estaba muy avanzada. Conocían el ábaco. Utilizaban las telas y las tablas para trazar en ellas algo como un escritura pictográfica, al mismo tiempo que los quipos les servían

de escritura nemotécnica. Habían llegado a obtener grandes adelantos en arquitectura, ingeniería, medicina, metalurgia, cerámica, ciencias naturales y políticas. En las ciudades principales mantenían escuelas de artes y oficios.

Sin ningún prejuicio de sangre o de mayorazgo, el rey legaba siempre el trono a su hijo más digno y no al mayor. Sarmiento de Gamboa afirma que el hijo de la esposa preferida era quien recibía en herencia el trono.

El Inca se mostraba en público, en las grandes ocasiones, con el semblante cubierto por una máscara de diversos colores y con una lanza de oro en la mano. Junto a él se sentaba en un plano más bajo la Coya, o sea la esposa. Les acompañaba casi siempre el ucumillo, enano que hacía de sirviente y bufón al mismo tiempo. En torno de ellos se alineaban las castas en orden jerárquico: El "ayllu" o familia del rey; los magnates, sacerdotes, amautas y generales; la casta militar y policial de los orejones que llevaban un aro de cobre o de oro en las orejas y que figuraban como pertenecientes a la familia del Inca, y luego la inmensa mayoría de la población. En último lugar, venían los mitimaes o pueblos desterrados en masa de su lugar de origen y la casta inferior de los yanacunas —hombres de la región conquistada de Yanacu— que hacían de pastores y prestaban los más humildes servicios domésticos.

Gobernaban el imperio cuatro Apacunas, consejeros del Rey o Gobernadores generales de los cuatro Suyos o provincias de Norte, Sur, Este y Oeste, quienes recibían las órdenes del Cápac Apo o Teniente General del imperio, en caso de ausencia del soberano. Un tribunal de doce funcionarios constituía el Poder Judicial y administraba la justicia. Los Michíes o Visitadores de las provincias eran los verdaderos agentes personales del Inca y contaban con la ayuda de los "orejones".

El sistema de policía estaba perfectamente organizado y las penas variaban desde el encierro en las prisiones subterráneas hasta la ejecución en los dantescos "sancay" o pozos de animales feroces y alimañas. Estos pozos se destinaban principalmente a los condenados a muerte por crímenes políticos, entre los que se contaban la traición y los actos de rebeldía contra el Inca. Existían penas severas para la mentira y el robo y castigos corporales para la pereza. "Los Incas querían, ante todo -afirma Ondegardo— que el pueblo no estuviera ocioso en tiempos de paz e hicieron aportar, de provincia en provincia, desde Quito hasta el Cuzco, las piedras para construir sus palacios y templos del sol".

Los pueblos incaicos creían en un dios antropomorfo Konticky Viracocha, creador del mundo. También adoraban como dios supremo al astro del día, o Inti, cuyo culto estaba confiado a los conventos de vírgenes o Aclahuasis, verdaderos serrallos del Inca, donde se preparaba el pan de maíz o arepa, destinado a los sacrificios. Además del sol, adoraban al dios del trueno, Apa Cachi, y al del relámpago, Chaca Illa —considerado como hijo del sol— y otras divinidades menores. Igualmente practicaban el culto religioso de las huacas o penates familiares. Creían que las plantas estaban animadas por un ser divino, la "madre de la planta". Así veneraban a la "madre del maíz", la "madre de la quinoa" y demás deidades vegetales.

Es de anotarse que casi siempre los Incas en sus campañas practicaban una suerte de tolerancia religiosa y no destruían los templos de los pueblos conquistados sino que más bien adoptaban sus creencias. Así, cuando Túpac Yupanqui conquistó el país de los chimús y se adueñó del santuario de Pachacámac, los pueblos incaicos —pueblos de la cordillera— empezaron a hacer sacrificios a este dios de la costa, dios marino.

Desde Quito al Cuzco, se hacían sacrificios a Apo Katequil, dios del mal, para aplacarle y volverle inofensivo. Apo Katequil era una divinidad anfibia y moraba en las aguas estancadas, particularmente en los pozos. Sus servidores eran unos grandes batracios llamados Caylas, así como los reptiles y los arácnidos. En el archivo de Simancas existe una carta dirigida por un religioso agustino al Consejo de Indias en 1555, en la que asegura que Atahualpa, al subir al trono, hizo destruir este ídolo. Hay que recordar que en su campaña del Reino de Quito, Huayna Cápac llevaba siempre consigo un fetiche de piedra, Huanacauri, la imagen de su dios favorito, Casipoma -o sea el "Hombre Jaguar"- y otras estatuillas sagradas, entre ellas la de Huaraqui.

Eran contadas las fiestas religiosas que se observaban en el Tahuantinsuyo: las penitencias y ayunos del mes de enero, los "sacrificios de demencia" en el mes siguiente, la fiesta de los adivinos en marzo, la fiesta del sol en julio, la fiesta de los difuntos en noviembre y la Gran Pascua del Sol en diciembre. Las demás fiestas eran de carácter agrícola y comprendían ceremonias especiales: la fiesta de los graneros en mayo, la de las chacras en julio, la de la labranza en agosto y la procesión o Rogativa de las Aguas en octubre. En abril se celebraba en toda la nación la fiesta del Inca y en septiembre la fiesta solemne de la reina. En Quito se solemnizaban además las fiestas locales: las ceremonias del maíz y de la patata, la festividad de la primera luna de mayo y la fiesta conmemorativa de la invención de la chicha o bebida de maíz fermentado.

Los Incas impusieron su sistema de quipos o cordeles anudados, cuyo objeto era guardar en el simbolismo de sus nudos intrincados la evocación de los acontecimientos y el número de años transcurridos, en una especie de anales mágicos del imperio. Los quipos contenían también leyes y reglamentos y servían de verdaderos códigos. La lectura de los quipos era una ciencia que

se estudiaba en el Yaclahuasi, institución fundada en el Cuzco por el Inca Roca. Los quipocamayos sabían leer esta escritura de "cuerdas trenzadas con lana de alpaca o de llama —según Hiram Binham, descubridor de Macchu Picchu- y teñidas en distintos colores, cada uno de los cuales poseía un significado conocido de las autoridades. Estas cuerdas se anudaban siguiendo el sistema decimal y se ataban, a cortos intervalos, en la hebra principal del quipo".

En ocasiones, los quipos se colocaban en la misma urna donde reposaba la momia del rey. Los Incas eran maestros en el arte de embalsamar. El Virrey Príncipe de Esquilache mandó quemar más de mil momias de monarcas y generales incaicos, y apenas se salvó una que otra, en esa monstruosa persecución a los mudos testigos del pasado, entre ellas la que se conserva en el Museo de América, en Madrid. Aún a los ojos más profanos resalta la similitud de esa momia con las figuras religiosas del Japón antiguo. La urna de madera, en forma de altar, el fondo de tela, los objetos de cerámica, la disposición de las vestiduras, la actitud del personaje: todo parece de factura japonesa. Cabría preguntarse si esta figura presentada como una Momia de Inca no es más bien una de esas obras traídas del Japón al Perú por las naves mercantes españolas que cruzaban el Pacífico anualmente, en el siglo XVI, o por las propias embarcaciones niponas, arrastradas por la corriente oceánica desde el mar del Japón hasta América.

En las tierras equinocciales, los Incas aplicaron todos sus conocimientos a la agricultura y se complacieron en la bondad del clima y en la riqueza agrícola y pesquera. No hay duda que podían vivir allí mejor que en las tierras desérticas del sur. Montesinos, que fundó su historia en los testimonios de Diego Suárez y Gaspar Nippati, cura de Mulaló, dice que "cuando los reyes del Perú hubieron sometido la provincia de Quito comieron pescados

de mar que se traían de Túmbez a más de cien leguas de distancia y que los chasquis solían llevar en menos de veinticuatro horas. Con más facilidad aún, se hacía seguramente el comercio de pescado de la costa de Esmeraldas y Manabí con Quito, ciudad esta última que fue durante diecisiete años la residencia de Huayna Cápac.

Desde mediados del siglo XV, época en que Túpac Yupanqui entró vencedor en la antigua capital de los Duchicelas, hasta la fecha de la muerte del Inca Atahualpa, la ciudad de Quito fue el centro de la vida política del Tahuantinsuyo. La población sojuzgada contempló las grandes ceremonias reales, los preparativos para la expedición de Túpac Yupanqui a las Islas de Fuego, la investidura de Chalco Mayta como Gobernador o Sinche de Quito, la conspiración de Apoc Hualpaya, el advenimiento del reino de Huayna Cápac, el gobierno activo y emprendedor de este monarca y sus grandes empresas como la conquista de la Isla de la Sal y de los Papagayos y su expedición a las tierras cálidas del algodón y del oro.

Luego, a la muerte de Huayna Cápac, la ciudad de Quito se vio envuelta en las intrigas del Sinche Colla Túpac, que no se decidía a entregar la diadema a Atahualpa y andaba fraguando planes secretos con los dos hermanos mayores del príncipe, los descontentos Auqui Pumaza y Puco Hitita. La guarnición de "orejones", los viejos generales y la juventud de Quito conservaban como un fuego sagrado la lealtad al príncipe Atahualpa, que se preparaba para el gobierno en el retiro de su palacio de Caranqui, bajo la tutela de los amautas. Infortunadamente, no sólo estos sabios varones rodeaban al futuro monarca sino también un sinnúmero de huasicamayuc o gobernadores de palacio y una muchedumbre de adivinos, auchachic o confesores consejeros y "hacedores de la chicha".

El padre Arriaga dice que entre los adivinos había los que hablaban con lo antepasados, los que descifraban el relámpago, los que sabían leer los signos del sol, los que conocían el significado de los colores del maíz, los que interpretaban los sueños y los que predecían el porvenir según la forma de las entrañas de los cobayos.

En la alta noche trémula y azulada de los Andes equinocciales, mientras un flautín hecho de la tibia de una llama o de un cóndor modulaba en la soledad de los riscos una música que parecía venir de lo más hondo y secreto del ser, ¿le predijeron esos adivinos al joven Inca quiteño que él moriría como un malhechor y que el fabuloso Reino de Quito sería saqueado por unos extranjeros venidos de ultramar? ¿Le profetizaron que no quedaría piedra sobre piedra de sus fortalezas, templos y monumentos que proclamaban el grado de adelanto de esos pueblos adoradores del sol?

TERCERA PARTE

DEL DIOS DEL TRUENO AL SOLDADO DE ARCABUZ

I. Atahualpa, unificador del Tahuantinsuyo

En su palacio de Caranqui, Atahualpa dejaba transcurrir las horas, apoyado en el muro revestido de chapas de oro y plata, contemplando el escenario magnífico y agreste donde se había jugado la suerte del Reino de Quito. Su madre y su abuela paterna habían nacido en ese reino, y acaso tal circunstancia constituía el origen del amor que sentía por las tierras equinocciales. El príncipe quiteño comprendía las razones que tuvo su padre, el emperador Huayna Cápac, al escoger este lugar para vivir los últimos quince años de su existencia. No había en verdad un cielo más límpido y rebosante de luz, un verdor más dichoso de las plantas, una mayor variedad de notas de color en las frutas de los árboles y un esplendor más comunicativo del paisaje en ninguna parte del Tahuantinsuyo.

Cinco años vivió Atahualpa en el palacio de Caranqui, entregado a las reflexiones más diversas, entre las que primaba su preocupación por el destino de Quito. Los viejos consejeros de su padre le instruían en la ciencia de los quipos y el adivino Chalco trataba de interpretar los signos del porvenir. Gobernaba en Quito su ayo Colla Túpac, a quien el pueblo le acusaba de querer alzarse con el poder. Huáscar había enviado desde el Cuzco una expedición militar, al mando de los generales Atoco -apodado "el Zorro"-, Huaychac Hanco y Huanca Auqui, para sojuzgar las provincias del Reino de Quito y someterlas a su obediencia, al mismo tiempo que unos extranjeros, "portadores del trueno", venidos en grandes embarcacio-

nes por el mar, atemorizaban a los pueblos de la costa y les hacían abandonar sus ciudades y tierras y emprender la huida hacia el interior del país.

Al fin, Atahualpa se decidió a cerrar el paso a las tropas de su hermano Huáscar. Congregó en la llanura de Chillogallo a sus batallones más aguerridos, con sus mejores capitanes -entre ellos Quizquiz, Calicuchima, Rumiñahui, Incura Hualpa y Urcu Huaranca—, y al frente de tan lucido ejército, se dirigió hacia el Sur.

En Liribamba sufrió un grave descalabro. Sus tropas fueron deshechas y sucumbieron bajo el gran número de los enemigos. Atahualpa cayó prisionero y fue encerrado en la fortaleza de la ciudad. Este desastre podía significar el derrumbamiento del Reino de Quito y la victoria final de Huáscar; pero el valor, ingenio y decisión del soberano quiteño dieron otro curso a la historia. Al amparo de la obscuridad y del estruendoso regocijo con que los vencedores celebraban el triunfo de sus armas, Atahualpa abrió un orificio, cavando bajo una de las murallas de la torre, y logró evadirse. Ocultamente, recorrió los pueblos de los pansaleos y reorganizó sus fuerzas con los restos del ejército en derrota y con sus leales capitanes. Luego, dejando en Quito a Cozopanga como gobernador, marchó contra los invasores.

Después de algunos encuentros sin importancia, su marcha épica tuvo una trascendental culminación en la batalla de Ambato, grandiosa tumba de los soldados de Atoco. La vía de la victoria se presentó sin mayores obstáculos a las fuerzas de Atahualpa. Los invasores, mandados por los generales Huanca Auqui y Huaychac Hanco, fueron derrotados sucesivamente en Cusibamba, Yanamarca, Anco Yaco, Naxichi y en el río Apurímac. Y la ciudad del Cuzco quedó a merced del vencedor. Otra vez se alzaba el sol del Tahuantinsuyo, en un

cielo sin nubes, desde Chile hasta el Angasmayo. Y Atahualpa, restaurador del imperio incaico, podía ceñir la diadema de la borla carmesí y la esmeralda milenaria.

Mientras se hallaba vivaqueando con sus tropas en el norte del Perú, el Emperador Atahualpa recibió la visita de unos enviados del Apacuna o gobernador del Condesuyo, que le traían desde Túmbez dos prisioneros españoles, dos "portadores del trueno": Rodrigo Sánchez y Juan Martín. Los funcionarios de la justicia del imperio les condenaron a muerte, en vista de la crueldad demostrada por los extranjeros con las poblaciones de la costa del Reino de Quito. Mas, antes de sufrir su condena, los españoles fueron interrogados sobre el paradero de Pizarra y de sus hombres y sobre el propósito que les animaba al visitar las tierras del Tahuantinsuyo. La respuesta de los dos soldados no fue divulgada; pero es de presumir que la noticia de la existencia de otro mundo más evolucionado, en donde se habían inventado los aparatos de transporte y las armas de fuego, constituyó tal vez el motivo principal de la inercia y del fatalismo que demostró Atahualpa ante la conquista española.

Diariamente le llegaban noticias al monarca sobre las operaciones del general Quizquíz. Entre ellas, le causó satisfacción singular la que se refería a Quipaipán, donde Huáscar había caído prisionero en una extraordinaria acción militar: El ejército de Quito —recubierto de morriones y celadas de piafase había ocultado en un bosque, de tal modo que al salir de allí por sorpresa, el resplandor de la luz del día sobre sus armas cegara a las tropas enemigas, las que, en efecto, habían huido, sin poder resistir la reverberación solar que les ofuscaba.

En aquellos días, el monarca quiteño era un hombre de treinta años, "de bella prestancia, bien formado y de figura muy hermosa", al decir de Xérez y del soldado Pedro Pizarra. En cuanto a sus cualidades morales, el padre Murúa afirma que era

"sabio y animoso y franco". La generosidad de su ánimo se puso de manifiesto con la protección paternal que ejerció sobre su pueblo. Dictó las disposiciones necesarias para incrementar las sementeras de maíz, coca, quinoa y ají y construir nuevos depósitos de cereales en diversos lugares del país. De los graneros reales —colmados durante las cosechas anteriores- sacó abundantes vituallas para repartirlas entre "la gente de guerra y los indios pobres".

Atahualpa estaba educado para la grandeza. Inauguró una política de unificación, al mismo tiempo que un estilo de esplendor y pompa, en armonía con la majestad del imperio. En sus viajes por el país llevaba siempre una guardia de dos mil cañaris, cubiertos de morriones de madera dorada y armados de hachas y alabardas de plata. Doscientos yanacunas limpiaban el camino por donde debía pasar sobre sus andas de oro, "aforradas de mucha plumería de diversos colores", como dice bellamente Murúa. En sus palacios, provistos de pasadizos subterráneos, no faltaban las "cámaras de tesoros". Cincuenta mayordomos cuidaban de sus trajes y sus joyas. Su corte era fastuosa, el pueblo vestía con sencillez y vivía con alegría. No había mendigos. El régimen tenía un sello original de socialismo y de monarquía teocrática. Las minas, la industria textil, la agricultura y el trabajo colectivo habían hecho del imperio de Atahualpa "la más rica comunidad del mundo en el tiempo de la conquista española". (22)

En espera del momento propicio para hacer su entrada en el Cuzco, el ejército de Quito había ido a acampar cerca de Cajamarca, lugar de reposo escogido por el Inca para pasar allí una temporada. Las casas de la ciudad eran "de más de doscientos pasos de largo, muy bien hechas, cercadas de tapias fuertes, de altura de tres estados". Todos los edificios eran de piedra de cantería y estaban dotados de caños de agua potable. El palacio,

rodeado de jardines, daba sobre la plaza. Cada una de sus habitaciones estaba pintada de un color diferente: ocre, azul o encarnado frutal, este último tan estimado por los indios de Quito. El edificio tenía dos pórticos y un patio, en el cual había dos fuentes "adornadas con planchas de oro, y en una de ellas entraba por un caño el agua hirviendo y, en la otra, fría, conducidas ambas de la vecina montaña". A un lado del palacio estaba el templo y al lado opuesto, sobre una altura, se levantaba la fortaleza militar.

Atahualpa distraía su ocio en los baños termales, a una distancia de tres millas de la ciudad, en compañía de todo su ejército y corte, cuando llegó una embajada de treinta y cinco jinetes españoles para hacerle saber la llegada de Francisco Pizarra, enviado de los dos más grandes soberanos del mundo -el Papa y el Emperador Carlos V— y para pedirle que le visitara al día siguiente en Cajamarca.

El monarca hizo un signo a dos jóvenes princesas y mandó servir a sus visitantes la tradicional bebida de maíz en cuencos de oro. Luego, dirigiéndose a Hernando de Soto y Hernando Pizarra -jefes del destacamento español— les comunicó que aceptaba la invitación y que iría a Cajamarca a entrevistarse con el poderoso representante de la monarquía extranjera. Al observar las miradas codiciosas de los españoles, el anfitrión les hizo la dádiva de los cuencos de oro en que les había ofrecido, con gesto noble y magnánimo, la bebida de la paz.

II. La puerta del Nuevo Orbe

Ya descubierto el océano Pacífico o Mar del Sur por el capitán Núñez de Balboa, no faltaron osados navegantes que emprendieran expediciones a las nuevas tierras

desconocidas, cuya existencia se sabía con certeza. Los indios relataban a los españoles historias increíbles de un país fabuloso donde cierta especie de ovejas gigantes —las "llamas"— transportaban cargas de oro. Además, con frecuencia, llegaban del sur grandes balsas tripuladas por indios de tribus diferentes a las conocidas y que venían a comerciar con los habitantes del Istmo. De esta manera, llegó el cacique de Tumaco, quien le hizo a Balboa una descripción deslumbrante de las riquezas del Perú y dibujó la figura de las costas de Quito "y la forma extraordinaria de las llamas que cargan los minerales en la cordillera..." (23)

Entre los navegantes que exploraron las costas del Mar del Sur, venciendo las tormentas, los arrecifes y la resistencia de los aborígenes, nadie dejó más imperecedera memoria que Gaspar de Morales, no por sus hechos de valor sino por sus actos de crueldad y su insaciable sed de oro. Apenas vio abierto el inmenso pórtico azul del Mar del Sur, Morales se lanzó en frágiles navíos, persiguiendo nuevos horizontes y hollando, una tras otra, las costas vírgenes, en busca de perlas, que por allí abundaban. Hizo una expedición al país del cacique de Birú, llevando muchos hombres de armas y algunos perros de caza. En esta aventura —durante la cual descubrió la tierra de Pe ruqueta— fue su segundo en el mando el extremeño Francisco Pizarro, cuyo nombre debía relucir desde entonces con un fulgor sangriento.

Los caciques de la costa hicieron a Gaspar de Morales muchos presentes de perlas -entre ellas, una de gran tamaño que pesaba diez tomines— y algunos miles de pesos de oro. Pero Morales, Pizarro y los demás aventureros no eran hombres que se conformaran con tan escaso botín y decidieron adueñarse de todo y dar una lección a los menguados habitantes de esos lugares: mataron a cien mujeres ancianas y niños e hicieron destrozar con los perros a los veinte jefes principales y, después de poner fuego a las viviendas y a los depósitos comunales de maíz, se retiraron

haciendo cautivas a las indias mozas de la población. Este acto serviría de ejemplo a Francisco Pizarro, que lo imitaría más tarde con creces en la conquista del Nuevo Orbe. Aliado con el cacique de Tumaco, Gaspar de Morales desembarcó en una isla -a la que llamó Rica por su abundancia de conejos y vituallas— cuyo cacique, después de ofrecerle una canasta llena de perlas, que pesaba más de cien libras, le dio noticias fidedignas sobre "la proximidad de un inmenso Continente".

También el capitán Francisco de Becerra navegó durante seis meses por las costas cercanas a la línea equinoccial y, después de mucha sangre vertida y muchos graneros quemados, regresó al puerto de Carien con el fin de informar al gobernador de tierra firme sobre los resultados de su viaje.

Núñez de Balboa, convencido de la existencia de nuevas tierras australes, firmó un contrato con el anciano y voluble gobernador Pedrerías, según el cual se obligaba a construir algunos buques y explorar las costas ignotas y constituyó la "Compañía del Mar del Sur" en unión de Andrés de Baldee rábano, Luis Botella y Pedro de Arbolan cha, que debían ser después decapitados por el desleal Gobernador. El activo y emprendedor Balboa estableció en Hacia las fábricas de construcción de los cascos de las naves; pero como la madera de los árboles de ese lugar no resultara apropiada —según se vio por dos buques cuyo fondo fue perforado por los moluscos— trasladó su primitivo astillero a la Isla de las Perlas. Finalmente, pudo salir hacia el Sur con cuatro navíos y trescientos hombres y llegó hasta las tierras del cacique Chucamá, en donde habían encontrado la muerte algunos de los primeros navegantes.

Despertada la codicia de las autoridades españolas de Tierra Firme, cada éxito de Núñez de Balboa era un paso más hacía su propia perdición. De nada le sirvieron sus vinculaciones con los caciques indios, la nobleza de sus procedimientos ni sus

reconocidas virtudes de estadista. Mientras preparaba en la bahía de San Miguel su pequeña flota para navegar hacia el sur y descubrir el Perú, Balboa fue apresado por orden del vil anciano Pedrarias y conducido a Acia, en donde se le ejecutó casi en secreto, frente a los árboles de troncos vigorosos que dieron los primeros mástiles para la conquista del Mar del Sur. El hombre que puso preso al gran descubridor y le entregó al verdugo no fue otro, por lógica del destino, que Francisco Pizarro.

No se acabaron por eso los exploradores oceánicos. El navegante Pascual de Andagoya, acompañado del ya infaltable Pizarro y de Andrés Garabito, emprendió una expedición a las costas meridionales, después de haber sido nombrado Inspector General de los Indios, en el año de 1522. Pizarro había ya cumplido cincuenta años de edad, pero su corazón parecía nacer a la aventura. Su aprendizaje con Andagoya, en los métodos de sojuzgar a los aborígenes, le sería tan útil como la experiencia adquirida con Morales.

Hombre avisado y falaz, Andagoya celebró una alianza con los indios Chochamas para atacar a los pueblos vecinos.

Destruyó una fortaleza costera, donde los indios se defendían "con grandes escudos y lanzas cortas" y llegó hasta el lugar que se llamó después Puerto de Pinas. Navegó luego a lo largo de la costa, en compañía de sus aliados indígenas. El cacique de los Chochamas le salvó un día de perecer ahogado, en uno de los reconocimientos de las tierras del Sur. Después de recibir noticias auténticas sobre el rico Imperio de los Incas, en una bahía en donde luchó contra los "habitantes de los árboles", el maltrecho navegante regresó a tierra firme. La enfermedad, contraída cuando su accidente en el mar, le imposibilitó para proseguir sus descubrimientos, pero no le impidió suministrar preciosas

indicaciones sobre las tierras del "Nuevo Orbe" al Gobernador Pedrarias y al sacerdote Hernando de Luque, único señor y dueño de la Isla de Taboga.

Los resultados obtenidos por Andagoya espolearon la ambición de Francisco Pizarro, quien, al regreso de uno de sus episódicos viajes marítimos, logró interesar al capitán Diego de Almagro y a Hernando de Luque, más inclinado al culto de la espada y de la escarcela que al austero ministerio de la sotana, que llevaba con garbo de joven abate en su calidad de Vicario de Panamá. Los tres amigos formaron una Compañía, mediante un contrato formal, para hacer una expedición al Perú y construir las naos necesarias para tal aventura. En nombre de Pizarro, que no sabía escribir, firmó el contrato histórico el vecino Juan de Panes.

En 1526 salían de tierra firme dos barcos, capitaneados respectivamente por Pizarro y Almagro y, después de grandes penalidades, llegaban —guiados por los relatos, los mapas y los intérpretes proporcionados por Andagoya— a la desembocadura del río Birú. No pudieron ir más lejos los expedicionarios por falta de elementos materiales y tuvieron que enderezar otra vez la proa con rumbo a tierra firme.

Pascual de Andagoya aceptó servir de agente de los descubridores en Panamá, mientras éstos continuaban la empresa. Nunca dejó, sin embargo, de reclamar sus pretendidos derechos al título de Adelantado del Mar del Sur, hasta su muerte, ocurrida a los cincuenta y tres años de edad cuando se hallaba en Manta, uno de los primeros puertos fundados por los españoles en las tierras ecuatoriales. Sus hijos, establecidos en Quito, continuaron la reclamación de los honores y los dineros debidos al descubridor.

El segundo viaje de los "socios" de Panamá fue más fértil en resultados. Las dos naves tocaron en la Isla del Gallo, descubierta en el curso de la misma navegación por el piloto Ruiz de Andrade. En esa isla resolvió permanecer Pizarro, mientras en

una de las naves iba Almagro a buscar los auxilios prometidos por Luque, y en la embarcación más pequeña seguía el piloto afortunado su viaje hacia el Sur, como avanzada de reconocimiento, en compañía de algunos hombres entre ellos Juan de Sámano, que había de ser el cronista de esa aventura.

Bartolomé Ruiz de Andrade, natural de Moguer, navegante de gran experiencia, fue el primer español que holló las tierras del Ecuador. Se le puede considerar como el verdadero descubridor de las costas ecuatoriales, "puerta de la América del Sur o Nuevo Orbe". El 21 de septiembre de 1526, día de San Mateo, desembarcó en una pintoresca y acogedora bahía —a la que dio el nombre de ese santo- y quedó sorprendido al ver la abundancia de esmeraldas que poseían sus habitantes, así como la belleza de las telas de algodón pintadas a mano y de los objetos de oro trabajados con primor. El cacique le colmó de presentes; pero los codiciosos marineros no eran fáciles de contentar y muy pronto se oyeron tronar los arcabuces.

Los indios se impusieron por el número y Bartolomé Ruiz tuvo que volver a embarcar con sus hombres bajo una lluvia de flechas. Continuó su ruta hacia el Sur, siguiendo la línea de la costa de Esmeraldas y descubrió la ciudad de Atacames, de donde habían huido sus habitantes a la vista de la nave extranjera. Allí los españoles miraron con asombro las calles tiradas a cordel y el espectáculo singular de los terrenos sembrados de maíz y de las plantaciones de cacao. Todo esto lo consignó Ruiz de Andrade en su códice que se conserva en la Biblioteca Imperial de Viena. (24)

Los exploradores siguieron navegando hacia el Sur. Divisaron las costas de Manabí y atravesaron la línea equinoccial. Por primera vez los hombres de Europa —o mejor, los colores de España y las armas de Carlos V- pasaban en el Mar del Sur la

frontera de los dos hemisferios, la línea de los trópicos, y entraban en el Nuevo Orbe. Y Bartolomé Ruiz era el primer español que hollaba la línea equinoccial de América. En esas aguas, el intrépido navegante encontró una balsa velera que, por sus dimensiones y su gallardía, le pareció una carabela europea. La balsa estaba tripulada por indios mercaderes que le ofrecieron oro y perlas "que pesaban en balanzas", espejos guarnecidos de plata, collares de conchas, telas preciosas y vasos de cerámica. Ruiz apresó algunos indios y regresó a la Isla del Gallo para dar cuenta a Pizarro de su expedición que duró más de dos meses y que llegó "hasta el pueblo de Cancebí".

Esta navegación del audaz piloto -durante la cual se descubrieron numerosos pueblos como Atacames, Cojimíes, Coaque, Salango— dio lugar al primer encuentro del hombre de Europa con el hombre del Ecuador. La escena fue dramática y se repitió después con Pizarro y Almagro en cada puerto equinoccial. El hombre del Ecuador recibió al europeo como un amigo y le colmó de presentes. Le tendió las manos llenas de esmeraldas como ofreciéndole todo el verdor y la promesa fértil de ese mundo nuevo. Le entregó sus frutos, sus perlas y sus minerales, en contribución cordial y espontánea. Pero el extranjero le contestó con el fuego, y le dio la muerte en pago de la amistosa dádiva y, sirviéndose del engaño y de la espada, se adueñó de sus tierras y de su hogar.

Mientras Pizarro y sus hombres esperaban largos meses en su voluntario destierro isleño, habían sucedido varias novedades en tierra firme. Pedrarias, el antiguo "justador" y veterano de África, estaba ya separado de su cargo, y el nuevo gobernador Pedro de los Ríos había enviado al capitán Tafur a la Isla del Gallo con la orden de hacer regresar a todos los españoles que allí se encontraran. Entonces sucedió la escena memorable, de la que se ha abusado sin medida en el teatro de capa y espada para

simbolizar el heroísmo y que, en realidad, fue únicamente un gesto desesperado de quienes nada tenían que perder: Pizarro trazó una línea en la arena con su tizona y dijo que la franquearan los hombres que no deseasen regresar a tierra firme, donde les esperaban la pobreza, la inactividad, y acaso las prisiones... Sólo trece soldados pasaron la línea simbólica, lo que no constituía una fuerza suficiente para la anhelada empresa; pero llegó a tiempo Almagro con los refuerzos en hombres y en vituallas, y se embarcó de nuevo la pequeña expedición en los viejos navíos crujientes que pusieron su proa hacia el Sur.

Los aventureros se dirigieron por la misma ruta que había seguido el célebre piloto Ruiz de Andrade. Cerca de San Mateo "tomaron tierra —dice López de Gomara— en una costa anegada, llena de ríos y manglares y tan lluviosa que casi nunca escampaba... Viven allí los hombres sobre árboles, y son guerreros y esforzados, y así defendieron su tierra matando

hartos españoles". Estos indios se servían de piedras y flechas y les lanzaban gritos insultantes a los intrusos al tiempo de combatir, llamándoles "hijos de la espuma del mar". Iguales escenas se repartieron en casi todos los lugares de la costa donde desembarcaron los españoles. El árbol era la morada del indio, y éste se había identificado con la vida vegetal. Cuando los españoles llegaron, fue cortado de un tajo ese verde mundo aéreo... En un sitio en donde las casas estaban mejor construidas sobre estacas, los ballesteros y los arcabuceros apenas pudieron defenderse contra el ataque vigoroso de los indios. Almagro perdió allí un ojo, y muchos españoles murieron a manos de los atacantes. En medio de la batalla, el incendio consumió las moradas indígenas. Desde entonces, ese lugar se llamó Pueblo Quemado.

En Atacames, Almagro vio con asombro que los habitantes tenían la costumbre de incrustarse clavos de oro y esmeraldas en

la piel del semblante. Sobre la ciudad desierta, ocupada por los españoles, cayeron de pronto numerosos escuadrones de indios que mataron a muchos soldados de infantería y derrotaron a los jinetes. Pizarro recibió algunas heridas de flecha y lanza. El desastre habría sido completo si no hubiera sucedido un hecho curioso originado por la caída de uno de los soldados de caballería, según cuenta Miguel de Estete, que acompañó a Pizarro en su tercer viaje: "...uno de aquéllos cayó del caballo abajo, y como los indios vieron dividirse aquel animal en dos partes, teniendo por cierto que todo era una cosa, fue tanto el miedo que tuvieron que volvieron las espaldas dando voces..."

La flotilla de Pizarro llegó hasta la Puna, destruyó a los isleños con el fuego de sus arcabuces y fue a anclar frente a Túmbez. La vista de esta ciudad poblada y "con edificios más suntuosos que los que hasta allí habían visto" produjo a los aventureros una impresión de sorpresa no exenta de temor. Pizarro resolvió enviar a tierra al astrónomo Pedro de Candía, acompañado de algunos hombres, con la misión de recoger las informaciones necesarias para un desembarco próximo. Con su espada al cinto, su celada y su escudo, y una inmensa cota de malla que le llegaba hasta las rodillas, entró el gigante barbudo en Túmbez, llevando en las manos "una cruz de palo de más de una vara de medir en alto, en la cual fiaba más que en sus armas". Los indios echaron sobre él dos pumas reales -que les había regalado Atahualpa— y se produjo entonces un hecho inaudito: apenas el gigante recubierto de hierro tocó a las fieras con la cruz, se tendieron éstas a sus pies, lamiéndolos mansamente.

Los indios corrieron a ofrendar a los extranjeros algunas llamas y alpacas y muchos tejidos, ropas y objetos preciosos y condujeron a Candía en triunfo al templo del sol. El astrónomo permaneció dos días en la ciudad y regresó "espantado de las riquezas de la casa que allí tenía el rey Atahualpa" y dijo que vio

en sus jardines "árboles y otras plantas menores, hierbas, animales y otras sabandijas, todo hecho de oro y plata". Además de los ricos presentes, Pedro de Candía llevó consigo algunos mozos indios —para enseñarles el español— y algo que valía más que el oro: el plano de la ciudad, pintado minuciosamente en un lienzo. En Túmbez se quedaron por su propia voluntad dos españoles con el propósito de aprender la lengua quechua. Estos eran Martín y Sánchez, que no sabían que iban a morir ajusticiados en presencia de Atahualpa. La cruz que protegió la vida de Pedro de Candía fue colocada, años después, en un santuario de Piura y venerada como "la cruz del milagro".

Después de recorrer la costa hasta 9 grados al sur de la línea ecuatorial —según calcula Merriman— Pizarro regresó a

Panamá y, luego, a España, con el fin de informar a la Corona de sus descubrimientos. En junio de 1529 fue a Toledo con un séquito pintoresco y estrafalario de indios coronados de plumas, que llevaban papagayos habladores y conducían llamas y alpacas engalanadas de mantas y telas de colores extraños, y se postró a los pies del emperador Carlos V, quien le concedió el título de Gobernador de la Nueva Castilla -que así se llamarían las tierras recién descubiertas— y de Adelantado del Mar del Sur.

Ya sostenido con eficacia por la Corona, que le había

dado tres navíos para proseguir la conquista, Francisco Pizarro se trasladó a Panamá, y desde allí siguió la ruta conocida hacia el Sur, en unión de sus hermanos Juan, Hernando y Gonzalo, con el acompañamiento de ciento ochenta soldados y veintisiete caballos. Los mismos lugares de su viaje anterior se pre-

sentaron a sus ojos: la Bahía de San Mateo, las tierras anegadas, Atacames o Lacámez donde, a una legua del pueblo, salieron a recibirles "más de diez mil indios que no les hicieron la guerra". Luego, encontraron varios pueblos que se "habían alzado contra los extranjeros". Las flechas zumbadoras, disparadas por los indios, se rompían sobre las corazas. En coaque —en donde se levantaban "cuatrocientas casas de muy gentil parecer y sitio"— entraron los arcabuceros a sangre y fuego y se apoderaron de varias riquezas, por un valor de quince mil pesos de oro y muchas esmeraldas "que no se conocían entonces como piedras preciosas —afirma Francisco de Xérez, secretario de Pizarro— y que los españoles las cambiaban gustosamente con telas pintadas". El soldado Pedro Pizarro escribió la crónica de la expedición y en ella anotó los detalles más minuciosos: "En este coaque se hallaron muchos colchones de lana de ceiba, que son unos árboles

que la crían que así se llaman..." En esa ciudad residieron los aventureros durante cinco meses, al cabo de los cuales -después de haber hecho provisiones, descansar a su gusto y renovar sus arreos— prosiguieron la marcha por tierra hacia el Sur, a lo largo de la costa, mientras las naves volvían a Panamá en busca de pertrechos y vituallas.

En la Bahía de Caráquez, todos los pobladores salieron atropelladamente a recibirles, conducidos por una gallarda moza, coronada de flores, que era la "Cacica" de ese pueblo marítimo. La soberana había sido confirmada solemnemente en el mando, a la muerte de su esposo. Dotada de un carácter magnánimo, ofreció una fiesta y un banquete real en honor de los huéspedes extranjeros, a los que colmó de presentes: frutas, esmeraldas y oro. Pizarro se vanaglorió de haber recibido los favores de la hermosa "Cacica". Cerca de allí, en la misma costa, los hombres de hierro —que apenas podían con el peso de sus armaduras en el

calor tórrido de esas tierras- descubrieron varias ciudades con murallas de piedra y con torres que les llenaron de asombro. Allí adoptaron para el resto del viaje por la costa unos sayos estofados o corazas de lana —los escaupiles- a usanza de los indios.

En Puerto Viejo, los expedicionarios encontraron a Sebastián de Belalcázar y Juan Flores que venían de Nicaragua y se hallaban en la ocupación de recoger esmeraldas "y romperlas a martillazos para cerciorarse de su valor". Un hermoso fragmento de una de las más grandes, cuyo enorme precio y prodigiosos fulgores llenaron de admiración a los hombres de Europa, fue a dar en manos de la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V.

Los soldados corrían como privados de razón tras de las riquezas y llenaban de oro y esmeraldas sus escarcelas, ante los ojos asombrados de los nativos. Pero, las nuevas

tierras se vengaban de los intrusos por medio de los cactos que les causaban úlceras incurables con sus dardos y alfileres verdes.

En el Cabo Pasado, admiraron unos templos donde se sacrificaban pájaros y animales en holocausto a un dios desconocido. Los habitantes de este lugar y los de coaque usaban peso y medida, y el peso era "una romana de media vara de largo con su cuenta y número en ella y un pilón". (25)

El pequeño ejército llegó frente a la isla de Puna, la Pugna o Napunal como se la llamaba en esos días. Allí, en la punta extrema de la costa, se encontró con una flota enviada por el cacique Túmbala, que invitaba a Pizarro a visitarle en la isla. Los isleños salieron a recibir a los españoles en cincuenta balsas "con sus velas ondulantes y remeros cantando", como escribe fray Bernardino de Minaya, testigo presencial de la expedición. Los conquistadores con sus caballos y mastines pasaron las aguas del Guayas en esos frágiles leños. "Nos metieron en la isla —prosigue el fraile— y nos aposentaron trayendo comida", mientras los

habitantes ejecutaban una música alegre de flautas y atambores. El cacique ofreció al conquistador vasijas de oro y plata y algunos indios para su servicio. Pero, Pizarro hizo fundir esos objetos artísticos, envió los indios a Panamá en una nave para que fueran vendidos como esclavos y arrojó en una prisión al cacique de la isla y a tres hijos suyos.

En la noche salieron los españoles y mataron muchos indios y saquearon sus casas. Los isleños les dieron batalla al amanecer, "al son de sus atabales, atacando por varios puntos a la vez", pero fueron vencidos, aunque después de matar a varios españoles y de herir a otros, entre ellos a Fernando y Gonzalo Pizarro.

El Adelantado mandó su gente en cuadrillas, precedidas de muchos mastines, a explorar la isla y hacer una matanza general entre sus habitantes. Esta campaña duró veinte días, al cabo de los cuales la isla quedó casi despoblada. A los diez jefes principales, Pizarro hizo justicia "quemando a algunos y a otros cortando las cabezas", según escribe el secretario Xérez, que fue uno de los que en aquella ocasión dio y recibió mandobles y cuchilladas. (26)

En la Isla Puna, bautizada por los españoles con el nombre de Isla de Santiago, esperó Pizarro durante todo el invierno el regreso de sus navíos de tierra firme y luego, aliándose con el cacique Quilimasa —sucesor de Túmbala, por muerte de éste— pasó al litoral y exterminó a los moradores de Túmbez. No encontró allí las riquezas anunciadas por el astillero y astrónomo Pedro de Candía, aunque la ciudad abundaba en hermosas construcciones. El curioso Estete no pudo disimular su sorpresa ante el templo "grande edificio y todo él por dentro y fuera pintado de grandes pinturas y ricos matices de colores.

Pizarro salió de esta última ciudad —que los conquistadores llamaron Valencia- en marzo de 1532, y se dirigió al interior del país. En su camino destruyó poblaciones enteras por el fuego y por el hierro. Hizo quemar en una pira al cacique Almotaxi y a todos los indios principales de La-chira. En un sitio estratégico fundó la ciudad de San Miguel de Piura, en donde estableció su cuartel general. Allí recibió informaciones sobre la guerra civil entre el Inca Atahualpa, rey de Quito, y su hermano Huáscar, rey del Cuzco y, un buen día supo que el victorioso monarca quiteño iba a alojarse por algún tiempo en Cajamarca, lugar que se encontraba a menos de dos semanas de camino de la recién fundada ciudad española. Entonces se puso al frente de un cuerpo de arcabuceros, infantes y caballería y decidió trepar la cordillera y descargar el gran golpe de audacia que iba a poner en sus manos todo un Imperio.

Mientras avanzaban los soldados por los riscos andinos, iba cambiando el paisaje a que estaban acostumbrados sus ojos. Las rocas cortadas a pico sucedían a los valles acogedores y apacibles. Los pájaros de colores de la tierra cálida habían desaparecido en la infinita desolación de la cordillera, sobre la que reinaba como un monarca enlutado el solitario cóndor. El vuelo imperial de esta ave gigantesca pasmaba a los ateridos aventureros. Pizarro encontró en el camino de las alturas una fortaleza abandonada. Luego, en la noche siguiente, dio con otra fortaleza "construida con piedras de talla y tan resistente como cualquier plaza fuerte de España; las puertas y los muros estaban tan bien hechos como si hubieran en ese país los obreros y útiles de España". Nadie había allí ni en los alrededores. Los aposentos incaicos sirvieron de alojamiento a los aventureros fatigados.

El Adelantado Pizarro se rodeó de consejeros indios, procedentes de los pueblos comarcanos. Estos indios, originarios del Perú y partidarios del soberano del Cuzco, dispusieron el

ánimo del Adelantado contra Atahualpa y le hicieron ver la necesidad de intervenir en la guerra civil que dividía el Reino. El pequeño ejército español siguió a Cajamarca y entró en la desierta plaza, rodeada de varias construcciones, donde no escaseaba la piedra labrada con arte primoroso. En una de las alturas vecinas se hallaba una fortaleza y, en otra, se levantaba un templo. La plaza era más grande que cualquier plaza española —anota el caballero y secretario Xérez— y "cuando entran en el templo los indios se descalzan".

Pizarro prestó muy poca atención a estas muestras de religiosidad popular y se interesó más por conocer la posición de la fortaleza que dominaba la plaza y podía proporcionar un abrigo sin igual a las piezas de artillería con que iba a abrir una brecha de sangre en el Nuevo Orbe. Los lebreles de acero

de los cañones prepararían el camino para dejar libre el paso a la cruz de la religión cristiana y al estandarte de la monarquía española que había sido agraciada con la Bula Pontificia de Alejandro VI, otorgándole la posesión del Nuevo Mundo.

III. Prisión y muerte de Atahualpa

En sus andas reales, guarnecidas de multicolores plumas de papagayo y de láminas de oro y plata, a hombros de ochenta "orejones" vestidos de cortas túnicas azules, se presentó el Emperador Atahualpa en la plaza de Cajamarca, seguido por su guardia de cañaris y por sus mejores tropas, mandadas por el general Rumiñahui, así como por sus consejeros y altos funcionarios que se hacían transportar en bamboleantes hamacas. Le precedía un escuadrón de mil indios con túnicas de cuadros blancos y encarnados. El ocaso ardía como una fogata detrás de los montes y daba matices fantasmagóricos al cortejo indígena.

En la fortaleza, cuatro piezas de artillería disimuladas hábilmente, esperaban la señal de la matanza, y en las calles cercanas a la plaza se ocultaban tres grupos de caballería, al mando de Hernando Pizarro -hermano del Adelantado del Mar del Sur-, de Sebastián de Belalcázar y Hernando de Soto. En medio del rumor de la muchedumbre indígena, el dominico Valverde se acercó a las andas reales acompañado del intérprete indio Felipillo -uno de los mozos de Túmbez que siguieron a Pedro de Candía y recibieron educación española- y comenzó a exponer su requerimiento en el que intimaba al Inca la sumisión al Papa y a Carlos V. En medio de su perorata, el fraile le entregó su breviario explicándole la esencia de la doctrina cristiana. El Emperador arrojó el libro al suelo con un gesto y dijo, entre otras cosas: "Tenéis por Dios a Cristo y decís que murió; pues yo adoro al sol que no ha muerto jamás ni morirá..."

El fraile indignado se retiró apresuradamente a la fortaleza y fue a comunicar las palabras de Atahualpa a Pizarro. A una señal de este último, las ocultas bocas de fuego dispararon, manejadas por Pedro de Candía, causando inmensa mortandad entre los indios, mientras los grupos de caballería atacaban al inerme Emperador y a su séquito. La muchedumbre fue sacrificada con

todas las reglas militares, aprendidas por los aventureros en sus andanzas con la Santa Hermandad.

Los indios no se defendieron, pues habían venido con ánimo de paz. Al filo de la espada perecieron los ochenta portadores de las andas reales. Los acompañantes del cortejo se dispersaron en medio de un confuso griterío. Al escuchar las trompetas y los cañones, su terror fue tan grande que derribaron uno de los muros de la ciudad en su huida. "En todo esto no alzó indio arma contra español", dice Xérez. Más de dos mil cadáveres quedaron en la plaza y los sobrevivientes huyeron a refugiarse en la cordillera. Los españoles hicieron muchos prisioneros. Pizarro, en persona, asió a Atahualpa por el cuello, del cual pendía un collar de esmeraldas, mientras el soldado Estete le arrancaba la imperial borla carmesí. Entre las sombras de la noche, el desventurado monarca fue encerrado en un aposento de la fortaleza.

Al amanecer del día siguiente, cincuenta soldados españoles salieron como buitres a hurgar entre los muertos y a rematar a los heridos, en busca de los objetos de oro y otra clase de botín. "La excursión —asegura el secretario Xérez— produjo ochenta mil pesos de oro, siete mil marcos de plata y catorce esmeraldas". Francisco Pizarro se adueñó de la gran placa de oro —con la figura del sol- que adornaba las andas de Atahualpa, y que pesó más de veinticinco mil castellanos. El asiento de las andas "era un hermoso tablón de oro" cubierto con un cojín de lana de varios colores "todo guarnecido de piedras preciosas de grandísimo precio que valdría más de cincuenta mil pesos.

En Atahualpa se reunían los atributos de grandeza de dos pueblos y su inteligencia representaba la síntesis de las antiguas culturas aborígenes. Su apostura física guardaba armonía con su noble carácter. A los dos españoles que se encerraron con

él en la prisión para espiar sus actos y que le preguntaron cómo se llamaba, les contestó, con orgullo e ironía, mientras afuera cantaba un gallo: "Escuchad, hasta las aves repiten mi nombre de Atahualpa".

Los conquistadores españoles —aventureros sin moral y hampones analfabetos en su mayor parte, ya que eran soldados licenciados de las campañas de Italia y antiguos mozos de la Santa Hermandad— se sintieron humillados ante la actitud digna, el estoicismo y el penetrante ingenio del monarca prisionero. Los cronistas de la época cuentan varias anécdotas significativas que demuestran que Atahualpa fue hombre de gran discernimiento y poderosa memoria. Salió vencedor de sus carceleros en todos los juegos que éstos le enseñaron, entre ellos el ajedrez, —naturalmente para intentar ganarle sus joyas y vasos de oro- e hizo enmudecer con sus razones a los frailes y leguleyos que ansiaban despojarle de su reino invocando una religión y una ley que le eran desconocidas.

Se dice que el monarca pidió a un soldado que le escribiera en la uña del dedo pulgar el nombre del Dios de los conquistadores y mostraba la mano a sus visitantes para que leyeran aquellos signos mal dibujados. El Capitán Francisco Pizarro conocía más de mandobles que de letras y no pudo descifrar la palabra tantas veces invocada vanamente por él y sus compañeros. Atahualpa, sorprendido de su ignorancia, le dio a entender que no comprendía cómo podía ser jefe un hombre

inferior en conocimientos a sus soldados... El porquerizo no le perdonó jamás esta lección al monarca. Tampoco le perdonó el ladino fraile Valverde su respuesta desdeñosa y elevada, cuando al anunciarle que la Corona de España quería tomar posesión de esas tierras de América que le habían sido cedidas por el papa Alejandro VI, Atahualpa le arguyó que mal podía ese soberano extranjero regalar lo que no le pertenecía.

Así, los hombres de espada como los de cogulla habían decidido quitarle la vida a su infeliz prisionero. Mas, quisieron previamente adueñarse de sus riquezas. Pizarro le prometió la vida y la libertad si ordenaba a los indios que llenaran de oro el aposento -de siete metros de largo por cinco de ancho— que le servía de prisión, hasta una línea blanca trazada en el muro "a la altura de un hombre con el brazo levantado". Atahualpa hizo traer de sus palacios de la cordillera y de la ciudad de Quito muchos cargamentos de oro, de acuerdo con los deseos del Conquistador. El padre Blas de Valera afirma que ascendió a cuatro millones ochocientos mil ducados el rescate del monarca. Xérez dice que, entre los objetos de oro que se amontonaron en el suelo del aposento, se encontraban obras maravillosas, trabajadas con arte exquisito, como fuentes labradas con su tubería para agua, figurillas, animales y pájaros exóticos. El valor de todo esto calcula en un millón trescientos veintisiete mil quinientos pesos de oro fino. En el reparto, cada caballero español -o mejor dicho, cada caballista o jinete- recibió ocho mil ochocientos ochenta pesos de oro y cada soldado de infantería la mitad de esa suma. La parte de Francisco Pizarro fue de cincuenta y siete mil doscientos veinte pesos del mismo codiciado metal. La operación fue más fructífera que todos los actos de bandolerismo que se habían ejecutado hasta entonces.

Este hecho no sirvió sino para acrecentar la codicia de los aventureros, quienes buscaron un nuevo pretexto para llevar a cabo su plan. Se valieron de una denuncia del cacique de Cajamarca, quien acusaba a Atahualpa de haber usurpado el trono de Huáscar y de haber asesinado a su hermano. Inmediatamente se instruyó el proceso, "un pésimamente organizado y peor escrito documento, esbozado por un sacerdote sin principios, un torpe notario sin conciencia y otros de igual talla", según asienta Fernández de Oviedo en su historia. En un simulacro de tribunal,

Pizarro se levantó para advertir que "todo aquel que intentara defender la vida de Atahualpa sería mirado como traidor a la Corona de Castilla y al Emperador".

El desventurado Atahualpa fue condenado al suplicio del garrote en la plaza pública de Cajamarca. Más tarde, los guardianes aseguraron que el imperial prisionero lloró al conocer la sentencia. Nada de raro hay en esto ya que los héroes también lloran; pero sus lágrimas queman como el fuego a través de las edades. Las lágrimas de Atahualpa eran tan nobles como las del Cid o las del moro Boabdil al perder su reino amado. Llanto de sangre y rabia al ver la justicia escarnecida y el triunfo de la fuerza, ante la impasibilidad de la tierra y del cielo y la indiferencia del sol que contemplaba con su mirada de oro el sacrificio de su propio pueblo. No obstante, Atahualpa murió con valor, mientras se veían llegar aún, por las estribaciones de la cordillera, los indios y las llamas, cargados de oro para su rescate. Al saber la noticia que ensombreció las tierras del Tahuantinsuyo, los indios se volvieron con sus recuas y sus fardos al interior del país, a sus refugios misteriosos, donde el oro duerme todavía su sueño amarillo y refulgente, sin que haya llegado a despertarle hasta hoy la presencia de ningún intruso.

Entre los hombres leales que dieron media vuelta, ya consumado el suplicio del monarca, se encontraba su hermano Quilliscacha que conducía un gran cargamento de oro. En vista de los sucesos, el príncipe quiso ceñirse la diadema imperial y se hizo proclamar jefe por algunos de sus partidarios; pero el general Rumiñahui había decidido instaurar un gobierno militar para combatir a los extranjeros y ordenó a los "orejones" la ejecución de Quilliscacha. Igual suerte les esperaba a otros príncipes. Huaica Cápac, hijo de Atahualpa, quiso seguir la política noble y conciliadora de su padre; pero no pudo reinar sino dos meses, durante los cuales se ocupó de ocultar los tesoros de Quito en

escondites preparados en la cercana cordillera. La situación del país era muy grave y sólo la resistencia desesperada podía salvar al imperio. Sobre las ruinas humeantes, crecía cada vez más la sombra del indomable Rumiñahui -"ojo de piedra" en lengua quechua- como la encarnación viva de la nación amenazada.

Era un absurdo calificar de "usurpador" a Atahualpa, ya que entre los Incas -como se sabe- la herencia de la corona no iba al hijo mayor sino al más capaz; Pachacútec fue el segundo hijo de Viracocha; Túpac Yupanqui no era el mayor de los hijos de Pachacútec; Huayna Cápac fue el segundo vastago de Túpac Yupanqui. Entre los Incas no había hijos bastardos ni mayorazgos, y la aplicación de las normas jurídicas hispánicas para juzgar a un individuo perteneciente a una organización social distinta, constituía una injusticia tan desmesurada que sólo puede explicarse por la insensatez o la cobardía de los jueces. (27)

Los informes falsos de los conquistadores inclinaron a Carlos V a conceder, en 1544, un escudo de armas a ciertos descendientes de los Incas, y en el árbol genealógico de estos reyes se suprimió el nombre de Atahualpa. Y, para mayor sarcasmo, fueron las hermanas de este monarca quienes beneficiaron del escudo de nobleza real: María Titu Atauchi, madre de Justo Salmaraura, canónigo de la Catedral del Cuzco, que ponía bajo su firma "nieto del emperador Huayna Cápac"; Inés Huayllas, concubina de Francisco Pizarro, más tarde esposa de Hernando Pizarro y casada en segundas nupcias con Martín Ampuero, cuyo hijo fue reconocido como descendiente legítimo de los Emperadores del Perú por el rey de España, quien le llamaba "su primo" y hacía que los virreyes al llegar a Lima le rindieran homenaje público. Mientras tanto, los hijos de Atahualpa, reducidos a la mendicidad, fueron recogidos por los franciscanos de Quito, y Alonso de Atahualpa —nieto del Inca- murió en la cárcel de Madrid, en 1592.

El monarca español, al dar preferencia a la línea cuzqueña, fingía ignorar que toda la familia de Huayna Cápac pertenecía al "ayllu Tomebamba" y era, por lo tanto, originaria del Reino de Quito.

IV. El arcabuz, el caballo y la horca

Entre las sombras de la cordillera, mientras las raposas salían de su guarida en busca de alimento y los últimos gallinazos se retiraban girando en un vuelo alelado sobre la fortaleza y sobre los árboles de hojas estremecidas, los indios se congregaban silenciosamente como fantasmas. Inmóviles, se apretaban en el repliegue más oscuro de la noche. De pronto, con un movimiento uniforme, empezaron a cavar en la tierra sin ruido. Apareció en el fondo del hoyo una figura amortajada con el hábito de San Francisco, ante la cual cayeron de rodillas los

nocturnos visitantes. Era el cuerpo del emperador Atahualpa. Los indios le desenterraron, le cubrieron con sus regias vestiduras y le llevaron en hombros por los senderos monteses y por los valles.

Los pueblos del trayecto se sumaron al séquito fúnebre y, en medio de lamentos que conmovían hasta las piedras y peñascos de la cordillera, condujeron con gran pompa el cadáver hasta Quito. El general Rumiñahui con sus soldados les esperaba en Liribamba. Allí, en presencia del volcán Chimborazo, el esforzado guerrero juró vengar la muerte de su soberano y no dar cuartel a sus verdugos. Igual juramento hicieron los caciques de Latacunga y Chillo y otros jefes leales.

El Emperador del Tahuantinsuyo y rey de Quito había sucumbido por obra de la traición. El espíritu europeo de empresa se hallaba vencedor sobre la ingenuidad indígena. El historiador Karsten dice que en Cajamarca "la mentira y el disimulo, la traición y la violencia —sobre los que se ha basado casi siempre la política de Europa- obtuvieron uno de sus numerosos triunfos sobre las ideas primitivas de honor y buena fe que caracterizan generalmente a las razas de color". (28)

La debilidad de Atahualpa fue considerar a sus enemigos como hombres dignos y cumplidores de su palabra. Rumiñahui no cayó en este error y les declaró una guerra implacable. Dueño del poder por la exterminación de los descendientes de Atahualpa, este general -con el nombre de Ati II— levantó un numeroso ejército y se puso en camino hacia el Sur, con el fin de llevar a la práctica su plan militar de ataque sorpresivo a los españoles, cuya inactividad le hizo ganar tiempo para organizar sus fuerzas en diferentes provincias del reino.

El Adelantado Pizarro y sus hombres permanecieron cerca de un año en Cajamarca esperando los socorros prometidos por Almagro, uno de los tres socios de la empresa para la explotación

y despojo de las nuevas tierras. Entretanto llegaban las noticias del avance de las tropas de Rumiñahui por el Norte y de Quizquiz por el Sur. Pizarro envió dos mensajeros a San Miguel de Piura, con instrucciones para Belalcázar, ordenándole marchar hacia Quito.

Sebastián de Belalcázar y sus tenientes, con un ejército de bandoleros y mendigos armados, se lanzaron al asalto de los Andes equinocciales. Rumiñahui les salió al paso atacándoles en los desfiladeros abruptos y sorprendiéndoles en frecuentes emboscadas. Dispuso ingeniosamente trampas cubiertas de follaje para que cayeran en ellas los caballos de los conquistadores y se destruyera el mito de que eran seres invencibles. Con las cabezas cortadas de estos animales, clavadas en picas "con muchas flores y ramos en señal de victoria", Rumiñahui animaba a sus tropas y pudo detener a los españoles durante varios meses en su marcha hacia Quito. (29)

La defección de los cañaris, que fueron a ofrecer sus servicios a Belalcázar, complicó grandemente el problema de la defensa del reino. Los indios desleales guiaron a los conquistadores por los caminos y pasos más estratégicos, les revelaron los ardides de los guerreros indígenas y les sirvieron de exploradores para evitar las sorpresas y emboscadas de Rumiñahui. Esta actitud de los cañaris tuvo su recompensa: el rey de España les concedió una insignia de nobleza, les señaló un lugar especial para vivir en la ciudad del Cuzco —el barrio de Santa Ana-, y les otorgó el privilegio de "dar escolta al Santísimo en los días de ceremonia religiosa".

Cerca del volcán Cotopaxi, el heroico Ati II de Pansaleo dio la gran batalla a Belalcázar y a sus hombres. La acción iba a terminar probablemente con el total exterminio de los españoles,

cuando una erupción volcánica, seguida de un lluvia de cenizas, sembró el terror entre las tropas indias, que creyeron en la realización de la profecía de Chalco acerca de que "la erupción de Cotopaxi anunciaría el fin del Imperio del Sol" y dejaron el camino libre a los conquistadores. La naturaleza misma parecía ceder ante la cruz y la espada, marcando con una columna de fuego el término de la vida del Tahuantinsuyo.

En esos mismos días, el general Quizquiz presentaba en la fortaleza de Mocha —construida sobre peñas vivas- una resistencia tenaz a las fuerzas de Pedro de Alvarado, que venían desde Nicaragua al olor del pillaje, ansiosas de participar en el reparto de las riquezas fabulosas del imperio de los Incas. Las tropas de Quizquiz, atrincheradas en las alturas, hicieron rodar enormes piedra sobre los soldados enemigos, dándoles así un muerte espantosa. Allí perecieron cincuenta y tres españoles y treinta y cuatro caballos. Durante varias semanas se prosiguió el asedio, y lo defensores de la fortaleza se retiraron tan sólo cuando la lluvia de cenizas les anunció el cumplimiento de los

profecías sobre el destino fatal de su pueblo. Diego de Alvarado, hermano del Capitán General, recogió como botín "quince mil llamas y vicuñas y cuatro mil indios e indias".

Desde Liribamba hasta la capital del reino, la marcha de los conquistadores capitaneados por Belalcázar fue penosa y sembrada de obstáculos. A los asaltos de los indios, se unían las acechanzas del clima y de la naturaleza. La cordillera parecía inaccesible. El paisaje era ciclópeo, con sus vertiginosos despeñaderos y sus picachos que se perdían en las nubes. Los abismos les esperaban con sus fauces amenazadoras, a cada vuelta del camino. Y el clima daba a la cordillera un ceño más hosco: la llovizna glacial atravesaba los cuerpos con sus millares de agujas mortíferas. El padre Lizárraga cuenta que oyó decir a los conquistadores que "cuando venían conquistando la tierra desde

Riobamba hasta Quito... mataban a los caballos y se metían dentro para guarecerse del frío".

VI. Los cazadores de hombres

El capitán Sebastián de Belalcázar -nombre supuesto de Sebastián Moyano, mozo de muías que había huido de su ciudad natal perseguido por la justicia— subía lentamente los tramos de la cordillera al frente de sus hombres, cuando se encontró, cerca de Ambato, con el ejército fantasmal de Pedro de Alvarado que venía de la costa de Manabí, siguiendo la ruta de las antiguas invasiones hacia la meseta interandina y que acababa de sufrir serios descalabros en sus combates con el ejército del general Quizquiz. Espectros de soldados, espectros de indios cubiertos de harapos, se preparaban al encuentro final para la conquista del país del oro. Las diez naves que les condujeron desde Nicaragua habían quedado abandonadas en la costa, a merced de las tempestades ecuatoriales. Centenares de cadáveres señalaban la ruta de la expedición por entre la selva ebria de exhalaciones maléficas y alocada de papagayos, y por la escalera de rocas volcánicas que trepa sobre el lomo helado de los Andes hasta las nubes. Sesenta soldados e indios quedaron convertidos en estatuas de hielo, en medio de las ventiscas glaciales. Los españoles, venidos de las cálidas tierras centroamericanas, se maravillaban "del mucho nevar que hacía tan debajo la Equinoccial".

Alvarado —Capitán General de Guatemala y Soconusco, ostentoso y cruel condotiero, supliciador del Rey de Texcoco y autor de la matanza de Toxcalt- había traído una flota y quinientos soldados para conquistar el Reino de Quito, además de dos mil indios quichés reclutados por la fuerza y algunos

centenares de mastines; pero no había contado con la naturaleza hostil, la fiebre, los reptiles, los insectos del trópico. Y, sobre todo, el hambre y la sed que le acechaban en medio de la vegetación más rica y prodigiosa de la tierra. Muchos hombres murieron al pie del árbol del pan, esa extraña palmera que ofrece nutritiva harina en su fruto, agua fresca en su tallo y sombra benigna en sus hojas para guarecerse del sol. Al final de su sedienta jornada, los aventureros encontraron unas cañas que encerraban "en cada canuto más de un azumbre de agua dulce y muy buena".

Las fuerzas de Almagro acudieron prontamente desde las tierras meridionales a juntarse con Belalcázar para impedir el avance de Alvarado, cuya presencia amenazaba con hacer disminuir la parte del botín destinada a cada uno de los conquistadores. Pero, los soldados que venían del sur no estaban en mejores condiciones que los espectros procedentes de la costa, y Belalcázar resolvió negociar con Alvarado ofreciéndole una reparación a cambio de su retirada a Panamá. Los dos conquistadores firmaron las estipulaciones con todas las formalidades legales. Alvarado recibió cien mil pesos de oro como precio de sus naves y sus armas, mientras los sobrevivientes de su ejército eran invitados a incorporarse a las tropas de Belalcázar. Es decir que Sebastián Moyano compró en cien mil pesos el Reino de Quito. Desde entonces, tuvo las manos libres para adueñarse de todo lo que encontró a su paso.

Todavía se lanzaron contra los jinetes de Belalcázar las fuerzas del cacique de Latacunga; pero fueron diezmadas en las llanuras de arena. También, desde su reducto verde, combatió bravamente el cacique de Chillo; mas, fue vencido y ahorcado por los conquistadores. El arcabuz y el caballo echaban abajo todas las barreras. El arcabuz, ese trueno portátil, obedecía a la voluntad del invasor. Parecía el presente del dios Apa Cachi a los hombres de hierro para el so juzgamiento del

pueblo del sol. Por su parte, el caballo veloz, con su respiración de fuego, podía aparecer en varias partes a la vez como un ser sobrenatural que formaba un solo cuerpo con el jinete. Se "nutría de metales" -según creían los indios al verle mascar el oro y la plata— y con su galope tomaba posesión del suelo, mientras el rayo del arcabuz fulminaba a los habitantes.

Los hijos de las montañas organizaron algunas guerrillas en varios lugares del país. Rumiñahui se fortificó en Píllaro. Zopozopangui —a quien por su actividad belicosa le dieron sus compañeros el apodo de Súpac o "diablo"— instaló su campamento en Mocha y, luego, en la montaña de Sigchos, mientras Zota Urco, gobernador de Tiquizambi, y el jefe Nina, recorrían el Norte con su partidas de hombres armados.

Los soldados de Belalcázar hollaron al fin el Palacio de Atahualpa en Quito, las casas de placer en donde había vivido Huayna Cápac, y el monasterio de las vírgenes del sol. Mientras los conquistadores entraban a saco en las viviendas indígenas, destruyendo todo en su búsqueda ansiosa de tesoros, los indios intentaron un último esfuerzo. Congregados en las cercanías de Quito, los hombres de Cozopanga, Rumiñahui y Zopozopangui organizaron con el mayor secreto un ataque nocturno a la ciudad. La sorpresa podía hacer cundir el desconcierto en el enemigo y darles la victoria. Pero, los indios cañaris al servicio de los españoles, husmearon el peligro y lo revelaron a tiempo a Belalcázar y sus capitanes, quienes colocaron sus fuerzas emboscadas en los puntos más estratégicos. Allí, entre las sombras de la noche, los arcabuces recibieron con sus ladridos de fuego a los centenares de indios que hicieron de pronto irrupción por todas partes blandiendo hachones incendiarios. Si bien muchas casas quedaron en cenizas, los indios fueron vencidos y se retira-

ron en la mayor confusión, dejando muchos cadáveres junto a los parapetos españoles.

El rencoroso Belalcázar hizo algunos días más tarde una "expedición punitiva" al Quinche, en donde entró a saco, en compañía de algunos soldados y exterminó a la población, sin perdonar a las mujeres y a los niños. Tal expedición le produjo algunos cántaros de plata y oro que sacó del templo de ese lugar.

Los lugartenientes de Belalcázar no le quedaban atrás en cuanto a sus métodos inhumanos. Lorenzo de Aldana, Pedro de Puelles, Juan de Ampudia y su ayudante Alonso Sánchez, eran verdaderos "cazadores de hombres". El bárbaro Aldana encontraba especial placer en alimentar grandes hogueras con los cuerpos de los indios indefensos. Ampudia ejecutaba con tanta crueldad a sus víctimas que mereció el sobrenombre de "monstruo". Hizo quemar vivo al cacique de Chambo y se complació en torturar injustamente a Chapera, señor de los cañaris, y a otros indios principales. El franciscano Marcos de Niza, en su declaración sobre los acontecimientos de la conquista, asegura haber visto dar muerte al cacique Luyes y añade: "ítem, yo afirmo que yo mismo vi ante mis ojos a los españoles cortar manos, narices y orejas a indios e indias..."

¡Belalcázar, Puelles, Aldana, Ampudia, Roque Martín, Añasco, Alonso Sánchez: nombres oprobiosos, émulos en la crueldad y en el desenfrenado apetito de riquezas! Todos se pondrían de acuerdo en un gran consistorio de odio, para atormentar a los indios principales, quemarles a fuego lento o despeñarlos en los ríos con el fin de arrancarles el secreto de los tesoros escondidos, o simplemente para escarmiento de los pueblos.

Los palacios y los santuarios de los caras y los incas fueron saqueados por estos sangrientos aventureros que revolvían

la tierra para pillar sus tesoros. La Casa de Atahualpa, en Quito, el Palacio de Caranqui, el templo de Mullucancha, todos los edificios de la Sierra fueron despojados de sus riquezas. "Los conquistadores de Quito -dice Jiménez de la Espada-desollaron a honor de San Bartolomé el templo de cayambi cubierto de láminas de oro".

¡Oro, oro y más oro! Esta palabra era la única que resonaba en los labios españoles en esos días. Se la invocaba con fervor casi místico, en espera de un milagro. Se la murmuraba con angustia en la noche pávida del trópico, mientras acechaban entre las ramas los ojos penetrantes de los indios o zumbaba una flecha súbita. El oro era la panacea suprema del dolor y de la ausencia. Por el oro se olvidaban la patria, la esposa, el peligro y aún la muerte. El oro era el dispensador de toda la felicidad terrena.

Ante los aullidos de las jaurías, los gritos de los cañaris y de los quichés y los disparos de los arcabuces, miles de indios del Reino de Quito —algunos historiadores consignan el número de cuarenta mil— abandonaron la sierra, guiados por Felipe Túpac Amaru, hermano de Atahualpa, y se establecieron en las vertientes orientales de la cordillera, conservando sus tradiciones y adoptando el nombre de Antis.

Otro de los hermanos de Atahualpa, Titu Atauchi, derrotó a los españoles en Huamachuco y ahorcó en la misma plaza de Cajamarca al escribano Sancho de Cuéllar que había formulado la sentencia de muerte para el monarca de Quito. El final de los demás autores de la ejecución del Emperador fue igualmente trágico. El Adelantado y marqués Pizarro cayó atravesado, años más tarde, por las espadas de los conquistadores, en la alcoba de su propio palacio en Lima. Belalcázar murió cargado de cadenas a bordo del navío que le conducía a

España. Juan de Ampudia fue victimado por los indios de Timaná, en el curso de un combate. Roque Martín y Pedro de Añasco perecieron también bajo las lanzas de los mismos indios. Aun el intérprete Felipillo, tan parcial contra el monarca quiteño, fue ahorcado y hecho cuartos por orden de Almagro en Chile.

La historia del fin del padre Valverde es impresionante. Había sido nombrado primer Obispo del Perú y, a la muerte de su amigo el marqués Francisco Pizarro, emprendió la fuga de Lima, retirándose a la isla Puna, con un cuñado suyo y dieciseis españoles. Todos fueron sacrificados allí por los isleños, según lo testimonian las "Cartas de Indias" publicadas por el Conde de Toreno. Fray Juan de Meléndez, que escribió la biografía de los primeros dominicos llegados al Nuevo Mundo, cuenta de este modo los últimos momentos del prelado: "Salía un día el Obispo a decir misa en una pequeña iglesia que había hecho de cañas y armazón, y al llegar junto al altar, como a otro Zacarías acometieron a él los nefarios y sacrílegos idólatras y con macanas y palos le partieron la cabeza, repitiendo tantos golpes que le quitaron la vida, en odio de la doctrina que les estaba enseñando, saliendo el alma feliz y triunfante a coronarse en el cielo... No se contentó la rabia de los crueles sayones con esparcir por la iglesia los sesos de su pastor y salpicar con su sangre el frontal y peaña del altar, atado con una soga por los pies y después de esta crueldad usada con un cadáver que agrava más su fiereza, le hicieron cuartos... Comenzaron a salir los tigres de las montañas y cebáronse en los indios con tanta carnicería que en breve tiempo llegaron a despoblar casi todo el distrito de la isla..."

La espada del conquistador dividió en grandes porciones las tierras del Reino de Atahualpa y las repartió entre todos los que habían tomado parte en la empresa. Estos pedazos de tierra con inclusión de los indios que las habitaban se llamaron

repartimientos y encomiendas. Los encomenderos —nuevos señores feudales— impusieron su ley con la espada.

El sistema de la "Encomienda indiana" había sido creado por una cédula de la reina Isabel desde el descubrimiento de la Isla Española, o sea un cuarto de siglo antes de la conquista del Reino de Quito. El espíritu humanitario de Las Casas, campeón contra las encomiendas, había provocado la reforma de éstas por las Ordenanzas de Burgos; pero la reforma quedó en el papel y el sistema siguió aplicándose con todo su rigor. El Consejo de Indias, fundado años más tarde, intentó la liberación de los indios; pero se encontró con la oposición de los encomenderos -constituidos en el más firme soporte de la estructura colonial— y tuvo que renunciar a la aplicación de las nuevas leyes.

En los linderos de las encomiendas se construyeron las iglesias, rodeadas de humildes caseríos -en cuya techumbre de paja o de teja los albañiles autóctonos colocaron la cruz de madera o adobe- y de éstos se formaron las ciudades como los rebaños castellanos en torno del cayado del pastor. Y cada ciudad poseyó su "cerco indígena", o sea su perímetro exterior constituido por las viviendas de los indios. Así, la raza conquistada -o sea la población laboriosa y feliz del antiguo Reino de Quito— no fue admitida en la vida social y urbana, y fue empujada poco a poco a los campos y al confinamiento de las soledades, en donde se redujo a una vida miserable y comenzó a extinguirse, absorbida por el recuerdo melancólico de su esplendor pasado.

NOTAS

1. Muchos de los datos acerca de las teorías de Muaichison, Orton y Wilson están tomados del libro de J. D. Baiwin *AncientAmerica.*

2. Alejandro de Humboldt: *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América.*

3. Saurat, profesor del Liceo francés de Londres, en su Libro *L'Atlan-tide et le regne des géants,* París, 1954.

4. Métraux, *Les Peaux Rouges de VAmérique du Sud,* París, 1950.

5. Entrevista a Paul Rivet en el diario *El Comercio* de Lima, 1954.

6. El padre Anello Oliva consignó estos datos en su *Historia del Perú,* escrita en el siglo XVI, cuyo manuscrito inédito se publicó por vez primera traducido en lengua francesa, a mediados del siglo XIX, en la Colección de documentos de TernauxCompans.

7. Lizárraga en su libro *Descripción breve de toda la Tierra del Perú.*

8. Según el presbítero González Suárez en su *Historia General del Ecuador.*

9. El jesuita Anello Oliva fue el primero que recogió la leyenda relatada por el quipocamayo Catari. Los quipo camayos eran los lectores oficiales de los quipos, cordeles de colores, atados en nudos, de los cuales se servían los Incas para conservar la memoria de los hechos. Humboldt compara el quipo con el rosario católico.

10. El milanés Girolamo Benzoni comenzó su viaje en 1541. Salió de San Lúcar de Barrameda en uno de los barcos que llevaban vinos, harina y manzanas para América. Escribió una apasionante *Historia del Mondo Nuevo.* En ese libro dice que los indios de Manta son grandes navegantes y pescadores; las embarcaciones que usan son balsas que consisten de tres, cinco, siete y hasta once troncos de árboles formando a modo de una mano, con el tronco más largo en la mitad.

11. Narrado por Girolamo Benzoni en su *Historia.*

12. Martín de Murúa en su libro *Del Origen y Linaje de les Incas.*

13. En la *Historia General del Ecuador* de González Suárez.

14. Onfroy de Thoron, *Amérique équatoriale,* París, 1866.

15. El manuscrito, entregado por Leandro Zepla, cacique de Licán, a Humboldt, estaba escrito en lengua putuhá al decir de Rene Bouvier en su libro sobre Bonpland. Varios escritores le dan al cacique el nombre de Zaplán.

16. En el Museo de Góteborg (Alemania) se exponen unos bonetes con dibujos de hilos de colores, fabricados por los antiguos jíbaros. Karl Gustav Isikowitz los ha estudiado detenidamente y afirma que su lana

muy fina y luciente se asemeja al terciopelo, por lo que les llama a los jíbaros inventores del similivelours. También son norables los turbantes de armadura rígida con plumas formando mosai -eos de colores artísticos, fabricados por los mismos indios.

17. Las versiones de Murúa, Garcilaso, Sarmiento de Gamboa y Betanzos difieren en algunas partes. Sarmiento dice que la piedra cansada provenía del Chimborazo. Murúa afirma que Urcón era gran Infante y valeroso capitán. Garcilaso le da un tono realista a la leyenda, añadiendo aquello del óxido de hierro. Pero, Guarnan Poma de Ayala, en su Códice, quiere cambiar el fondo mismo de la leyenda y asegura que la piedra fue transportada en sentido contrario: del Cuzco a Quito.

18. Algunos historiadores sostienen que la obra de Collahuaso se titulaba *Guerras civiles del Inca Atahualpa con su hermano Atoco, llamado co-múnmmente Huáscar Inca,* escrita en 1708.

19- Heyerdahl cuenta su aventura en el conocido libro *Kontiki.* En 1953, Heyerdahl formó parte de la Expedición Arqueológica Noruega a las Islas de Galápagos. La conclusión que se extrajo de ese viaje es que hay evidencia arqueológica de las visitas de los indios a las Islas de Galápagos antes de la llegada de los españoles.

20. Lissner en su libro *Ainsi vivaient nos ancetres,* Parísl955.

21. El escritor francés Bertrand de Flornoy, quizás falto de documentos, escribe en su libro *L'Aventure Inca* lo siguiente, refiriéndose a Huayna Cápac: Hizo ahogar en un lago dos mil caranquis. Estos indios que habitaban al extremo norte del Imperio tenían, es verdad, un vicio inexplicable: la pereza...

22. **Lo afirman varios escritores, entre ellos Karsten, Thomazi, Ve-rril. La frase es de *Coutumes et Croyances étranges* por Hyatt Verril. La cantidad de oro de que se apoderaron los españoles en los reinos de Quito y Cuzco fue tan considerable que, muy pronto, España implantó por primera vez el sistema del talón de oro, imitado más tarde por otros países de Europa, según hace notar Verrilen en su libro.**

23. **Hecho mencionado por varios cronistas de Indias, por Pedro Mártyr de Angleria y Humboldt.**

24. **Bartolomé Ruiz de Andrade: Manuscrito CXX de la Biblioteca de Viena.**

25. **En la *Relación* de Pedro Pizarro.**

26. **Antonio de Herrera presentó en su *Historia general de los hechos de los castellanos* un grabado de esa Batalla de la Isla Puna, en que desempeñaron un papel principal los perros de presa.**

27. **El Inca Garcilaso de la Vega dice que Huayna Cápac "no pudien-do quitar el derecho al primogénito y heredero legítimo que era Huáscar Inca, procuró, contra el fuero y estatuto de todos sus antepasados, quitarle siquiera el Reino de Quito...". El historiador peruano falta a la verdad, a sabiendas de que en la dinastía de los incas nunca ocupó el trono el hijo primogénito, desde la época del segundo rey de esa dinastía, o sea desde Sinchi Roca.**

28. ***La Civilization de l'EmpireInca* por Rafael Karsten, París,** 1952. 29- **Lewis Hanke dice que "Rumiñahui es el primer indio que se atrevió a contestar el requerimiento de los españoles con un largo discurso en que explicó a los indios que los extranjeros venían a privarles de su libertad". *La lucha por la justicia en la conquista de América,* Buenos Aires,** 1949-